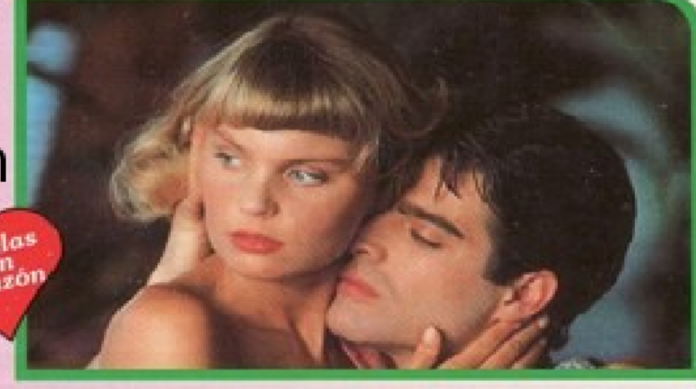
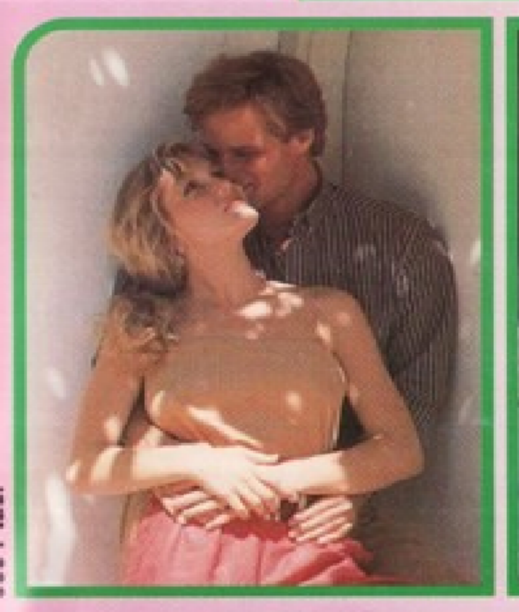


NOVELAS INOLVIDABLES DE JAZMIN

Bárbara McMahon



Novelas con corazón





585 Ptas.

¿No nos hemos visto antes

¿No nos hemos visto antes?

Amor a toda prueba

Barbara McMahon
¿No nos hemos visto antes? (01.12.1993)
En Harmex: Amor a toda prueba
Título Original: One Love Forever (1992)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 980
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Dake Morgan y Lani Williams

Argumento:

La imagen de Dake ocupó sus pensamientos durante años y aún la perseguía en sueños... Y él ni siquiera la recordaba.

¡Lani estaba convencida de que Dake Morgan había desaparecido de su vida para siempre, pero ahora regresaba! Sólo que el pasado nada significaba para él. Ni siquiera parecía reconocerla.

¿Cómo podría trabajar a su lado, cuando lo único en que pensaba era en sus caricias? Y después de todo lo que pasaron juntos, ¿por qué ahora se comportaba de modo tan extraño con ella?

Capítulo 1

«Nunca pensé que volvería a verte…»

Lani miraba petrificada al hombre que estaba siendo presentado al grupo; ella había pensado que había desaparecido de su vida para siempre. Su corazón empezó a palpitar lenta y pesadamente. La sangre retumbaba en sus oídos impidiéndole escuchar cualquier otro sonido en el salón. Apenas podía fijar la mirada y deseó con desesperación no desmayarse.

¡Diez años! Tristes e interminables años de soledad desde la última vez que lo vio.

Una ligera mirada al pequeño grupo le reveló que no había expresado sus pensamientos, pues nadie le prestaba atención… todo interés estaba centrado en el recién llegado.

John Harrington, el presidente de la compañía, hacía las presentaciones y pronto llegaron a ella. Llenó sus pulmones de aire tratando de tranquilizar sus nervios, procurando parecer indiferente y fría.

—Y aquí tenemos a Lani Williams, nuestra jefa de relaciones —John sonrió al dirigirse a ella—. Lani, te presento a Dake Morgan.

El recién llegado la saludó con un informal apretón de manos. La mano masculina resultó cálida y sus dedos firmes y decididos. El contacto de sus pieles la sacudió. Él no dio muestras de haber sentido lo mismo.

Lani se sintió desconcertada. Al verlo tan de cerca no le cupo la menor duda de que se trataba de él, pero parecía no reconocerla. La saludó como si nunca la hubiese visto.

Se había convertido en un hombre muy guapo, alto y bien vestido; llevaba el pelo un poco más corto que cuando lo conoció, pero su color seguía siendo castaño oscuro.

—Encantado de conocerte —él dibujó una amable sonrisa en sus labios.

Esos labios una vez la hicieron derretirse con sus caricias; esos labios habían jugado con ella, la amaron y la arrastraron salvajemente a la pasión. Ahora, esos mismos labios pronunciaban con formalidad frases hechas de presentación.

—¿Qué tal? —respondió, sin poder creer aún lo que veían sus ojos. ¿Dónde habría estado todos esos años?

Los hombres se retiraron y ella, incapaz de otra cosa, los siguió con la mirada.

¿Estaba pasando todo eso? No dio señales de reconocerla. ¿Habían pasado tantos años para que ni siquiera la hubiese identificado?

Él tuvo tiempo de sobra para estudiar sus facciones al entrar en el salón. ¿Había experimentado el mismo shock que ella al encontrarse con alguien que le recordaba un remoto pasado? ¿Preferiría esperar a que estuviesen solos para abrirse? ¿Le explicaría entonces lo que hizo todos esos años y preguntaría a su vez qué había sido de su vida?

—Tomemos asiento y empecemos —John se sentó a la cabecera de la mesa e indicó a Dake que hiciese lo mismo a la derecha.

Lani tomó asiento enfrente, pero a varias sillas de distancia de Dake. Los demás miembros del comité se acomodaron sin apartar la mirada de su jefe.

—Estamos aquí para discutir la estrategia a seguir para el nuevo proyecto. Es particularmente oportuno ahora que Dake se une a nosotros. Como ustedes saben, Dake se encargará del trabajo de Peter; por lo tanto, los próximos días cada uno de ustedes se reunirá con él para ponerlo al tanto de la situación de sus departamentos.

En este momento, concentraremos nuestras energías en el proyecto Forscue.

Al iniciar su introducción al citado proyecto, sugirió repasar la filosofía de la compañía, subrayando la estrategia a seguir, y los motivos a alcanzar sus metas. A Lani le costó trabajo concentrarse en lo que John decía. Había escuchado lo mismo muchas veces, pero lo más importante era que no tenía cabeza para otra cosa que no fuese Dake Morgan.

¿Qué estaba haciendo él allí? ¿Cómo se produjo su unión a la Corporación Sanderson? Y lo más importante, ¿dónde estuvo esos últimos diez años? ¿Habría pensado también que no volvería a verla?

Por un instante Lani bajó la guardia, pero de inmediato disciplinó su mente. No pensaría en el pasado ahora; tendría que poner atención cuando John se enfrascara de lleno en el proyecto.

Otra mirada fugaz a Dake le confirmó que era real. Él, obviamente, había sido contratado para realizar la función más importante en la compañía Sanderson, en colaboración con John. Se rumoreaba que Peter había sido preparado para el puesto clave; ¿significaba eso que Dake encajaría en ese puesto?

Los años lo habían tratado bien, pues había madurado y seguía siendo endemoniadamente guapo. Llevaba con estilo y naturalidad un elegantísimo traje…

a él siempre le habían gustado las cosas de calidad. La licenciatura en la Universidad de Boston resultó ser el primer escalón hacia una carrera de éxito, llenándolo de prestigio y brindándole una posición económica que le permitía adquirir artículos de la más alta calidad. «Siempre compro lo mejor», solía decir. Estaba en su mejor momento, parecía tan seguro, dinámico, y proyectaba una imagen de autoridad, poder y responsabilidad.

A Lani se le encogió el estómago al admitir eso. Estaba muy contenta en la compañía Sanderson. Le había dedicado muchos años de su vida trabajando arduamente y contribuyendo a su expansión, pero la llegada de Dake cambiaría todo. Alteraría el ritmo de trabajo de la empresa. ¿Acaso Dake veía a la Sanderson como una compañía donde podría crecer tanto como él quisiese, o la estaría usando como un escalón más para lograr sus propias ambiciones?

John se aclaró la garganta y buscó entre los papeles que tenía delante. Lani tuvo que dejar de pensar en Dake y concentrarse en el trabajo.

—Pasemos al nuevo proyecto. Industrias Forscue es amenazada con pasar a formar parte de Westers Forest Products. La oferta es capitalizar las series de retrasos que Forscue ha experimentado en los últimos trimestres debido a los cambios en la legislación referente a la recuperación de los bosques. Pedí a Mark que hiciera el análisis financiero. Mark.

Al escuchar lo anterior, Lani abrió la carpeta que tenía delante y sacó un informe financiero. Mark era claro y sucinto; el análisis estaba hecho a la perfección y mostraba los puntos débiles de Forscue, la forma en que la fusión de la compañía afectaría a los socios y el impacto fiscal en el mercado. Si era posible, a la larga sería más provechoso evitar la fusión, pero los socios sólo estaban interesados en ganancias a corto plazo.

En eso consistía el negocio de Corporación Sanderson, en proporcionar asistencia experta a las empresas en peligro de quiebra, ayudar a los directores de compañías a defenderse de los socios cuya única motivación eran los beneficios rápidos y fáciles sin importarles la estabilización de la compañía.

Lani llevaba ocho años en la Sanderson. Empezó como ayudante pero, siempre deseosa de superarse, de aprender todo, trabajó duro hasta convertirse en una triunfadora. No fue fácil, pero valió la pena.

Ahora era la directora de relaciones públicas. Su grupo se encargaba de la relación interna de la compañía en peligro, ya fuera entre directivos, socios o empleados. Una vez que la Sanderson se ocupaba del caso, toda la comunicación interna de la compañía en cuestión era revisada por Lani y su departamento.

Su trabajo consistía en presentar a la compañía en peligro sobre las mejores bases, evitar el descrédito y reinstaurar la confianza entre los empleados.

Le gustaba lo que hacía; amaba su trabajo. Había encontrado el puesto ideal para desarrollar su talento y todo parecía ir sobre ruedas…

Ahora Dake Morgan se unía a la corporación como vicepresidente. Tendrían una relación directa y constante al trabajar juntos. ¿Lo

soportarían ambos? Después de todo lo que había pasado entre ellos, ¿podrían sobrellevar una relación así?

Como vicepresidente de planificación, Dake estudiaría en detalle, todos y cada uno de los proyectos, establecería el plan de ataque para cada cliente y coordinaría las diferentes funciones para asegurarse de que todo saliera perfecto. Siendo nuevo en la empresa, aunque no en la profesión, necesitaría el apoyo incondicional de cada departamento y tiempo extra para revisar los planes de acción anteriores.

—¿Alguna pregunta? —preguntó Mark con sonrisa aparentemente tímida. Miró a su alrededor y quedó complacido.

Lani clavó la mirada en la libreta de trabajo. Había dejado que su mente volviera a divagar y se había perdido gran parte de la exposición de Mark. Tenía que evitar su mirada; no podía permitirse el lujo de dar un paso en falso. El informe que tenía en sus manos era claro y se prometió leerlo con calma para estar al corriente. Si no comprendía algo, se lo preguntaría después.

Ella debía concentrarse; una auténtica profesional no permitiría que cosas sin importancia la distrajeran. ¡Pero aquello no se trataba de algo sin importancia!, clamó una voz interior.

—Steve, ¿qué hay acerca de la propuesta? —preguntó John al hombre que estaba sentado al lado de Dake. Lani observó de reojo una vez más a Dake y le sorprendió descubrir que la miraba con expresión desconcertada.

Él tenía la costumbre de mirar fijamente a las personas, de prestarles toda su atención. Ruborizada, desvió los ojos hacia Steve. Su corazón empezó a latir con fuerza mientras su cuerpo reaccionaba a la presencia de Dake Morgan, sentado a unos cuantos metros de ella. Debía prestar atención, ignorar a Dake y recordar que estaba allí para trabajar.

El resto de la reunión resultó confusa para Lani. Repetía cada una de las palabras en su mente para poder comprender lo que los demás decían. No debía permitir que sus pensamientos divagaran. Tomó notas pensando en la forma de hacer público lo que querían para Industrias Forscue: cartas a los socios, a vencedores, clientes y empleados. Algunas serían redactadas en lenguaje administrativo y otras en forma personalizada, según las circunstancias.

De vez en cuando, sus ojos se clavaban en Dake. Demasiado frecuentemente para que él no lo notara. Entonces, incómoda, desviaba la vista con rapidez. Sin embargo, Lani quería seguir mirándolo, descubrir los cambios que sufrió en esos años, si aún le parecía atractivo y si su presencia seguía ejerciendo la misma magia en ella.

—Entonces —dijo John, observando al pequeño grupo—, los próximos días Dake se entrevistará con cada uno de ustedes.

Volveremos a reunirnos la semana próxima a la misma hora para comentar nuestros progresos. En este caso en especial, deberemos movernos con rapidez. Ahora, ¿qué sucede con el caso Sorenson?

El resto de la reunión cada director dio un informe del área a su cargo haciendo hincapié en los avances de sus trabajos.

Lani regresó exhausta a su despacho debido al *shock* de haber vuelto a ver Dake y al esfuerzo por ignorarlo cuando cada uno de sus nervios permanecía pendiente de él. Le temblaban las manos y sintió que se le doblaban las rodillas. Debía controlarse antes de entrevistarse a solas con él.

Faltaba media hora para que terminara la jornada laboral; sin embargo, su secretaria ya se había marchado. Aprovecharía el tiempo para revisar el resto de la correspondencia y dictar una nota para Judy. Era necesario que se ocupara en algo…

al regresar a casa tendría tiempo suficiente para pensar en Dake Morgan.

Lani estaba empezando a revisar la correspondencia cuando el encuentro que tanto temía y esperaba se hizo realidad.

—Lani, ¿verdad? —Dake se asomó a su puerta sonriéndole amistosamente.

Ella levantó la cabeza; el rubor inundó sus mejillas y su pulso se aceleró. Era muy alto… siempre lo fue, pero había mejorado desde aquellos días en que lo conoció, aunque seguía conservando su figura esbelta, piernas largas y hombros anchos y musculosos. Su rostro era más maduro y tenía una ligera cicatriz en la frente. Sus ojos tenían una mirada cálida enmarcada por largas y tupidas pestañas.

Su cabello era de color castaño, sedoso y brillante. ¡Dios, qué buen aspecto tenía!

—Sí —sabía perfectamente quién era; ¿a qué quería jugar?

—Como John dijo, necesitamos hablar para ponerme al día.

Ella movió la cabeza.

—Lo sé, pero no aquí ni en este momento.

—Ya se ha hecho tarde. ¿Qué tal si te invito a tomar una copa y me pones al corriente?

—¿Ponerte al corriente? —preguntó desconcertada. ¿Acaso querría que le contara lo que había sido de ella en esos diez años?

—Quiero que me expliques de una manera general tus planes para la campaña de comunicación, lo que haya funcionado en el pasado y lo que piensas del presente.

Estaba apoyado en el marco de la puerta, tranquilo, sin actitudes misteriosas, con el expediente de la Forscue en la mano.

¡Hablaba de negocios!

—Esta noche tengo un compromiso —respondió serena, preguntándose cuándo pensaría hablar del pasado. Esperaba que él lo

hiciera primero; después de todo, fue Dake quien se había alejado.

—¿No puedes cancelarlo?

Lani negó con la cabeza. No lo habría hecho, aunque hubiese tenido un compromiso. En el pasado, ella hubiese hecho cualquier cosa que le pidiera con tal de hacerlo feliz. Pero ya no.

Él se encogió de hombros.

—Lo dejaremos para otra ocasión. ¿Cómo está tu agenda para mañana?

Consultó su calendario y respondió severa.

—Estaré libre de las nueve y media hasta el mediodía. Por mí, estará bien a cualquier hora.

—Te veré a las nueve y media —la miró con los ojos entrecerrados —. ¿Nos habíamos visto antes? —le preguntó.

—De haberte conocido antes, estoy segura de que te recordaría — respondió volviendo a sumirse entre los papeles de su escritorio.

—No sé; hay algo confuso en mi mente… Oh, bueno, ya lo recordaré. Buenas tardes, Lani.

La joven levantó los ojos al notar que se iba. «Ya lo recordaré». Él ocupó sus pensamientos durante todos esos años, y aun ahora la perseguía en sueños… ¡y ni siquiera podía recordarla! ¿Su relación había significado tan poco para él que no recordaba ni su cara? ¿Es que ella cambió tanto en esos años, que Dake olvidó hasta su nombre? Fue él quien la llamó Lani por primera vez. Toda su vida fue Melanie hasta que Dake acortó su nombre. Y, conservó el Lani con la esperanza de hacerlo regresar. Estúpida superstición. Y si hubiese regresado, ¿qué habría hecho ella?

Lani se levantó temblorosa y cogió su bolso. No podía más, terminaría la correspondencia por la mañana. Deseaba refugiarse en la seguridad de su casa.

Conducía a través del pesado tráfico de Boston y sus nervios se tranquilizaron con el fluir de las aguas del río Charles. Era uno de sus lugares favoritos, y las luces de Cambridge se reflejaban en el agua cuando llegó a recoger a su hija.

La niñera de Annalise la saludó al verla entrar mientras un pequeño bólido de energía corría a abrazarla. Lani la apretó sólo un momento. No podía permitir que la niña se diera cuenta… Annalise era demasiado lista y detectaría de inmediato que algo andaba mal al verla actuar de distinta forma.

—Hola, mami, has llegado muy pronto. Estaré lista en un segundo. He tenido un día estupendo en el colegio y la señora Palmer y yo hemos hecho galletas —volvió a abrazar a su madre y atravesó el salón para recoger sus libros.

—¿Cómo le va, señora Williams? ¿Tendrá vacaciones pronto? —le preguntó la señora Palmer, mientras esperaban que Annalise

terminara de recoger sus cosas.

—Las estoy planeando para Navidad. Tenemos un nuevo proyecto, pero espero que no interfiera. ¿Lista, cariño?

Lani observó a su hija buscando algún parecido con su padre. Annalise tenía el pelo castaño de Dake, lo mismo que la barbilla cuadrada. Lani quería mucho a su hija, pero trataba de no pensar en su padre cada vez que la miraba. Sin embargo, esa noche un agudo dolor se clavó en su corazón.

Se despidieron de la niñera y recorrieron en el vehículo la corta distancia que las separaba de su apartamento.

Orgullosa de su hogar, aparcó el coche. Apenas había comprado la casa el año pasado, al ser ascendida a directora. Era perfecta para ellas, pues tenía dos dormitorios con baño, un salón de estar bastante amplio, comedor y cocina equipada con todo lo necesario. Para Lani representaba un auténtico triunfo.

Su hogar era su refugio. Se relacionaba muy poco con sus compañeros de trabajo, mantenía su vida personal separada de la profesional. No hablaba mucho de su hija y jamás lo hacía de su pasado.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó Annalise, al entrar en la cocina decorada en azul y blanco.

— *Spaghetti*, ¿está bien? —Lani sonrió; conocía la respuesta.

—Súper, ¿y pan de ajo también?

—Sí. Guarda tus libros, lávate las manos y podrás preparar el pan. Me cambiaré de ropa y enseguida preparo el *spaghetti*.

Lani cenó tranquilamente, charlando con Annalise de su día y escuchando con cariño cuando su hija le describió las travesuras de ella y sus amigas. Ayudó a la niña a hacer los deberes. Sabía que tan pronto como se quedara sola, cuando Annalise estuviese en la cama, los recuerdos regresarían.

Finalmente la pequeña se quedó dormida y el apartamento en silencio.

—¿Por dónde debía empezar? ¿Por aquel día soleado en que se conocieron, por las felices e interminables horas que pasaron juntos… por el último día que lo vio… o por los años sombríos que siguieron?

Lani no deseaba recordar nada de eso. Los días felices pasaron, y los oscuros la llenaban de tristeza y melancolía al recordar el amor perdido.

Debía pensar en los años malos para evitar que le volviera a suceder. Ya no era una ingenua, ya no creía en nada. No volvería a tomar en serio las falsas promesas de un amor eterno; seguiría sola por la vida.

La había reconfortado pensar que a Dake le importó su relación.

No esperó verlo ese día; de hecho, no esperó volver a verlo jamás.

Sabía que John había entrevistado a alguien que ocuparía el lugar de Peter, mientras ella estaba fuera de la ciudad, debido a aquella reunión en Washington relacionada con el asunto Sorenson. Lani se fue precisamente la semana que el candidato visitó las oficinas para conocer a los jefes de departamento.

¿Qué hacía Dake en la compañía Sanderson? Ella pensó que había ido a Nueva York en busca de fortuna y buena posición. Sin embargo, ahora estaba en Boston… y en la Sanderson.

¿A qué se dedicó esos diez años? ¿Había permanecido en Boston todo ese tiempo? ¿Pensaría en ella alguna vez?

Y ella, ¿cómo pudo casarse con un hombre que simplemente una mañana se alejó de su vida? ¿Cómo pudo amar a un tipo que no se preocupó por ella, que se marchó sin decir siquiera adiós? Todo había terminado hacía mucho tiempo.

Y ahora, ¿podría ella trabajar a su lado, ser cordial y respetuosa, mientras recordaba con odio lo que él le hizo?

¡Dios mío!, él fue su marido y ahora simplemente le preguntaba si se habían conocido en alguna parte.

Un agudo dolor le atravesó el corazón. Diez años antes lo amó intensamente.

Deseó no haber vuelto a verlo. Todo iba a cambiar.

Capítulo 2

Lani pasó la noche en vela recordando el pasado, intentando descubrir qué había hecho mal para que las cosas resultaran tan diferentes a como ella esperaba.

Tantas veces había pensado en lo mismo, con los mismos resultados: no comprendía por qué Dake la abandonó. Esa actitud parecía tan alejada de su manera de ser. Sí, lo conocía de hacía poco tiempo cuando se casaron, pero… ¿acaso no supo intuir su verdadero carácter?

Se conocieron en el otoño y después de un romance fugaz se casaron en secreto esa Navidad. Él la abandonó en abril. A veces le parecía como un sueño. Excepto por la decepción amorosa que experimentó… y por Annalise.

Lani se vistió con esmero a la mañana siguiente. Se recogió el pelo castaño claro en una trenza y se maquilló ligeramente. Era la imagen perfecta de una mujer de negocios brillante y segura. Le encantaba ese traje gris oscuro y la blusa de seda blanca le daba ese toque de femineidad que deseaba. Ella sabía que ese traje imponía y en esos momentos, necesitaba aferrarse a cualquier cosa que le proporcionara seguridad.

Debía aprender a mirar a Dake con indiferencia o, en su defecto, conseguir otro trabajo, y esa idea no le gustaba; había trabajado tanto para llegar a donde estaba.

Seguramente, después de tanto tiempo, aprendería a tratar a Dake como a cualquier otro compañero.

El hombre que ella creyó que era ya no existía, quizá nunca existió. Después de algunos meses de jugar a las casitas con aquella ingenua estudiante de Pennsylvania, huyó. Evadió las responsabilidades familiares con la misma facilidad que una víbora cambia de piel. «Resulta una comparación ideal», pensó mordaz.

Dejó a Annalise en el colegio y llegó al trabajo unos minutos más temprano que de costumbre. Al pasar por el antiguo despacho de Peter, ahora de Dake, sintió tristeza. Peter fue tan bueno con ella que lo echaba de menos terriblemente.

Él y Mattie habían estado planeando retirarse al sureste del país, para poder disfrutar el clima cálido. El infarto que sufrió fue terrible y mortal. ¡Lo añoraba tanto!

Y para colmo, ahora tendría que convivir con Dake Morgan. Pero, ¿qué hubiese podido aconsejarle Peter al respecto?

—Buenos días, Lani —Dake la saludó a sus espaldas, pero ella reconoció la voz enseguida. Tenía un tono profundo, resonante,

seductor. Se volvió hacia él, aunque no esperaba verlo tan temprano. Su cita era a las nueve y media. Necesitaba más tiempo para prepararse.

—Buenos días. Llegas temprano —se sintió como una colegiala nerviosa y no como la brillante mujer de negocios que era. Y, de pronto, lo aborreció por hacerla sentirse tan vulnerable.

—Tendré que llegar temprano durante algún tiempo; hay mucho que conocer y aprender. Quiero estar al tanto de todo en el menor tiempo posible. Sé que John dijo que me tomara mi tiempo, pero yo prefiero tomar el atajo y dominar la situación lo más pronto posible.

Ella movió la cabeza, comprensiva. Ese hombre siempre fue impaciente, le gustaba ir al fondo de las cosas directamente. En eso no había cambiado.

—Bien, pues no te entretengo.

—No me estás quitando tiempo; una de las cosas que más me ayudará será la charla directa con cada uno de los ejecutivos. Tú llevas mucho tiempo aquí, ¿verdad?

Lani apretó los labios al mirarlo de frente. Sus ojos eran cálidos y directos, y la observaban como si lo que ella comentase fuera de máxima importancia para él.

Tenía la cabeza ladeada en actitud de espera. Ese traje de tres piezas de color gris oscuro le iba de maravilla con la camisa azul claro. Y la corbata azul marino acentuaba su buena presencia.

Diez años antes, la única vez que lo vio con traje fue el día de su boda; el resto del tiempo llevaba vaqueros.

Ya no parecía el estudiante fogoso y lleno de ilusiones que ella conoció. Ahora era un hombre distinguido, triunfador, autoritario. Medía un metro noventa centímetros, y a Lani le molestaba su altura superior. Y su éxito. Ella tuvo que luchar mucho para llegar donde estaba. Él también había llegado, pero sin esfuerzo.

La mirada de Dake cambió a una expresión desconcertada.

—¿Sabes?, vuelvo a lo mismo, pero me recuerdas a alguien. No sé a quién, pero hay algo…

—Dake, he venido temprano porque necesito revisar mi correspondencia. Yo…

nos reuniremos a las nueve y media como convinimos, ¿de acuerdo?

Abrió la puerta de su despacho y se dirigió deprisa a su escritorio. Le temblaban las piernas y no quería que él notara que se le doblaban las rodillas. Lo oyó retirarse mientras se desplomaba en el sillón y se agarraba con fuerza al borde del escritorio.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se las enjugó con impaciencia. El pasado quedaba atrás. Había que mirar adelante. Las cosas jamás volverían a ser como fueron. Sin embargo, qué guapo lo encontraba…

el antiguo deseo empezó a tomar forma, pero Lani lo ahuyentó.

Tenía un par de horas por delante para tranquilizarse. Sin embargo, cada vez que lo tenía enfrente deseaba gritarle: «¡Por qué me dejaste!», echarse en sus brazos y rogarle que volviera.

¿De verdad no la recordaba o su insistencia en haberla conocido antes era una manera de forzarla a que ella iniciara la revelación? ¿Cuántas veces debía haberse casado para no recordarla?

Por su parte, Lani jamás dejó de pensar en él y no tuvo problemas para reconocerlo en el mismo instante en que entró en la sala de reuniones. Sin embargo, parecía que él no le había dedicado un solo pensamiento en todos esos años.

Confundida, buscó en los cajones de su escritorio hasta encontrar el grueso expediente. Stacey, su secretaria, ponía allí todas las cartas e información que no requerían de respuesta. Sabía que en ese mismo expediente encontraría el currículum de Dake Morgan, ese mismo que no tuvo oportunidad de leer antes y que indicaba que él era el candidato idóneo.

De haberlo leído antes, ¿habría podido influir en la decisión de contratarlo?

¿Quizás habría podido encontrar algo que hiciera dudar a John y hacerlo rectificar su decisión? Ya era demasiado tarde para especular.

Encontró los papeles y antes de revisarlos se asomó al pasillo para asegurarse de que Dake se había marchado, y empezó a leer. Era breve, conciso. Sólo incluía los últimos diez años de experiencia, no existía ninguna relación de estudios, pero su carrera en las empresas financieras de Chicago era sobresaliente.

Cerró el expediente. John hizo una buena elección al contratar a Dake Morgan.

Nada de lo que ella hubiese dicho habría influido.

Lani cogió la correspondencia.

—Siento llegar tarde —Dake entró en el despacho con una gruesa carpeta en una mano, y libreta y bolígrafo en la otra. Se había quitado la chaqueta, pero estar en mangas de camisa no le restaba personalidad.

Lani levantó la cabeza y consultó el reloj de pared. Eran las nueve cincuenta.

—No importa, yo tampoco me di cuenta de la hora.

Apartó los papeles a un lado y arqueó la espalda a fin de relajar sus músculos.

Volvió los ojos hacia Dake y se sonrojó al descubrir la mirada masculina clavada en la seda que cubría sus senos. Se enderezó de inmediato.

Sin el menor indicio de turbación al haber sido descubierto, él hizo una mueca divertida.

—¿No he venido en buen momento? —le preguntó.

—¿Para qué? —de pronto se sintió estúpida.

—Para revisar la estrategia del proyecto Forscue. ¿Para qué si no? —sus ojos brillaron insinuantes. Cogió una silla y la acercó al escritorio.

—Cualquier momento es bueno —murmuró, cogió su copia del proyecto y alejó un poco su silla de la de él. Estaba demasiado cerca y ella no podía concentrarse. Mil preguntas golpeaban su cerebro.

—Creo que tenías una relación muy estrecha con Peter McDonald —dijo Dake sin dejar de observarla.

—Sí. Peter era un buen hombre… se podría decir que fue mi maestro. Me enseñó muchas cosas. Lo echo de menos.

—Parece que era buen organizador, práctico y brillante.

Lani se relajó complacida de que él reconociera tantas cualidades en un hombre que ya no estaba entre ellos y cuyo puesto ahora ocupaba. Actuaba como alguien que no tenía nada que demostrar, que daba el crédito a quien se lo mereciera sin sentirse incómodo. No, ya no era aquel estudiante impetuoso sino un hombre maduro, seguro de sí mismo, que confiaba en su capacidad. Lani estaba intrigada.

—Pienso que Peter era un excelente profesional —dijo tranquila.

—También John lo es. Tiene un reto importante ante sí. Yo no seré como él, Lani… no podría. No creo que debamos empezar con falsas presunciones. Haré las cosas de manera distinta simplemente porque soy una persona diferente. No quiero que haya malentendidos contigo o con cualquier otra persona por eso.

—Por mi parte, no los habrá. Quizá no esté de acuerdo con todo lo que propongas, pero si es en beneficio de la compañía, pondré el cien por cien de mi parte. Peter y yo no siempre estuvimos de acuerdo.

—¿Y los demás?

—No veas cosas donde no las hay. Peter murió hace casi dos meses. Todos comprendimos que habría cambios. La compañía necesita alguien que haga el trabajo y no una persona que siga los pasos de Peter.

Dake sonrió y las arrugas alrededor de sus ojos se profundizaron como si estuviese acostumbrado a sonreír con frecuencia. Sus dientes eran fuertes y blancos; su rostro, ligeramente bronceado.

—¿Me estás estudiando? —le preguntó, divertido.

Lani desvió la mirada, avergonzada.

—Lo siento; especulaba acerca de tu bronceado.

Clavó los ojos en el expediente. Lo último que deseaba era especular acerca de cualquier cosa referente a Dake Morgan.

—Pasé todo un fin de semana en Orlando; hacía mucho calor. Se me quitará en poco tiempo. Ahora, pasemos al proyecto Forscue. ¿Qué hace exactamente tu departamento con proyectos de esta naturaleza?

Lani pasó las dos horas siguientes revisando con Dake todos los aspectos de su trabajo y aquellos de la gente que trabajaba con ella. Le explicó cómo asesoraban a cada compañía y cómo se manejaban las necesidades de comunicaciones en cada caso particular. Dake captó con rapidez sus explicaciones e incluso le hizo una o dos sugerencias que ella respetó.

—¿Siempre se hace una investigación directa? —le preguntó al llegar a ese punto.

—Oh, sí, es imprescindible conocer los problemas de primera mano. No puedo basar mi criterio en lo que el director general me dice. No podría ser imparcial. Visito todas las oficinas de la corporación para enterarme de la opinión que tienen los empleados de la compañía. De ahí parto para la realización de comunicados y todo lo demás.

—Creo que sería beneficioso en todos los aspectos que los ejecutivos clave hicieran lo mismo.

—Todos procuramos hacerlo al principio y después realizamos una segunda visita, si es posible, para comprobar los progresos. Esta actitud es determinante para ti como director del proyecto, quizá menos importante para Mark o para Joel, pero todos procuramos hacer al menos una visita. Sólo ocasionalmente surge cualquier imprevisto que nos impide trabajar así.

Las manos masculinas jugaban con el bolígrafo mientras la escuchaba. El movimiento atrajo la mirada de Lani.

Ella recordaba esas manos de largos y delgados dedos, que le daban masaje en la espalda cuando terminaba rendida después de estar pintando su apartamento; esas manos que le curaron cariñosamente el tobillo cuando se cayó patinando sobre hielo, esas manos que la acariciaron, que la llevaron al éxtasis y más allá. Desvió la mirada hacia su rostro.

Se preguntó la procedencia de la cicatriz que iba desde la raíz de Dake hasta el pómulo cruzando por la sien. ¿Qué la habría causado? ¿Le habría dolido mucho? Se sintió tan ajena a él como aquel día en que la abandonó.

Lo recordó tan divertido, romántico, adorable. El marido perfecto… al menos eso pensó en el pasado.

«El agua sigue su curso», se dijo con firmeza y volvió a clavar la mirada en los papeles.

Con el paso del tiempo, Lani se sintió más relajada. Ahora estaba en su elemento… el trabajo que tanto amaba y ahora lo demostraba. Era una conocedora de su área y en todo lo relacionado con la compañía Sanderson. Dake tendría que reconocer su capacidad.

Lani consultó el reloj; el tiempo había pasado volando. Dake revisaba sus notas.

El bolígrafo golpeaba rítmicamente el paso de las hojas. Lani se quedó como hipnotizada. Era una costumbre que él tenía desde que estudiaban juntos. La charla profesional la había distraído de sus pensamientos, pero de manera inconsciente ese hábito la hizo volver al pasado.

De repente, se vio transportada al pequeño apartamento de una sola habitación con vista al río Charles cercano a la universidad. En el saloncito principal había luces para que pudieran leer y estudiar. Sobre la desvencijada mesa había papeles, libros y notas de los dos. Allí se concentraba en el estudio hasta que, el golpeteo del bolígrafo de Dake la distraía y tenía que suspenderlo. Él no se daba cuenta de lo que hacía hasta que la chica se aclaraba la garganta ruidosamente para llamar su atención.

Entonces, él levantaba la mirada y, apenado, se disculpaba.

—Lo siento, amor —le daba un beso y regresaba a sus estudios y dejaba de golpear el bolígrafo al menos durante otra hora.

El golpeteo continuó. Inconscientemente, Lani carraspeó. Dake levantó los ojos, asombrado. La observó, pero ella sintió que no la miraba, que veía más allá. ¿Acaso había recordado también?

—¿Dake? —inquirió con suavidad.

—Lo siento. Tuve una laguna… no importa. Creo que… ¿Te apetece ir a comer?

—No —respondió de inmediato—. Quiero decir que estoy ocupada. Además, ya tengo un compromiso —quería evitar su compañía sin ser grosera. No deseaba que se diera cuenta de que trataba de evitarlo. «¡Demonios!, ¿por qué tuvo que venir a Sanderson?»

—Será en otra ocasión —recogió sus papeles y colocó la silla en su sitio—.

Gracias por toda la información. Cuando tengas esas declaraciones de que me has hablado, házmelo saber. Me gustaría verlas.

—Desde luego, será mañana o el jueves.

Lani lo vio alejarse sintiéndose agotada, pero triunfante. ¡Lo había logrado!

Pudo soportar estar sentada a su lado durante dos horas manteniendo una actitud profesional. ¡Lo lograría! Podría olvidar que era el esposo que la abandonó y tratarlo como a cualquier colega de trabajo. Su relación funcionaría siempre y cuando la mantuviera en un plano profesional, y no se permitiera perder el control de sus pensamientos.

¿A qué precio? Estaba exhausta; tuvo que hacer uso de toda su fortaleza para conservar la calma. Estaba cansada, pero satisfecha. Finalmente comprobó que podía apartar a un lado su pasado.

Lani se levantó y se desperezó, pero bajó los brazos al recordar la forma en que Dake la había mirado esa mañana. Tendría que ser más

cuidadosa.

Se tomaría un descanso para comer, iría a Faneuil Hall y se perdería entre los turistas, dispuesta a olvidarse de Dake Morgan. Después, regresaría a trabajar más fresca.

Esa tarde, Lani trató de concentrarse, pero se distraía a cada momento imaginando los pasos de Dake, adivinando adónde iba. En dos ocasiones él pasó por delante de su despacho, pero no se detuvo. No era que ella quisiera que lo hiciese, sino que siempre ocupó demasiado su atención. De pronto, el día pareció interminable.

Al salir, ella tenía que pasar por su oficina. No quería detenerse ni hablar, sólo escapar. Antes de pasar por su puerta, detuvo el paso, tomó aire y dándose valor cruzó apresurada gritando un breve y fugaz buenas tardes.

Él la llamó, pero Lani prácticamente corrió hacia su coche. Reconoció su cobardía, pero temía que el pasado volviese a surgir. ¿Acaso él quería darse su tiempo para hablar con ella?

Ya no le interesaba saber por qué la dejó. No quería escuchar sus excusas.

Ahora deseaba olvidar el pasado y mirar hacia el futuro. Quizás él también lo deseaba. ¿Qué bien les podía hacer remover las cenizas? Nada iba a cambiar. Lo que pasó, pasó y discutirlo no ayudaría.

Aunque una voz interior le dijo: «¿No te gustaría saber por qué te dejó? ¿Qué hizo todos estos años?»

A la mañana siguiente, Lani llegó a su despacho y no vio a Dake. Él estaba allí; lo sabía por la puerta abierta y los papeles en el escritorio. Sin embargo, no lo vio.

Empezó a trabajar esperando poder evitarlo todo el día.

La mañana estaba muy avanzada cuando Lani fue a ver a Joel Perkins por algunos gráficos que había diseñado para ella. Él quiso explorar el terreno antes de entrar de lleno en los negocios. Lani estaba apoyada en el escritorio y le seguía la broma.

—Vamos, Lani, di que sí, aunque sea por esta vez —Joel le sonreía mientras se mecía en su sillón detrás del escritorio. Tenía las manos detrás de la cabeza y no dejaba de sonreír mientras ella negaba con la cabeza.

—Joel, durante meses me has invitado y siempre te digo que no. ¿Por qué sigues insistiendo?

Le simpatizaba como compañero, pero eso era todo. No estaba interesada en salir con él.

Él se levantó y se le acercó. Era alto, alegre y bonachón. Lani lo comparó con Dake y no encontró en Joel la misma magia que en Dake.

—Te abrumaré con mi pasión. Llegará el momento en que me ruegues que salgamos juntos y que no me aleje de ti —dijo en tono de

broma.

Ella se rió con ganas.

—Necio, tu pasión será en vano. La respuesta…

Oyeron un carraspeo. Desconcertados, los dos se volvieron con expresión culpable hacia la puerta. Lani se quedó helada al descubrir a Dake. La sonrisa desapareció de sus labios y, desfallecida, se apoyó en el borde del escritorio. ¿Qué estaría pensando al descubrir esa escena?

—Espero no interrumpir —dijo indiferente, pero con mirada severa.

Joel sonrió ampliamente.

—En absoluto. Quizás puedas ayudarme en tu calidad de director de planificación. Estoy tratando de que esta joven sin corazón me acompañe al partido de los Patriots el próximo fin de semana, pero se niega. ¿Debo cambiar de estrategia?

—¿No te gusta el fútbol? —preguntó Dake en tono ligero, al tiempo que terminaba de entrar en la oficina sin quitarle la vista encima a Lani.

—No me gustan los jóvenes aprovechados que utilizan el chantaje —la chica se irguió de nuevo.

Tal vez cometió un error, ahora estaba cercada por esos hombres; sin embargo, toda su atención, sus nervios, respondían a Dake Morgan.

—¿Chantaje? —Dake levantó una ceja.

—En absoluto —se defendió Joel—. Sólo la abrumo con mis encantos. Para ser sincero, está a punto de caer rendida a mis pies.

Ella percibió la ligera loción de Dake; seguía usando la misma que antes. La hizo recordar aquellos momentos de amor… le encantaba apoyar la mejilla en su hombro y dibujar sus facciones con la punta del dedo y después su pecho, logrando acelerar su respiración…

Parpadeó. Esos pensamientos resultaban peligrosos.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Dake, preocupado.

—Por supuesto —Lani se volvió hacia Joel—. Ya lo intenté una vez, ¿recuerdas?

y no funcionó. Tengo mucho trabajo, Joel; ¿has terminado de diseñar el gráfico de Montgomery?

—Te lo entrego a mediodía.

Lani estuvo de acuerdo e iba a salir, pero Dake se lo impidió diciéndole.

—Es a ti a quien buscaba.

Sintiendo un vuelco en el estómago y palideciendo ligeramente, Lani abrió mucho los ojos. Deseó escapar.

—John dijo que eres la indicada para ponerme al tanto del asunto Sorenson.

Parece que tendremos que ir a verlos antes que la Comisión de

Seguridad e Intercambio.

—¡Otra vez no! Dios, estuve con ellos varias semanas —se quejó—. ¿Qué pasa ahora?

—Te veré en tu despacho dentro de un par de minutos para decirte todo lo que sé.

—Está bien —se dirigió a la puerta, pero antes de salir se volvió para despedirse de Joel con una sonrisa—. Gracias de todas formas; ¿de acuerdo?

—Claro, tal vez la próxima vez tenga más suerte.

—Eres demasiado persistente —le sonrió evitando la mirada de Dake y salió, pero en el pasillo todavía alcanzó a escuchar la pregunta de Dake.

—¿Qué ha querido decir con que lo había intentado y no funcionó?

Ya no pudo oír la respuesta de Joel, pero la adivinó. En la oficina se sabía que era madre soltera, que no tenía marido. Probablemente todos sabían también que tampoco aceptaba invitaciones. No era un secreto, aunque a ella no le gustara hablar de ello. Ahora Dake lo sabría. ¿Le importaría? ¿Se sentiría culpable o preferiría ignorar la razón?

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Dake y ella decidieran abrir las viejas heridas? La joven sentía una tremenda curiosidad. ¿Qué habría hecho todos esos años? ¿Por qué regresó a Boston? ¿Le interesaría saber lo que fue de ella, o su relación significó tan poco en su vida que ni siquiera le importaría saber cómo la trataron esos años? Le dolió el corazón.

—Veamos el asunto Sorenson —Dake se asomó por la puerta.

Ella levantó la mirada del informe que intentaba leer y repentinamente deseó que él entrara, cerrara la puerta y la tomara entre sus brazos suplicando que le diera otra oportunidad. Deseó que implorase su perdón por abandonarla tanto tiempo, prometiéndole devoción eterna si olvidaba el pasado.

¿Lo haría ella? ¿Se atrevería a volver a vivir esa inseguridad? No podría volver a creer en él. Que él cambiara de repente y regresara a su lado era un sueño feliz, pero un sueño al fin y al cabo. Dake era un hombre inestable, y ahora ella tenía los pies en la tierra y no daría cabida a esas locas fantasías.

—¿Estás bien? —preguntó Dake de nuevo.

La joven parpadeó. Él la miraba con una expresión curiosa… pero no amorosa ni apasionada.

—El caso Sorenson, has dicho que podría haber problemas con él —Lani ignoró su pregunta.

—Según John, recibió una carta esta mañana solicitando asesoría para las auditorías con la SEC. Me pidió que hablara contigo… tú estuviste en las reuniones anteriores.

—Sí, y pensé que ya no sería necesaria nuestra intervención. La SEC está investigando un posible fraude en la oferta que AIL hizo a la Sorenson. Teníamos información que apoyaba a la Sorenson, así que fuimos llamados a testificar.

—Tú estabas en Washington cuando vine a entrevistarme. Ésa fue la razón por la que no nos conocimos hasta el día en que empecé —se sentó en la silla que estaba a su lado.

—Sí, yo participé en las auditorías. Sabía que estaban entrevistando a alguien, pero no me fue posible regresar —se mordió el labio inferior. Fue una tontería no afrontar el hecho de que alguien debía ocupar el puesto de Peter.

Sí, Peter se había ido y ella debió asumirlo como algo irreversible.

Pero, de haberlo hecho, ¿habría modificado algo? ¿Habría podido alterar la decisión final? ¿Qué podía haber objetado? Los antecedentes del candidato eran impresionantes y su experiencia la idónea para el puesto.

—Parece que tendremos que regresar a Washington, al menos un par de días.

—¿Nosotros? La última vez fui sola. Manejé bien el problema.

Dake se encogió de hombros.

—No pretendo desplazarte. John cree que será beneficioso para el proyecto que vaya yo también. Tú seguirás siendo el portavoz… la portavoz.

—No tienes que corregir tu forma de hablar, no soy susceptible —replicó Lani, preocupada ante la perspectiva de ese viaje juntos.

—Ya que perdimos aquella entrevista, ¿qué tal si te doy una oportunidad? ¿Te parecería que cenáramos el viernes? —le preguntó Dake, apoyándose en el respaldo de la silla.

Negando con la cabeza automáticamente, Lani empezó…

—Lo siento…

—Ya sé… estás ocupada. Eres la persona más ocupada que he conocido últimamente. ¿Hasta cuándo tendré que esperar a que tengas un espacio en tu agenda?

—Lani, el señor Carmichael está en la línea tres. Es la segunda vez que llama esta mañana, dice que le urge hablar contigo —se oyó la voz de Stacey por el intercomunicador.

Agradecida, Lani levantó el auricular.

—Después me darás tu respuesta —Dake sonrió sarcástico demostrando que se daba cuenta de sus tácticas dilatorias y de la llamada salvadora.

Lani supo que tarde o temprano tendría que responderle. Tendría que enfrentarse a él y decirle por qué no quería verlo fuera de la oficina. Pero pospondría el momento todo lo que pudiese. No le gustaban los enfrentamientos embarazosos.

Capítulo 3

Lani lo evitó todo cuanto le fue posible la semana siguiente. No quería verlo y se puso de acuerdo con su secretaria para que la llamara cuando tuvieran reuniones, a fin de no dar oportunidad a que él se le acercara.

Se dedicó en cuerpo y alma a trabajar en el proyecto. Estuvo pendiente de que los empleados a su cargo cumplieran a tiempo con sus responsabilidades. No quería dar ninguna excusa para que Dake solicitara verla.

Cuando tenían alguna reunión inevitable, siempre tenía prisa por salir.

Solamente en esas reuniones podía sentirse segura y controlada. En cierta ocasión, Dake le pidió que visitara las Industrias Forscue para que tuviera una idea mejor de sus requerimientos. Ella aceptó de inmediato. Eso la mantendría lejos de la oficina una semana.

Por fortuna la señora Palmer estaba acostumbrada a cuidar de Annalise por las noches cuando Lani salía en viaje de negocios. En ese sentido no tendría problemas.

Al finalizar la segunda semana, Lani quedó convencida de que podía permanecer en su trabajo y que se estaba volviendo inmune a la presencia de Dake.

Él no hablaría del pasado si ella no lo provocaba.

La pregunta en cuestión era si ella deseaba hablar del ayer. En ocasiones le parecía que realmente él no la recordaba. Fueron diez años y había cambiado tanto física como emocionalmente. Quizás era cierto que no la recordaba. Esa reflexión le provocó un intenso dolor, pues ella no había borrado de su mente cada hora que pasaron juntos. Le habría gustado que, aunque no hubiese significado nada para él, guardara un grato recuerdo de aquellos años de juventud.

Con frecuencia, Lani volvía a leer el expediente de Dake, intentando encontrar la respuesta que buscaba. Según el documento, Dake nunca se había casado. La primera vez que lo leyó se sintió desconcertada. ¡Qué falsedad! ¿O acaso fue la boda falsa?

Polly, la tía de Lani, siempre aseguró que había sido una boda amañada.

¿Tendría razón? ¿Pensaría Dake que la única forma de hacerla suya era simulando una boda? Se habían casado en secreto por problemas con el abuelo de él… al menos eso le dijo. Todos esos años que pasó creyéndose casada, ¿fueron una quimera?

—El señor Harrington ha convocado una reunión dentro de diez minutos en la sala de conferencias —la voz de Stacey interrumpió sus

pensamientos.

Lani apretó el botón del intercomunicador.

—Gracias, allí estaré. ¿De qué se trata? ¿Lo sabes?

—Creo que del proyecto Forscue.

Lani recogió los papeles necesarios y se dirigió a la sala de conferencias.

—Western Forest Productos ha resultado más agresivo de lo que originalmente pensamos. El asunto está difícil; creo que necesitaremos movernos con cautela para contraatacar. Dake revisará su estado financiero contigo; más tarde lo discutiremos.

Una vez establecidos los puntos, nos moveremos con toda la rapidez que requiere el caso.

Lani puso su atención en Dake mientras él esbozaba su estrategia. Presentó su punto de vista con claridad, sin perder el tiempo con palabras floridas. Llegó al fondo del problema sugiriendo paso a paso lo que debían hacer.

Lani recordó a Peter. Habría sido más moderado, más reflexivo; pero le habría gustado la exposición de Dake.

Dake era directo, convincente, preciso y sus ideas buenas. Su estilo resultaba lo suficientemente agresivo para combatir a la oposición. El problema aún estaba ahí, pero Lani pensó que sus oportunidades de triunfo habían aumentado.

—Lani visitará las oficinas y la central la próxima semana. Sé que no tendrá demasiado tiempo, pero es imprescindible que agilicemos la comunicación, especialmente la interna.

—Mark, tendrás que entregarme esas cifras cuadradas antes del lunes. Yo acompañaré a Lani y quiero llevarlas conmigo. Steve, podrás…

Lani abrió mucho los ojos, asombrada. Dake la acompañaría; nunca lo hubiera imaginado. Tragó saliva con dificultad y se le aceleraron los latidos del corazón. ¡No quería que la acompañara! Ya era bastante con la perspectiva de ese viaje a Washington juntos, aunque se tratara de un viaje rápido. Además, estarían ocupados con las auditorías todo el tiempo. Las oficinas generales de Forscue estaban en California, lo que representaba un trayecto de cinco horas, más el tiempo que les llevaría ir de una oficina a otra. La central estaba muy alejada del aeropuerto, al pie de las montañas de Sierra Nevada. Serían varias horas solos en coche.

No, no podría. Simplemente era imposible. Debía encontrar la forma de negarse.

—Lani, tú y yo revisaremos el esquema final antes de irnos —Dake la miró de forma extraña.

Ella asintió dejándose llevar por los acontecimientos. Debía hacerle saber que no podía acompañarlo, que eligiera a otra persona. Pero no

delante de todos; se lo diría después, en privado.

Ese momento nunca llegó. Ni el jueves ni el viernes tuvo la oportunidad. Igual que ella lo evadió al principio, ahora él la evitaba. Debían salir el lunes, pero no encontró la oportunidad de verlo a solas para decirle que no podría ir. Siempre lo encontraba reunido, hablando por teléfono o simplemente «acababa de salir».

Desesperada, el viernes por la tarde le escribió una nota para comunicarle que no podría acompañarlo y que en su lugar iría Margot, una de sus principales ayudantes. Depositó la nota en su correspondencia interna y se marchó considerando el asunto arreglado. Le molestaba reconocer que estaba siendo poco responsable en el trabajo; jamás lo había sido, pero las circunstancias la obligaban a ello.

Annalise la saludó entusiasmada cuando fue a recogerla.

—No tengo deberes este fin de semana, mami; estupendo, ¿no? No te has olvidado de que esta noche voy a dormir en casa de Judith Ann, ¿verdad?

—No, cariño, no lo he olvidado. Si tu habitación está arreglada al terminar de cenar, podrás ir.

—Lo está; la limpié anoche, ¿recuerdas? Alquilaremos películas y las veremos

¡toda la noche!

Lani sonrió a su hija. Era la alegría de su vida, lo significaba todo para ella.

—Así que no te esperaré mañana muy temprano, ¿verdad?

—Quizá no nos levantemos hasta el mediodía. ¿Estarás en casa el próximo viernes por la noche, por si quiero invitar a Judith Ann a quedarse con nosotras?

—Sí. He cambiado de planes y no saldré de viaje. A propósito, tendré que llamar a la señora Palmer en cuanto lleguemos a casa. No voy a salir y olvidé decírselo.

Previendo algún compromiso anterior, Lani había mencionado el viaje a la niñera cuando Dake se lo hizo saber. Ahora necesitaba avisarle que estaba cancelado.

—Me alegra que te quedes en casa. Tal vez Judith Ann, tú y yo podamos hacer algunas galletas el próximo viernes.

—Claro, ¿por qué no? —haciéndose el propósito de llamar a la señora Palmer, preguntó a su hija cómo había pasado el día en el colegio.

El apartamento quedó en silencio cuando más tarde regresó de dejar a Annalise en casa de Judith Ann. La noche sería larga. Se puso unos pantalones marrones de lana y un suéter color crema; encendió la chimenea y acercó su portafolios. Si el asunto Sorenson se complicaba otra vez, debía revisar sus notas. Era mejor estar

preparada.

Después de las ocho, sonó el timbre. Lani frunció el ceño al ver interrumpida su concentración. ¿Quién podía ser? Aún no era fin de mes para que pasara el chico del periódico.

Al abrir la puerta se encontró con Dake Morgan vestido con pantalón oscuro, suéter azul marino y chaqueta de ante. Llevaba el portafolios en la mano.

—Hola, pensé que no te encontraría. Sólo pasé a ver si tenía suerte —sonreía con naturalidad.

Ella se apartó a un lado y él pasó al interior. Lani cerró la puerta y en silencio lo observó llegar hasta el salón. Rápidamente lo recorrió con la mirada para ver si había algún indicio de Annalise; por fortuna no encontró nada y ella estaba fuera esa noche.

Dake admiró la agradable chimenea, el sofá, los sillones… todo decorado en azul, blanco y marrón claro. Clavó los ojos en los papeles de trabajo.

—¿También tú eres una adicta al trabajo como yo?

—Sólo revisaba algunas cosas —murmuró—. ¿A qué has venido?

—A hablar contigo.

—¿De qué se trata? —¿al fin hablarían de ellos? Lani se sintió mal; no quería hablar, sólo deseaba huir.

Sin esperar que se lo pidiera, Dake caminó hasta el sofá y se sentó. Ella lo siguió lentamente y se sentó en el lado opuesto. Lo miró extrañada.

—Se trata del proyecto Forscue —empezó.

—No iré —respondió de inmediato. Demonios, no había llamado a la señora Palmer. Lo haría en cuanto Dake se marchara.

—Encontré tu incomprensible nota. ¿Qué significa?

—Margot es muy competente; ella puede ir en mi lugar.

—Si yo quisiera a una ayudante, te lo habría pedido. Quiero a una persona de alto nivel en la compañía y demostrar a Forscue y a Western Forest Products que tenemos a la gente más capacitada. ¿Tienes miedo del vuelo?

—¿Del vuelo? No, viajo en avión con frecuencia —la pregunta la confundió.

—Anteriormente has realizado inspecciones en diferentes empresas, y si no le tienes miedo a las alturas, entonces la razón debe ser el acompañante. Solías ir con Peter, ¿no?

—Sí —tenía una lógica muy exacta; en pocos segundos había dado en el clavo.

—¿Y por qué me dejaste una nota? ¿Por qué no simplemente me lo dijiste?

—Lo intenté, pero no tuve oportunidad de hablar contigo. El viaje es el lunes y no me quedó otro remedio. Me has estado evitando desde

la reunión del miércoles.

—Es curioso. Por mi parte yo tengo la sensación de que siempre me evitas. ¿Por qué no quieres ir conmigo?

Lani tenía la boca seca. No podía decírselo; sin embargo, debía contestar algo y él no la dejaría mentir.

—¿Te soy antipático? —la ayudó.

Negó con la cabeza. «Al contrario», se dijo, pero no se lo haría saber.

—Yo no soy Peter.

—No, no lo eres.

—¿De qué se trata, Lani? ¡Dímelo! No podré hacer nada al respecto si no conozco el motivo —declaró frustrado.

Apretó los labios.

—No quiero ir contigo —dijo al fin.

Clavó los ojos en el fuego buscando algo más que decir. Dake se acercó. Ella tembló ante su cercanía; el corazón empezó a latirle aceleradamente. Deseó un vaso de agua para refrescarse la garganta.

—Lani.

De mala gana volvió la cara y clavó la mirada en esos labios firmes sobre el mentón cuadrado. Esos mismos labios que tantas veces la besaron brindándole sensaciones nunca imaginadas. Esos labios que se movían apasionadamente por sus mejillas, por su cuello y bajaban hasta sus senos.

Sintió como si la estuviera volviendo a tocar, con el mismo cariño y ternura de entonces. Su boca le brindaba un placer que gozaba una y otra vez.

—Por Dios, Lani, cuando me miras así, me cuesta trabajo recordar que nuestra relación es de trabajo y que sólo somos compañeros de oficina. Yo no cambiaré las cosas, a menos que tú lo desees.

—¡No!

Se levantó del sofá para escapar de su proximidad, se acercó al fuego y se quedó inmóvil en clara respuesta. De haber seguido a su lado no habría podido negarse a nada.

—Lani, no soy ninguna especie de ogro que va a atacarte. ¿Qué pasa?

Debía decir cualquier cosa o no dejaría de insistir.

—Dake, hace mucho, mucho tiempo estuve casada. Todo terminó de pronto. Un día, él salió de casa y simplemente no regresó jamás. Quedé herida, destrozada. No quiero volver a experimentar un dolor así. El viajar juntos… no sé, no quiero complicaciones. Me siento capaz de controlar cualquier relación profesional, pero nada más. ¡Nada! —se estremeció al preguntarle—. ¿Has estado casado alguna vez?

—No.

Dio en el blanco. Entonces, sí fue una farsa. Una boda ficticia. Se sintió herida.

Hasta ese momento creyó haber estado casada. Su tía tenía razón… qué tonta había sido.

—Lani, no sé qué pudo pasar en tu matrimonio, pero ya terminó y las cosas no suceden dos veces. Eres joven, guapa, inteligente y, según los demás, tienes un gran sentido del humor. Yo no lo he comprobado personalmente —dijo con intención—.

Somos colegas y esa relación es importante. No pretendo más. Sin embargo, me gustaría conocerte mejor y que tú me conozcas. ¿Qué te parece?

La agarró por los hombros y con lentitud sus dedos empezaron a acariciar suavemente el suéter, relajando sus músculos de manera deliciosa.

Sintió que se le doblaban las piernas; era todo lo que necesitaba para echarse en sus brazos y suplicarle un beso.

—Acompáñame al viaje. Te prometo comportarme —dijo con sinceridad.

—¿Y yo podré? —habló sin pensar.

Los ojos masculinos brillaron y una sonrisa iluminó su rostro.

—Tal vez no, pero los dos lo disfrutaremos.

La joven se ruborizó; no podía creer lo que había oído.

La sonrisa de Dake desapareció dando paso a una concentración profunda mientras la miraba a los ojos y después a los labios. Inconscientemente, Lani los separó y él se acercó más dejándola sin aliento al quedar a unos cuantos centímetros de su boca. Ella era terriblemente consciente de la presión de esas manos sobre sus hombros, de la tibieza que emanaba el cuerpo varonil, de su respiración. De pronto, la soltó y caminó hacia el sofá.

—Si vas a acompañarme, creo que debemos revisar la estrategia que he planeado para unificar criterios frente al cliente —respiraba con agitación; ella notó que luchaba por controlarse y eso le dio fuerzas. Así que no era completamente inmune a ella… Eso resultó reconfortante.

—Prepararé café, tú organiza los papeles.

Necesitaba alejarse para ordenar sus pensamientos y presentarse serena ante ese hombre tan distraído.

Cuando regresó, Dake ya tenía los papeles sobre la mesa. Apartó unas hojas a un lado para dejar sitio para la bandeja y se sentó a prudente distancia.

—Para mí, resulta indispensable ganar la opinión pública y con ella la confianza de los empleados. Hay una o dos razones de peso que quizá no vayan en favor de la compañía, pero analizarlas ahora sería tanto como especular. No quiero que algunas efímeras ganancias a

corto plazo los vayan a deslumbrar.

A Lani le maravilló que ese hombre controlara sus emociones con tanta facilidad. Ahora era todo un profesional. Como si los momentos anteriores jamás hubiesen existido. Si ella quería encajar en el mundo de ese hombre, debía demostrarle que podía hacer lo mismo.

Revisaron cada aspecto del plan hasta que Dake se convenció de que estaban en la misma frecuencia y que harían una presentación coherente ante el director general.

Ya era bastante tarde cuando terminaron con el proyecto y el café.

Dake estiró los brazos y enseguida los dejó sobre el respaldo del sofá. Lani recogió las tazas y las llevó a la cocina. Seguramente, ahora se marcharía. Consultó el reloj; era casi medianoche.

—Y ahora Lani, cuéntame algo de ti —le pidió.

—¿Cómo qué? —se apoyó en el respaldo. ¡Error!, su cuerpo quedó demasiado cerca de sus manos. Imaginó el calor de sus dedos recorriendo la corta distancia entre su cuello y sus hombros. ¡Qué tontería! Sin embargo, no podía dejar de pensar en su proximidad.

—Tú tienes en tu poder mi expediente y la relación de las entrevistas que me hicieron en la compañía. Cuando conocí a los directivos de cada área, hablé con ellos acerca de su trabajo y un poco de su vida. Me faltaste tú. ¿Cuánto llevas en la compañía? ¿Desde cuándo ocupas este puesto? ¿Dónde naciste? ¿Qué haces cuando no trabajas?

—Empecé a trabajar en la Sanderson hace aproximadamente ocho años. Trabajé mucho, estudiaba por las noches y buscaba el consejo y la asesoría de los demás.

Todo valió la pena. El año pasado fui ascendida a directora.

Se quedó en silencio con la mirada clavada en la chimenea. No quería seguir.

¿Cuándo dejaría de jugar al ratón y al gato?

—Tu trayectoria profesional es estupenda. ¿Y en lo personal?

Lo observó largamente. ¡Qué astuto! Sería mejor mantenerse alejada de ese hombre si no quería volver a caer en sus redes.

Parecía interesado, como si desease saber más de ella. ¿Estaría buscando en su memoria o sólo deseaba seguir jugando? ¿Qué sucedería si se enfrentara a él aclarándole su antigua relación? ¿Cómo reaccionaría? ¿Le daría docenas de justificaciones por haberla dejado todos esos años? ¿Pensó en ella alguna vez?

Tuvo miedo de saberlo.

—Mis padres murieron siendo yo apenas una niña. Una tía se ocupó de mí, pero murió cuando yo ingresé en la universidad.

—¿Fue entonces cuando te casaste?

A Lani le escocieron los ojos. Fue cuando pensó que estaba casada, pero no dijo nada y contuvo las lágrimas.

—Sólo un auténtico bastardo pudo herirte así.

—Yo pienso lo mismo —respondió mirándolo de frente.

—No quise molestarte trayendo a tu mente recuerdos dolorosos.

—Intentar olvidarlos no los hace menos dolorosos —respondió cortante.

Él se acercó y empezó a acariciarle la nuca, enredando su collar en sus dedos.

—Me gustaría que nosotros sólo tuviéramos buenos recuerdos, nunca malos.

Temblorosa, se dejó arrastrar a las profundidades de esos ojos castaños, recordando esas mismas palabras años atrás.

La mano tibia y gentil siguió acariciándola y cerró los ojos para disfrutar plenamente de la exquisita sensación de la caricia.

Sí, sus dedos eran tiernos, pero transmitían una pasión contenida. La caricia era dulce, pero le llegaba al alma.

Cuando lo sintió moverse se puso a la defensiva. El miedo y el disgusto la sobrecogieron. Trémula, decidió no dejarlo continuar.

—Es tarde —susurró—. Será mejor que te vayas.

Decepcionado, él miró al techo y poniéndose en pie, accedió.

—Tienes razón, pero de poco te servirá. Volveré.

Recogió sus papeles y de pronto, le pareció un extraño. Ya no era aquel joven que conoció; ahora era un hombre seguro, confiado, dinámico. ¿Por qué jugaba con ella? ¿No sería mejor aclarar las cosas que seguir como si nada? Ella no estaba segura… quizás a él le pasaba lo mismo.

Lani lo acompañó a la puerta como una autómata. Esa noche había sido terrible en más de una forma. Pero algo la confortó… ¡salió airosa!

Él se detuvo al llegar a la puerta y le preguntó.

—¿Un beso para el camino?

—¿Entre compañeros de oficina? —replicó burlona.

Sonrió confiado.

—Pronto seremos amigos… espero.

Se acercó y rozó ligeramente sus labios con los suyos.

—Te veré el lunes en el aeropuerto. Saldremos a las nueve en punto.

Capítulo 4

Lani se acercó al avión, temblorosa. No quería ir, habría dado cualquier cosa por quedarse, pero estaba atrapada. Dibujó una sonrisa artificial en su rostro y cruzó el pasillo de acceso sintiéndose como un condenado rumbo al cadalso.

Primero vio a Dake. Sobresalía entre los demás pasajeros. Le sorprendió descubrir a Mark. ¿También los acompañaría? Se animó.

—Hola, Lani —Mark la llamó al verla.

Dake se volvió lentamente y una sonrisa iluminó su rostro al mirarla acercarse a ellos. Recorrió su figura envuelta en un abrigo de lana azul oscuro, y un pañuelo de seda rojo podía verse entre las solapas. Debajo del abrigo llevaba una falda azul marino y una blusa blanca y azul. Una indumentaria conservadora y adecuada para viajar. El cabello estaba impecablemente peinado en una trenza.

—Buenos días —la saludó Dake.

—Hola Mark, no sabía que nos acompañarías —le sonrió feliz.

—Fui reclutado en el último minuto —dijo con naturalidad—. Dake cree que será conveniente apoyarnos en una clara explicación financiera, así que llevo todas mis notas. Ahora que has llegado puedo dejar a Dake. Él temía que no vinieras. Voy a por un periódico, ¿quieres algo?

Ella negó con la cabeza y miró a Dake. Así que él temió que no se presentara…

Muy interesante.

Cuando Mark se alejó, Dake la miró sarcástico.

—No tienes que demostrar tanta alegría porque nos acompañe otro compañero.

¿Crees que necesitamos vigilante?

—No seas tonto —murmuró irritada por ser tan transparente.

Claro que se sentía más tranquila de que Mark los acompañara, pero le molestó haberlo demostrado.

En ese momento anunciaron la salida de su vuelo y ella se alegró.

—Saldremos a tiempo —comentó con aparente indiferencia, pero tenía la garganta endurecida por la tensión. ¿Cómo se desarrollarían las cosas?

—Sí… al menos algo anda bien —gruñó Mark al acercarse con el periódico debajo del brazo.

—¿Qué te pasa?

—No tienen la última edición del *Herald*.

—Vamos, Mark, no vale la pena que te disgustes. ¿Y, qué más?

—Oh, el niño nos despertó anoche. No sabíamos qué le pasaba.

Beth y yo lo intentamos todo. Finalmente se tranquilizó un poco cuando yo salía. Acabo de llamar a Beth y me ha dicho que aún sigue despierto. Estoy rendido —Mark se frotó los ojos.

—Estoy segura de que no es nada. Sé que debes estar cansado, pero piensa que fue mejor para Beth que tú estuvieras a su lado. Imagina lo angustioso que habría sido para ella si el niño se hubiese puesto malo hoy por la noche.

Lani recordó el miedo que tuvo la primera vez que Annalise enfermó. No tuvo a quién recurrir, nadie que la ayudara a cuidar de su bebé. Miró de reojo a Dake. Él debió estar con ella, apoyarla en la infancia de Annalise. ¿Dónde estuvo todos esos años? Trabajando en el banco de Chicago.

—Tenemos tres asientos juntos en clase turista, así podremos revisar la propuesta y la información que necesitamos para la reunión —dijo Dake al subir al avión. Lani estuvo de acuerdo. Quería dejar de recordar. El pasado quedó atrás y nada lo cambiaría. Ahora debía mirar hacia delante.

Mark se sentó junto a la ventanilla, Dake en medio y Lani al lado del pasillo. En cuanto el avión despegó, sacaron los expedientes concernientes a Industrias Forscue.

Dake se volvió a Mark y los dos revisaron la información financiera que habían recibido. Lani escuchaba ausente, pues su mente divagaba mientras ellos analizaban el estado financiero.

Echaría de menos a su hija, aunque sabía que Annalise estaba segura con la señora Palmer. Se sintió afortunada por contar con ella. Estaba al cuidado de Annalise desde hacía bastante tiempo. La mayor parte de las guarderías que visitó eran ideales para niños cuyos padres podían pasar a recogerlos, ya fuese uno o el otro, pues tenían horarios fijos y no hacían excepciones. Si Lani tenía que trabajar hasta tarde, debía recoger a Annalise y dejarla con una niñera para poder regresar a trabajar. No era fácil.

Gran parte de su vida, desde que su marido la abandonó, no había sido fácil.

Conseguir una niñera, encontrar un apartamento que pudiera pagar y que al mismo tiempo resultara seguro, además de ganar el dinero suficiente para lo más indispensable como comida y ropa. Pero jamás se dio por vencida; nunca le pesaron los esfuerzos por llegar a ser la mejor madre para Annalise.

Cuando se mudó a ese apartamento el año anterior, Nora Harrington le recomendó a la señora Palmer. Fue amor a primera vista. La mujer se encariñó inmediatamente con la niña, a pesar de tener seis hijos propios. Aceptó de inmediato hacerse cargo de la pequeña y así fue como Lani encontró al fin alguien que cuidara a su hija hasta que saliera de trabajar, e incluso cuando tenía necesidad de

viajar.

En ese aspecto estaba tranquila, lo único que la inquietaba ahora era Dake Morgan. Debía hablar con él, enfrentársele, saber por qué la dejó y por qué ahora fingía no conocerla. Sí, debía hacerlo, pero… aún no.

Sacudió la cabeza. El momento llegaría por sí solo. Quizá algún día. No le gustó pero tuvo que reconocer que temía escuchar lo que le podría decir.

Si él no tocaba el tema significaba que quería ignorar el pasado. Entonces, ¿por qué la besó el viernes?

Sacó algunos papeles de su portafolios y revisó el trabajo que había planeado con John la semana anterior y con Dake el viernes pasado. Hizo anotaciones al margen.

Después de la frugal comida, Dake le preguntó:

—El viernes dejamos preparado tu material; ¿tienes alguna sugerencia?

—Sólo los horarios para las nuevas sesiones de derechos —le acercó los papeles.

Dake estudió el plan, cotejó las notas con las suyas, y le devolvió la hoja.

—Me parece bien. Creo que tenemos todo preparado.

Lani estudió a Dake de reojo con curiosidad; tenía interés en saber más de él.

Independientemente de ese cuerpo bien formado y de esa ropa elegante, ella se seguía sintiendo tan atraída por él como desde aquel primer momento en que lo conoció, por su buen sentido del humor, su fuerza de carácter, su inteligencia y su bondad.

Pensó que tal vez la abandonó pensando que así sería mejor: un final rápido y definitivo, sin despedidas inútiles ni reproches innecesarios. Cuando el amor termina ya no hay nada que hacer. Sin embargo… ella se merecía una explicación.

Él volvió ligeramente la cabeza y al descubrirla mirándolo le sonrió. Los ojos de Lani se clavaron en esa boca que la había besado el viernes por la noche.

—¿Analizándome otra vez? —le preguntó con suavidad.

Ella se avergonzó.

—Lo siento, me quedé pensando. Creo… creo que hemos descubierto todo.

Debemos demostrarles que sabemos lo que hacemos y que nuestros planes funcionarán.

—Eso espero. Discúlpame un minuto. Ahora vuelvo.

Lani movió las piernas a un lado para dejarlo pasar. Cuando se alejó, Mark dijo a Lani.

—Estoy rendido. No podré ser de utilidad para nadie en la reunión

de mañana si no descanso un poco. Despiértame al llegar, ¿quieres?

—Claro, pero sólo faltan un par de horas.

—Lo sé, pero me ayudará. Esta noche me iré temprano a la cama. ¡Mañana estaré como nuevo si logro descansar! —Mark le sonrió y bajó la cortina de su ventanilla, se acomodó tanto como el espacio se lo permitía y casi de inmediato se quedó dormido.

Lani se pasó al asiento de en medio para que Dake no tuviera problema al regresar. El asiento aún conservaba la tibieza de su cuerpo. Se estremeció al sentir ese calor. Pensamientos prohibidos la invadieron. Rechazó con firmeza las sensaciones que le provocaron, se acomodó contra el respaldo y cerró los ojos.

El viaje no parecía representar el problema que tanto temió. La presencia de Mark ayudaba. Después de todo, quizá resultaría un viaje de negocios rutinario.

Había hecho tantos con Peter, pero jamás sintió por Peter lo que sentía por Dake.

«¿Qué es exactamente?», se preguntó.

—¿Jugando a la silla vacía? —le dijo Dake al oído.

Lani abrió los ojos y le sonrió.

—Mark se ha dormido. Me he cambiado de sitio pensando en que no tuvieras que saltar. ¿Prefieres éste?

—No, aquí estoy bien. Ya que hemos terminado todo lo relacionado con Forscue, ¿qué tal si llevamos a cabo la entrevista que hasta ahora has evadido?

—¿Por qué iba a evadir una entrevista? —señaló Lani.

—Buena pregunta, me la he repetido muchas veces. Sin embargo, creo que debe ser una entrevista retroactiva; tú sabrás más de mí y yo te conoceré mejor.

—¿No crees que es extemporánea? Tú ya tienes el puesto.

—Pero aún no sé nada de ti; eres la ejecutiva desconocida.

Le sonrió con timidez. ¿Realmente la creía una desconocida o seguía fingiendo?

¿Jugaba a provocarla?

—Tú me haces una pregunta. Después de responderte, yo te haré otra —la miró con picardía.

Lani se mordió el labio inferior al sentirse atrapada. No deseaba revelar nada a ese hombre, sólo lo estrictamente relacionado con su trabajo. ¿Cómo contestar a algo personal?

—Está bien. ¿De dónde eres?

Dake sonrió ligeramente confundido.

—Chicago —respondió conciso.

Lani frunció el ceño. Él nació en Nueva York. ¿Habría pensado que se refería a su último domicilio?

—¿De dónde eres tú, Lani? —le preguntó.

—De Ingram. Es un pequeño pueblo. Como ya te dije, mi tía Polly se encargó de mí. Fuimos felices —aunque murió cuando Lani estaba en la universidad, aún la echaba de menos—. Ella era mi única familia.

—Yo no tengo familia.

Sí, ésa fue una de las razones por las que se casaron. Juntos formarían su propia familia. Al menos eso planearon. Juntos harían tantas cosas. Y vivieron juntos hasta un día de abril, hacía diez años.

Lani recordó que Dake le habló de su madre, lo mucho que la quería y que la seguía echando de menos. Se llamaba Annalise y por ello Lani bautizó con ese nombre a su hija; después de todo, debía heredar algo del lado paterno.

Su padre fue diferente, decidido, fuerte, siempre luchando por conseguir más dinero, una posición mejor, más poder. Duro para llegar a sus metas, no le importaba manipular a la gente. Dake le confió que a él no lo había echado de menos.

Lani siguió hablando de su tía, lo mucho que se quisieron, la comunicación y confianza que existió entre ellas y lo sola que se quedó cuando la tía Polly murió.

Trató de recordar algunas otras cosas que Dake le contó cuando vivieron juntos.

Nunca habló demasiado de su familia, pero la desventura fue una razón más que aparentemente los unió. Ahora se explicaba el porqué le fue tan fácil abandonarla. Había heredado la misma frialdad de su padre.

Cerró los ojos y pensó en los días felices que compartieron y las promesas que le hizo al casarse. Volvió a sentirse herida al recordar la forma en que huyó sin decirle ni una sola palabra, sin haberle escrito ni llamado jamás. ¡Cuánto sufrió preguntándose si estaría bien, si no le habría pasado algo! Después su preocupación se volvió rencor. ¿Cómo pudo abandonarla? Más tarde, todo eso se convirtió en resignación.

Una lágrima corrió por su mejilla. Al sentir que un cariñoso dedo se la limpiaba, volvió a abrir los ojos y descubrió que Dake la observaba preocupado.

—¿Qué te pasa?

—Nada, sólo se trata de viejos recuerdos —le sonrió temblorosa.

Él apretó los dientes.

—No me rehúyas, Lani. Quiero ser tu amigo.

«¿Como antes?»

Tuvo miedo de preguntar.

Él le cogió una mano entre las suyas para ayudarla a tranquilizarse. Ella la retiró con delicadeza. Ese contacto resultaba demasiado turbador.

Su simple cercanía lograba revivir sentimientos que creía olvidados. Cerró los ojos fingiendo tener sueño. Si lograba que la dejara sola, recuperaría el control. Debía resistir el deseo de arrojarse a sus brazos rogándole que la besara, que no la soltara, que la amara. Quiso pensar en otra cosa.

—Pero, ¿cómo lograrlo?

Capítulo 5

El trayecto a Calaveras County, ubicación de las Industrias Forscue les llevó tres horas. Para Lani el tiempo pasó volando gracias a Mark. Mientras Dake conducía, Mark dirigía y ella, en el asiento posterior, observaba a Dake por el espejo retrovisor, sin que él se diera cuenta. Se sintió complacida al poder estudiar sus cambios físicos sin que él lo notara. Seguía teniendo el mismo aire de seguridad que antes, pero ahora se evidenciaba más. Incluso podía decirse que resultaba un poco arrogante.

Su cabello seguía siendo brillante, oscuro, un poco rizado. Tuvo que contener un creciente deseo de acariciarlo, de sentir su textura, su sedoso grosor. Tenía los hombros anchos y las manos grandes, fuertes, varoniles. El elegante traje le sentaba a la perfección. Definitivamente, resultaba un hombre guapo y atractivo.

Dake y Mark charlaban de la próxima presentación, del paisaje y de su coincidente afición al esquí. Lani los escuchaba descorazonada, pues trataba de razonar el descubrimiento que acababa de hacer. ¡Aún deseaba a ese hombre!

Años atrás estuvo enamorada de él; ahora ya no lo amaba, pero todavía lo deseaba. Deseó poder captar su atención, que quisiera estar con ella, que la mirara con ojos de hombre. Sacudió la cabeza para ahuyentar esos pensamientos; resultaban demasiado peligrosos. Su relación debía ser estrictamente profesional. No pondría en peligro sus sentimientos por segunda vez. No permitiría que la excitara. Una pasión intensa en la vida resultaba más que suficiente para cualquier persona.

Él llevaba dos semanas en la Sanderson y aún no había dicho una palabra de su pasado. Ni una sola insinuación, ni miradas intencionadas, nada. ¿Por qué? ¿Le parecería más cómodo dejar enterrado el pasado? Quizá temía alguna escena.

Pero ella no haría eso. Lani también había madurado con los años. La experiencia fue dura, pero le enseñó a razonar sin llegar a la discusión.

¿Por qué no iniciarlo ella misma? La idea la estremeció, pues admitió que no estaba preparada. No deseaba provocar una aclaración. Aún no. Y menos, en un viaje de negocios.

La primera reunión en las Industrias Forscue sería a las nueve de la mañana. Ya casi era la hora de cenar cuando se registraron en el viejo hotel cercano al centro. La ciudad de Calaveras era un antiguo pueblo dedicado a la explotación de oro que, al mismo tiempo que conservaba su sabor de antaño, se había incorporado al siglo veinte.

Lani se disculpó con los dos hombres mientras ellos se ocupaban de registrarse.

—Estoy cansada y me gustaría dormir bien para la reunión de mañana —les explicó al tiempo que señalaba su maleta al botones.

—Nos veremos a las siete en el comedor. La reunión será a las nueve y quiero llegar a tiempo —contestó Dake.

—Allí estaré. Buenas noches.

—Buenas noches, Lani —murmuró Mark—. Dake, yo también necesito descansar. ¿Quieres algo antes de que me retire a mi habitación?

Lani ya no alcanzó a oír la respuesta de Dake. Entró en el ascensor y casi de inmediato encontró su habitación.

Llamó a Annalise para avisarle que ya había llegado y preguntarle cómo le había ido el día. Hablar con su hija le levantó el ánimo y por primera vez, Lani pensó en el padre de la niña con pesar. Le dolió que no la hubiese visto crecer y todo lo que se perdió. Dake habría sido un buen padre. Cualquier niña se habría sentido segura a su lado. Él le habría mostrado la diferencia entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo equivocado. Lani se quedó pensativa. ¿Cómo le explicaría él todos esos años de abandono?

Ya era tarde cuando se preparó para ir a la cama. Había comprado una novela de misterio y se abstrajo tanto que no sintió el paso del tiempo. Molesta consigo misma, se dispuso a ponerse el camisón. Debía estar fresca a la mañana siguiente.

Entonces oyó una ligera llamada a la puerta. Lani se sobresaltó. Volvieron a llamar, pero a la puerta que comunicaba con la otra habitación.

Lani se quedó inmóvil a medio desvestir. Frunció el ceño y se acercó a la puerta.

Dake tenía la habitación contigua. La de Mark quedaba al fondo del pasillo. ¿Acaso Dake pretendía aprovechar la comunicación a su propia conveniencia?

Si pensaba eso, la iba a oír.

A la siguiente llamada estalló furiosa. Terminó de vestirse y abrió la puerta. ¡Lo pondría en su sitio!

Al abrir la puerta la sorprendió el espectáculo que encontró.

Dake se apoyaba tembloroso contra la puerta, con una mano envuelta en una toalla. Tenía la camisa desabrochada, exponiendo parte de su saludable pecho bronceado.

Apenado, le hizo una mueca.

—Lo siento, pero he tenido un accidente y necesito ayuda. Tú estás más cerca que Mark. Sólo que no sabía si aún estabas despierta o no.

Sus ojos recorrieron la figura femenina cubierta por el delicado camisón naranja y la bata que hacía juego.

—¿Qué ha pasado? —se alarmó al ver el brazo cubierto.

—Rompí el espejo de viaje. Al intentar recoger los trozos, me corté estúpidamente dos dedos de la mano derecha. No he podido detener la sangre.

¿Tienes botiquín? ¿O quizás algunas vendas?

—Sí, ve al baño, enseguida te alcanzo.

Lani regresó a su habitación y sacó su maletín de primeros auxilios que siempre llevaba. Era un hábito adquirido desde que empezó a salir de vacaciones con Annalise. Se alegró de haberlo llevado y se dirigió al baño deprisa.

Dake estaba junto al lavabo, al verla se quitó la toalla. La sangre volvió a fluir.

Se trataba de un corte y profundo en dos dedos.

—Tus huellas digitales jamás volverán a ser las mismas —declaró impresionada por la cantidad de sangre—. ¿Podrás soportar que te lave la herida? —le preguntó al abrir el grifo y agarrar la mano. Al mirarlo notó que el dolor debía ser intenso—.

Dolerá mucho.

El hombre apretó los dientes e hizo un movimiento afirmativo sin dejar de mirar la sangre que empezó a mezclarse con el agua. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

A Lani le dio pena, pero quería ver la profundidad de la herida.

Mientras examinaba el corte notó que el dolor aumentaba. Sufrió como si le doliese a ella. La mano con que sujetaba la de Dake le temblaba. Quiso suspender la operación, huir de allí pero no pudo, se quedó decidida a hacer lo correcto. Si al menos tuviese la sangre fría de una enfermera, si pudiera no pensar en esa mano que sostenía, en el dolor que le causaba…

—Creo que necesitas unos puntos, Dake. La herida es muy profunda y la sangre no deja de fluir.

—Qué tontería —murmuró retirando la mano. Los dedos se volvieron a cubrir la sangre de inmediato.

—Ven —cogió una toalla limpia y la presionó contra sus dedos, tratando de detener la sangre—. Ven y tranquilízate. Llamaré al médico del hotel.

Al ayudarlo a apoyarse en la cabecera de la cama notó su palidez. Agradecido, se acomodó entre las almohadas sin dejar de apretar con su mano sana la herida.

Lani llamó a recepción. Mientras hablaba, no dejó de mirarlo. Él tenía los ojos cerrados y una mueca de dolor en la boca. Parecía más joven, indefenso y vulnerable.

Lani se angustió. Deseó consolar su dolor.

Colgó el auricular y se sentó a su lado.

—Vendrá en cuanto lo localicen. ¿Te sientes bien? —contuvo el

doloroso deseo de acariciarle el pelo que caía sobre su frente, y quiso darle palmaditas en el hombro y aliviar su dolor. Pero se quedó rígida.

—Sobreviviré, si es eso lo que quieres saber. Demonios, jamás pensé que una pequeña herida doliera tanto.

—No creo que sea tan pequeña; parece muy profunda. Parece que has perdido bastante sangre.

—Los dedos sangran exageradamente —murmuró volviendo a cerrar los ojos.

—Yo creí que eso pasaba sólo con las heridas en la cabeza —respondió, intentando distraerlo.

Los minutos empezaron a correr creándole una consciencia de su proximidad, del amplio pecho bronceado, del estómago plano, de la construcción perfecta de su caja torácica. Resuelta, desvió los ojos de la extensión de piel que dejaba a la vista la camisa abierta.

Pero no resultó fácil. Sus ojos volvían a recorrer su piel y casi llegó a sentir su tibieza. Clavó entonces la mirada en sus labios. Fueron tan tiernos y maravillosos al besarla el viernes pasado. ¿La volvería a besar? ¿Lo deseaba ella? ¿Sus besos resultarían tan eróticos como años antes? ¿O tal vez más?

Lani saltó de la cama y dio unos pasos.

—¿Qué te sucede? —Dake abrió los ojos.

—Creí… oír que llamaban a la puerta —se acercó a ella y la abrió. El pasillo estaba vacío. Cerró lamentablemente y se volvió de frente.

—¿No tienes frío? —le preguntó—. Las personas en estas condiciones deben mantenerse bien abrigadas.

—Tengo un poco de frío, pero estoy bien.

—Siéntate y te cubriré —se acercó para abrigarlo. Al hacerlo, lo cogió por el hombro y lo empujó suavemente hacia delante—. ¿Puedes mantenerte así sólo unos segundos?

Él se quedó inmóvil mientras Lani lo sujetaba por la cintura con una mano y con la otra tiraba de la manta.

—Ya está, listo, apóyate otra vez —terminó de arroparlo cubriéndole el pecho, dejando que sus dedos se quedaran más tiempo del conveniente sobre la tibieza de su piel. Notó que él se contraía. Avergonzada, dio un paso atrás.

—Gracias, mamá —bromeó Dake, al advertir su turbación.

Los golpes en la puerta llegaron en su auxilio.

El médico del hotel evaluó rápidamente la situación y decidió usar el baño para la cirugía. Después de administrarle un tranquilizante a Dake, procedió a dar cuatro puntos en cada dedo. Lani lo ayudó y se tranquilizó cuando la sangre dejó de fluir.

—Regrese a la cama, joven —ordenó el médico mientras guardaba su instrumental—. No se moje los dedos durante una semana. Que su adorable esposa lo ayude en la ducha —sugirió y le guiñó un ojo.

Ella se ruborizó y evitó mirar a Dake. Acompañó al doctor hasta la puerta y al volverse descubrió que Dake apenas podía contener la risa. Sus ojos brillaban divertidos y al fin soltó una carcajada.

—Oh, tu cara… sensacional. ¡Y el doctor sugiriendo que la formal y distante señora Williams me ayude a ducharme!

Se sintió herida. ¿Era así como la veía, seria y distante?

—Estoy segura de que no tendrás ningún problema —respondió con frialdad.

—Sólo para afeitarme. Si necesito ayuda, ¿puedo llamarte?

—Pídesela a Mark. ¿Se te ofrece algo más antes de irme a la cama? —le preguntó desde la puerta que comunicaba sus habitaciones. ¡Deseaba desaparecer!

Él dudó un momento.

—Me cuesta trabajo mover estos dedos, me duelen bastante. ¿Te importaría desabrocharme el botón del pantalón. No necesitaré que me ayudes con el pijama, pues duermo desnudo.

Ella sintió que le hervía la sangre. Era una petición razonable. ¿Por qué despertar a Mark sólo por eso? Aunque no estaba segura de poder hacerlo.

Lentamente se acercó a él. No le llevaría más de tres segundos. Pensaría que era un extraño.

Aunque… ella no les desabrochaba los pantalones a los extraños. Se llenó los pulmones de aire y procedió a la tarea. Intentó desabrochar el botón sin tocar a Dake, pero la tela se ajustaba a su cintura. Resultaba imposible. Decidida a ayudarlo, deslizó los dedos detrás del cinturón. Tenía la piel caliente, inquietante. Luchó por sacar el botón del ojal, pero le era imposible. Apenas podía concentrarse, consciente de la cercanía de sus cuerpos y de la posición de su mano. En lo único que podía pensar era en la imagen de Dake durmiendo desnudo.

Paciente, él esperaba con los brazos a los lados. Cuando al fin lo logró, Dake soltó un suspiro.

—Gracias por ayudarme, Lani. Esta noche no has estado distante.

—Yo… —antes de que pudiera decir nada, la besó y le borró todo pensamiento coherente. Lani saboreó el contacto de esos labios que se movían tiernamente contra los suyos. Fue un beso breve.

Él se retiró y ella aprovechó para fingir indiferencia.

—De nada. Dejaré la puerta entreabierta. Si necesitas algo, llámame.

Al retirarse a su habitación, Lani sintió que el mundo se le venía encima.

¿Estaba volviéndose a enamorar?

A la mañana siguiente, encontró la puerta cerrada. Se acercó y pegó la oreja tratando de escuchar algún sonido. Se tranquilizó al oír

ruidos y empezó a vestirse.

Entró en el comedor y vio a Mark y a Dake sentados a una mesa cerca de la ventana, con sendas tazas de café.

—Buenos días. ¿Cómo te sientes, Dake? —se les unió agradecida de encontrar una taza de humeante café esperándola.

—Mejor, gracias. Le estaba contando a Mark nuestra aventura. Lani será una buena madre —Dake le sonrió.

Joel aún no le había dicho nada.

Ella le devolvió la sonrisa y miró a Mark. Él cerró la boca evidentemente arrepentido de lo que iba a decir. Lani cambió de tema.

La presentación resultó tal como la planearon. Los tres se desenvolvieron en equipo como si llevaran años trabajando juntos. Respondieron a todas las preguntas que el director de Forscue les planteó y en ocasiones se anticiparon a ellas proponiendo nuevas ideas para la compañía. Los ejecutivos de Forscue revisaron el plan estratégico y les agradó el programa trazado.

Lani pasó toda la tarde entrevistando al personal. Pidió ver copias del boletín informativo y de las circulares más recientes. Rápidamente formuló un plan de ataque que sabía sería efectivo.

El miércoles se trasladaron a la sucursal de Lake Tahoe. El jueves visitaron la otra sucursal ubicada en la costa cerca de Fort Bragg.

El viernes volaron de regreso a casa. Lani y Dake apenas tuvieron tiempo de cruzar algunas palabras. A partir de ese martes, después del desayuno, el trabajo fue abrumador. Sin distracciones, Lani volcó todas sus energías en él.

A la vuelta ocupó el asiento de la ventanilla y mientras perdía la mirada en el vacío, repasó el viaje y, satisfecha, tuvo que reconocer que había sido mucho más fructífero que los realizados con Peter. Ella era una profesional y trabajaba como tal.

Dake no tendría razón para quejarse.

Deseaba que él apreciara su trabajo y que la comparara con la ingenua muchachita que conoció. Quería que supiera lo que había perdido.

Dake se sentó a su lado y Mark junto al pasillo. Al iniciarse el despegue, Dake se le acercó y le dijo:

—Me gustó la forma en que te desenvolviste ayer en la central. No debe ser fácil siendo la única mujer en algunos proyectos.

—No, no siempre encuentro una actitud tan machista como la de ayer. Sin embargo, creo que he aprendido a salir airosa.

—No todos los hombres piensan así.

—Sí; la mayor parte piensa que la mujer debe casarse y dedicarse a cuidar del hogar.

—¿Te parece que está mal? —preguntó Dake.

—No me parece que esté mal, pero es una decisión que cada mujer

debe tomar.

Dake la estudió largamente antes de volver la mirada hacia otro lado.

El equipaje de Lani era uno de los primeros en la cinta transportadora. Ansiosa por ver a Annalise y de llegar a casa, cogió la maleta y, agitando la mano, se despidió de sus compañeros y se alejó. Recogió a Annalise y a Judith Ann, que pasaría la noche con ella. Se sentía contenta de estar en casa, de tener a su hija. Incluso la visita de Judith Ann entraba en la rutina de su hogar.

Lani necesitaba una distracción. La imagen de Dake Morgan se estaba convirtiendo en una obsesión. Por ello, decidió compartir la velada con las niñas.

—¿Os apetece una *pizza*? —les preguntó al llegar a casa.

—Sí, con todo. ¿Te parece, Judith Ann? —preguntó Annalise—. Compra la más grande, mamá. Quiero que nos quede algo para mañana.

—Está bien. Me cambiaré de ropa y después de cenar prepararemos galletas.

Mientras tanto, pequeñas, id sacando los ingredientes.

—Caramba, va a ser muy divertido —dijo Judith Ann. A ella siempre le parecía bien lo que Annalise quisiera hacer.

Lani deshizo la maleta. Se puso unos vaqueros y un jersey rosa, se cepilló el cabello y se lavó la cara. Qué bien se sentía de estar de regreso en casa. ¡No volvería a pensar en el trabajo hasta el lunes por la mañana!

Cuando bajaba por la escalera alguien llamó a la puerta. La estampida de pasos le indicó que Annalise y Judith Ann se encargarían de abrir. El servicio de entrega de la pizzería estaba mejorando.

Se quedó paralizada al oír la voz familiar.

—Hola. Busco a Lani Williams —era Dake.

—¡Mami! —gritó Annalise sin moverse de la puerta—. Alguien te busca.

Deseó que se la tragara la tierra, pero tenía que salir a su encuentro. La expresión atónita de Dake desapareció al ver a Lani. Le sonrió y clavó la mirada en la sedosa cabellera que caía sobre los hombros de la joven y en la cara fresca y recién lavada.

—Hola.

—Hola —tenía la lengua trabada. Annalise y Judith Ann miraron en silencio a los dos adultos.

—Saliste del aeropuerto tan deprisa que no tuve oportunidad de preguntarte si querías acompañarme a cenar.

Lani notó que él también se había cambiado de ropa. Llevaba pantalones oscuros, camisa azul claro y la chaqueta sobre los hombros. Ella tuvo que tomar aire para disimular.

—Acabamos de encargar la cena —declaró finalmente.

—Es una *pizza* —agregó Judith Ann.

—Pero pedimos mucha. Mamá, ¿por qué no invitas a tu amigo a cenar con nosotros? —dijo Annalise en un tono extraño.

—Me encantaría —Dake no dejó de mirar un segundo a Lani.

—Sí, por supuesto. Si no tienes inconveniente —balbuceó ella.

—Después vamos a preparar galletas. Si quieres, nos puedes ayudar —le ofreció Annalise.

—Con mucho gusto. Las galletas hechas en casa son mis favoritas.

Las niñas subieron corriendo al dormitorio de Annalise. Dake entró y cerró la puerta. Sonrió.

—Esta noche parece que tienes veinte años. ¿Realmente eres la madre de esa jovencita?

Lani asintió con la cabeza. ¿Cómo reaccionaría si le dijera que Annalise era hija de él?

Capítulo 6

—¿No te molesta que me quede? —quiso saber Dake.

—No, creo que no; me has pillado por sorpresa. Ni siquiera tuve oportunidad de presentarte a mi hija y a su amiga. Lo haré en cuanto bajen.

Lani se sintió incómoda; no quería que se quedara, que invadiera su vida. Se negaba a permitir que le despertara recuerdos. Pero, ¿cómo evitarlo? Una parte de ella quería aferrarse a él; la otra, más prudente, le advertía precaución.

—No sabía que tuvieras una hija.

—¿No? Bueno, pues la tengo —fingió sorprenderse de que él no lo supiera—.

No tardará en llegar la *pizza*.

Dulcemente, Dake le acomodó los cabellos castaños que caían sobre sus hombros.

—Qué bonito; debías llevarlo siempre así.

—No me ayudaría a tener una imagen profesional —se le doblaron las rodillas y la sangre palpitaba en sus oídos.

—Pero sí muy atrayente —respondió con los ojos fijos en sus labios. Clavó los dedos en los hombros femeninos al atraerla.

Fue un beso inesperado y maravilloso. Lani no tuvo tiempo de responderlo ni de rechazarlo. Terminó antes de que se diera cuenta. Dake clavó la mirada en los delicados labios de la chica. En ese momento las niñas irrumpieron escandalosamente.

—¡Ya ha llegado la *pizza*, mamá! —Annalise corrió a abrir la puerta mientras Judith Ann saltaba impaciente.

Lani agradeció en su interior la interrupción, pues su resolución de no tener ninguna relación con él, empezaba a flaquear.

Los cuatro dieron buena cuenta de la pizza. Las niñas aceptaron a Dake como si lo conocieran de toda la vida. Lani se tranquilizó después de pronunciar el nombre de su hija, pues Dake sonrió y sólo comentó que era un bonito nombre. Después de aquello, Lani supo que no pretendía un enfrentamiento esa noche. ¿Acaso debía sentirse liberada de ese pasado? ¿Sería mejor así?

Una vez que devoraron la pizza, todos se dirigieron a la cocina para preparar las galletas. Como ninguno se ponía de acuerdo, resolvieron hacer cuatro tandas diferentes.

Hicieron la mezcla y la vertieron en la bandeja entre bromas y risas. Un doloroso recuerdo cogió a Lani por sorpresa. Deseó capturar esa noche de alguna manera y poder revivirla cada vez que quisiera. Grabó la imagen de Dake junto a Annalise. De haberse quedado con

ellas, ¡cuántos recuerdos hermosos tendrían acumulados!

Recordó también su infancia. La forma en que tía Polly pasaba horas con ella en la cocina preparando deliciosos pastelitos que después compartían con los vecinos.

Juntas pasaron momentos inolvidables. Tía Polly le demostraba de esa manera su amor.

Dake la miró a los ojos.

—Esto es muy divertido, Lani. No recuerdo haber ayudado cuando era pequeño.

—¿Será por eso por lo que coges la cuchara de una forma tan rara? Pensé que era por las vendas —Lani le devolvió la sonrisa. Él mezclaba sus ingredientes usando solamente dos dedos de su mano derecha para sostener la cuchara.

—Debes saber que sé cocinar —le entregó el tazón y la cuchara—. Pero como estoy lesionado, necesito que me mimen y no que me hagan trabajar.

—Entonces, ¿cuál va a ser tu contribución a nuestro proyecto? —bromeó con él.

—Aportaré el apetito más terrible. Una vez que terminéis de prepararlas, me convertiré en el catador oficial.

—Yo también quiero serlo —dijo Annalise.

—Yo también —agregó Judith Ann.

—Todos lo seremos —anunció, diplomático.

Cuando la primera tanda de galletas salió del horno, las niñas recibieron una ración y se les apremió para que fueran a ver la película que empezaba en ese momento. Salió otra y otra tanda y cuando Lani metió la última horneada, suspiró.

—¿Algún problema? —le preguntó Dake, quien la observaba trabajar.

—Sólo mira la cocina. Me parece que los catadores olvidaron que también hay que limpiar.

—Yo lo haré.

—No, no puedes mojarte esos dedos. Pondré los cacharros en remojo; mañana los fregaré. Ahora me siento cansada y lo único que quiero es sentarme y reposar. Ha sido un largo día.

Quitó el exceso de pasta del tazón con la espátula, la limpió con un dedo y la dejó en el fregadero.

Antes de que ella pudiese enjuagarse, Dake se acercó y cogiéndole la mano, sin dejar de mirarla a los ojos, saboreó la mezcla que quedaba en sus dedos. El contacto de esa lengua en su piel le transmitió un sinfín de emociones sensuales hasta lo más profundo de su ser.

Lani se perdió en esos ojos como envuelta en un embrujo. Él besaba cada uno de sus dedos, los lamía moviendo eróticamente la

lengua y sólo soltaba uno para coger otro. No dejó de mirarla fijamente.

Lani empezó a temblar y su corazón latía tan acelerado que temió que él lo notara. Se le doblaron las rodillas y le costó trabajo respirar. Se sintió increíblemente débil, regocijada, deseada.

—Dake…

Era tan varonil, tan sensual y excitante. ¿Le recordaba al de antaño o prefería el de ahora? Deseó estar en una habitación vacía, sola con él y poder hablar, besarse, hacer el amor. ¿Se estaba enamorando de ese Dake Morgan?

Él le soltó la mano, la abrazó… y la besó. Sus labios eran tan húmedos y sabían a galleta. Lani se acercó más y disfrutó de la fuerza de ese cuerpo, del calor de la pasión. Las manos masculinas la abrazaban sin encontrar resistencia y la moldeaban contra su cuerpo. Con la mano izquierda le masajeaba la espalda al mismo tiempo que la mantenía pegada a su cuerpo. Ella podía sentir los fuertes músculos de sus piernas, la firmeza de su pecho. Sus brazos le brindaban seguridad, a pesar de que la apretaban cada vez más y más…

Lani perdió el sentido de la realidad y no pensó en otra cosa que no fueran esos labios en su boca, ese cuerpo que la mantenía cautiva. ¿Acaso estaba soñando? Él intentó acercarse más y ella abrió la boca para saborear la dulzura del momento. La lengua masculina trazó una y otra vez el contorno de sus labios, logrando enloquecerla; y después se introdujo en la suave humedad de su boca, brindándole un placer más allá de todo lo experimentado antes en un beso.

El reloj del horno repiqueteó dando por terminado el mágico momento.

Lani dio un paso atrás aturdida. Automáticamente cogió el guante protector, sacó las galletas y las dejó encima de la cocina. Lo hizo con lentitud para darse tiempo de recuperar la calma. Necesitaba decirle a Dake lo que le dolió su actitud, lo que sentía ahora.

Se sintió humillada, pues sabiendo quién era él, sabiendo que un día la abandonó, aún seguía atrapada en su poder. Debía reconocerlo, afrontarlo y aclarar el pasado antes de pensar en algo para el presente. Jamás volvería a confiar en él.

¿Sería posible una relación sin confianza? Debían hablar. Quizás esa noche era la indicada, después que se durmiera Annalise.

—Me reuniré con vosotros en cuanto deje organizado todo. Mientras tanto, tú podrás ver la película con ellas —le entregó un plato de galletas, ansiosa por alejarlo.

Necesitaba unos momentos de soledad.

—¿Tardarás mucho?

—No, el tiempo necesario para preparar café.

Lani meditaba mientras terminaba de ordenar la cocina. Sí, esa

misma noche debía decirle que no deseaba volver a verlo. Debía hacerlo… pero aún dudaba. No volvería a creerle. Jamás.

Su cabeza era un torbellino mientras esperaba que estuviera el café. Se mordió el labio inferior, indecisa. ¿Se atrevería? ¿Por qué él no lo había hecho? Quizá debía esperar un poco más. Tal vez, si él pensaba quedarse permanentemente en Boston, algún día hablarían. No tenía que ser esa noche.

Minutos después se reunió con ellos. Dake y Annalise parecían haber congeniado. Ella estaba sentada a su lado en el sofá y reían juntos por algo. Como en ese momento transmitían anuncios, empezaron a charlar. Ella se acercó con suavidad, dejó la bandeja en la mesa y se sentó al otro lado de su hija. Allí estaría más segura.

Dake pareció pensar lo mismo a juzgar por la ceja levantada y la pícara mueca.

Lani lo ignoró y sirvió el café.

—Mamá, Dake nos invita a la playa el domingo. También a Judith Ann.

¿Podemos ir? ¿No te parece divertido, especialmente en invierno? Nunca hemos ido en invierno. Además, el sábado de la próxima semana estarás ocupada; este fin de semana es el mejor.

—Oh, cariño, no sé —miró a Dake, quien la observaba retador e inflexible.

¿Debía arriesgarse a aceptar la invitación?

—Este fin de semana estoy seguro de que no estarás ocupada —le dijo burlón.

—Bien, pues…

—Pasaré a recogeros a las once.

La mente de Lani se quedó en blanco. ¿Qué podía inventar?

—Oh, di que sí, mamá. Pasaremos un domingo estupendo en la playa.

—Está bien, Dake, el domingo —desvió la mirada con dificultad y le sonrió a Annalise—. El domingo lo intentaremos si es que no llueve. Judith Ann también tendrá que pedir permiso a su madre.

—¿Y qué harás el próximo sábado? —le preguntó Dake, cuando la película continuó y las niñas se tumbaron en la alfombra para acercarse más a la pantalla.

—Iré a la fiesta benéfica de la Sorenson. ¿No has recibido tu invitación? Pensé que todos los ejecutivos de la compañía estaban invitados.

—La vi, pero no le presté mucha atención. ¿Una fiesta obligatoria?

—Algo así desde el punto de vista de John. Creo que es una especie de agradecimiento de la empresa a todos nuestros esfuerzos. Es formal, de corbata. Es el acontecimiento de la temporada aquí en Boston.

—¿Ya tienes pareja?

Se sonrojó. Como no tenía muchas ganas de asistir había pensado en ir en su propio coche y después que sus compañeros de trabajo la vieran, retirarse.

—Iré sola.

—Podemos ir juntos.

—No… no, gracias de todas formas. Prefiero continuar con el plan que tenía.

¿Tienes suficientes galletas?

—Suficientes y no cambies de tema. ¿Por qué una chica adorable como tú prefiere ir sola, en especial cuando un forastero necesita que alguien lo acompañe?

—Pídele a alguna compañera de trabajo que vaya contigo.

—Lo estoy haciendo, pero no consigo que acepte.

Lani sonrió complacida, pero negó con la cabeza.

—Te veré allí, pero prefiero ir sola.

—¿Te preocupa que empiecen los rumores en el trabajo? —sugirió intentando persuadirla.

—No quiero quedarme más tiempo del que tengo previsto —respondió ruborizándose al haber sido descubierta.

Él soltó una carcajada.

—Al menos eres sincera. Y puedes estar segura de que nos veremos allí —la simpatía de sus ojos la inquietó. Lani fingió concentrarse en la película para no tener que continuar la charla.

Dake se marchó al terminar la película. Amistosamente, le cogió la mano y depositó un beso en el dorso.

—Si Annalise y Judith Ann ya estuviesen en la cama como debían, me despediría de una forma muy distinta —le murmuró al oído.

Ella sonrió y retiró la mano.

—Buenas noches, Dake.

Cuando dejó a las niñas en la cama, regresó al salón, recogió las tazas de café y las llevó a la cocina.

Había algo más que quería hacer antes de acostarse. Llevaba mucho tiempo planeándolo. Se dirigió a su escritorio y se sentó. Abrió el primer cajón, sacó una caja de plata y la depositó encima del mueble. Era una caja secreta. La primera vez que Annalise la vio, hacía años, Lani le explicó que se trataba de su caja personal y secreta y que ella no debía tocarla.

La abrió y se quedó inmóvil un momento, dejando que los recuerdos fluyeran.

Finalmente cogió un paquete de fotografías. Pasaron tan poco tiempo juntos que no había demasiadas.

Las empezó a mirar. Observó a una Lani más joven al lado de un atractivo chico. Se trataba de Dake en su juventud. Se sintió extraña al

ver esas fotografías sabiendo que ese hombre que un día se esfumó volvía a aparecer diez años después.

El amor que se profesaron era evidente en las fotos. Lani no pudo evitar una sonrisa al recordar tantas promesas no cumplidas.

Las dejó a un lado y sacó otros papeles. Los revisó hasta encontrar lo que buscaba. Lo desdobló cuidadosamente y leyó el certificado de matrimonio con detenimiento. El nombre del novio estaba claramente escrito: Dake Joseph Morgan.

La novia: Melanie Patricia Williams. Recordó lo nerviosa y emocionada que se sentía en el juzgado de Vermont. No imaginó lo que le deparaba el futuro. Era tan feliz.

Suspiró por los sueños que nunca se realizaron y volvió a guardar sus recuerdos. La causa de la desaparición de Dake aún era desconocida. ¿Algún día la conocería? Sólo si se atrevía a enfrentarse a él, pero no creía que pudiera hacerlo. Él no parecía sentirse culpable ni tener remordimientos. ¿Realmente deseaba saberlo?

Capítulo 7

Ese domingo Lani se despertó temprano, si bien se quedó acurrucada entre las sábanas sintiéndose como un condenado a muerte. No quería ir a la playa y tampoco dar pie a ninguna intimidad entre ellos. Lo más prudente era mantenerse a distancia de él.

Finalmente se empezó a vestir; se puso unos vaqueros y una sudadera, y se recogió el pelo en una cola de caballo. Preparó café para el desayuno y consultó su reloj. Aún podía cancelar el compromiso. Pero el teléfono de Dake comunicaba.

Impaciente por conseguir hablar con él, volvió a intentarlo. Seguía comunicando.

Desayunó tostadas y café y enseguida volvió a marcar… comunicando. Se preguntó con quién podía estar hablando tanto tiempo.

Annalise se levantó entusiasmada. Lani intentó pensar en otras actividades atractivas para la niña para cuando le propusiera cancelar el paseo a la playa, pero no se le ocurrió nada más divertido.

Podían ir a patinar a la pista abierta al público; hacía tiempo que no iban.

Llamó por teléfono otra vez; seguía comunicando.

Los nervios la dominaron al ver que faltaba poco para las once. Judith Ann llegó tan entusiasmada como lo estaba Annalise. La novedad de pasar un día en la playa era suficiente para entusiasmar a cualquiera.

Lani intentó hablar con Dake una vez más desde el teléfono de la cocina. La señal de ocupado zumbó en su oído al mismo tiempo que el timbre de la puerta.

Annalise y Judith Ann corrieron a abrir. Ella colgó y se asomó al salón, quedándose petrificada al ver a Dake.

Él parecía vigoroso y listo para un día lleno de aventuras con sus botas de excursionista, pantalones vaqueros y jersey de cuello vuelto debajo de la chaqueta de cazador. Le guiñó un ojo sobre las cabecitas de las entusiasmadas chiquillas.

—Decidí llegar más temprano —dijo.

—Traté de llamarte —Lani se acercó con parsimonia—, pero tu teléfono comunicaba constantemente.

—Temí que pudieras arrepentirte y que quisieras cancelar la cita, así que tengo descolgado el teléfono desde anoche. No te voy a permitir que ahora cambies de opinión; no querrás decepcionar a este par de criaturas, ¿verdad?

Lani miró a las niñas, cuyo entusiasmo quedó en suspenso al

escucharlo.

Dake tenía un brillo de triunfo en los ojos.

—Está bien, iremos —se resignó—. Abrigaos bien, niñas; Dake lleva la comida y mantas en el coche.

«El día en la playa puede resultar divertido», Lani quiso convencerse al ponerse la chaqueta. Con las niñas allí, ¿qué podía pasar? Se encogió de hombros y resolvió disfrutar del paseo.

—Estoy lista. Gracias por invitarnos —dijo amablemente con una sonrisa que pretendió ser entusiasta.

El coche de Dake la sorprendió; un estropeado jeep. Lani se quedó muda al verlo; se había imaginado un BMW o un Mercedes.

—¿Te gusta? —bromeó al notar su reacción.

—Es algo inesperado —murmuró.

—Es súper —gritó Annalise feliz.

Las dos niñas saltaron al asiento trasero y Lani se sentó delante. No, no era el cómodo y lujoso vehículo que imaginó.

—¿Por qué un jeep? —le preguntó, cuando él puso en marcha el motor.

—Me lleva a cualquier parte. Prefiero dejar los símbolos de status para los demás.

Lani guardó silencio y observó la avenida que cruzaban en ese momento. Dake tomó la autopista que los llevaría a Salem y al océano. Ella disfrutó del trayecto al pasar por delante de las casas y las tiendas sin tener que preocuparse por el tráfico.

Dake era un buen conductor, competente y veloz.

El camino estaba despejado y hacía buen tiempo al llegar a las afueras de Salem, poco después del mediodía. Dake tomó una desviación y luego otra que los llevó hasta las dunas de arena que separaban la carretera del mar.

—Todos abajo —dijo—. Comeremos después de una buena caminata; primero debemos entrar en calor.

Lani estuvo de acuerdo, saltó del vehículo y esperó un instante para que Annalise y Judith Ann llevaran la delantera.

—¡Apuesto a que te gano! —Judith Ann empezó a escalar la cima de la duna.

Las niñas desaparecieron por la cima cuando Lani y Dake empezaron a trepar.

—¡Qué tranquilidad! —jadeó cuando al llegar a la cúspide la brisa del mar le dio en la cara—. Es precioso.

—También tú lo eres —dijo Dake—. Durante el trayecto no perdimos el tiempo con charlas absurdas. Qué hermoso paisaje, ¿verdad?

Lani sonrió y miró hacia abajo.

Resultó estimulante pasear por la playa desierta acariciados por el

viento frío.

El día era soleado y brillante, el agua azul, y las corrientes aéreas soplaban con fuerza sobre la superficie del mar. Las niñas corrían delante llamando la atención de las gaviotas; Lani y Dake caminaban a lo largo de la playa.

—Jamás pensé que estaría en la playa sin calor y amontonamientos de gente —

dijo Lani.

—A mí me encanta en todas las épocas. Me tranquiliza después de la presión del trabajo. Y especialmente, me gusta en estos días… el mar tranquilo, con viento y sin tumultos. Lo acabo de descubrir, ¿sabes? Aunque en Chicago también tenemos playa en el lago.

—No te imaginaba en un lugar así. Me pegas más en la tranquilidad del hogar, leyendo junto a la chimenea.

—También me gusta. Pero esto me inyecta vida, me ayuda a recargar las baterías y me motiva a regresar al trabajo. ¿Y tú? ¿Qué haces para recargar tus baterías?

—Generalmente leo un buen libro o hago alguna actividad con Annalise. Las niñas van demasiado lejos de nosotros —declaró nerviosa y aceleró el paso. Dake la detuvo por el brazo.

—Lani.

Lo miró a los ojos. Él tenía una expresión seria.

—No te he invitado a salir con mala intención; no quiero herirte de ninguna forma. Me siento atraído por ti y creo que a ti le pasa lo mismo. Disfrutemos este día.

El corazón de la chica empezó a palpitar con rapidez.

Tenía razón: se sentía atraída por él y no quería, no por segunda vez.

Se llenó los pulmones de aire y temerosa de su reacción, desvió la mirada.

Más tarde se lo diría, después de comer. Quería seguir disfrutando unos momentos más; además, Annalise lo estaba pasando tan bien. Sí, se lo diría más tarde.

Caminar por la arena resultaba difícil, pero les quitaba el frío. En un repentino cambio de humor, Lani decidió disfrutar al máximo ese día, charlar con Dake, hablar de sus gustos. Sí, colaborar para que fuese un paseo inolvidable. Ya que no podía tenerlo para siempre, se conformaría con un día.

Caminaron algo más de un kilómetro antes de regresar al jeep. Lani ayudó a sacar las cosas del vehículo y Dake y ella las colocaron al pie de una duna. Llamaron a las niñas y todos comieron con apetito feroz.

Lani se rió con ganas de algo que Annalise dijo y miró a Dake para ver si él compartía el momento. Él la observó aun cuando también

celebraba la broma.

—¿Estás contenta? —le preguntó.

—Sí, lo estoy. He pasado un día maravilloso —respondió sin pensar, pero enseguida se avergonzó.

Se estaba divirtiendo, pero una diversión sin precauciones era una tontería.

Miró a su hija. Si su padre se hubiese quedado con ellas, cuánto habrían disfrutado juntos. Le dolió pensarlo. Lo amó tanto.

Pero ahora eran otras circunstancias, una mujer y un hombre diferentes. Le sonrió.

—Jamás en mi vida había comido tanto. Debe ser resultado del aire fresco y del día brillante.

—Me alegra que hayas venido —se le acercó y le quitó la cinta que le sujetaba el pelo. Los cabellos cayeron en libertad sobre sus hombros.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó Judith Ann.

—Porque creo que está más guapa con el pelo así —respondió sin dejar de mirar a Lani.

—Yo creo que siempre está guapa —declaró Annalise con firmeza, mirándolo con desconfianza.

—Yo también —fue todo lo que él respondió.

—Niñas, si habéis terminado, ayudad a recoger. Después podréis ir a jugar a la playa un rato más.

—He traído un balón por si alguien quiere jugar —les ofreció Dake.

—Bravo, eso será divertido. Vamos, Judith Ann, démonos prisa.

Rápidamente recogieron sus desperdicios, sus platos y enseguida corrieron al jeep a por el balón. Treparon por la duna y desaparecieron en la cima.

Lani movió la cabeza satisfecha.

—¿De dónde sacarán tanta energía?

—No lo sé, pero el hombre que logre embotellarla y venderla, se hará millonario. Los jóvenes tienen demasiada energía.

—Tú empleaste tu energía para subir por la duna —bromeó ella.

—Pero ya no tengo la misma que en mi juventud. Sin embargo, ahora la canalizo de distinta forma. Empleo la mayor parte en mi trabajo.

—¿Cómo entraste en este negocio? —le preguntó la joven estirando las piernas y apoyándose sobre las manos. Era lo más que podía preguntar para saber qué hizo esos diez años.

—Me identifico con los más débiles, supongo —se quedó en silencio un momento—. Lo que más me gusta es la planificación de estrategias y aplicarlas donde pueda sacar el mejor provecho.

—Háblame de los trabajos que has tenido.

—¿Acaso es esto una especie de entrevista? —bromeó levantando una ceja.

Lani se encogió de hombros y miró al horizonte.

—Si te lo tomas así —era mejor que lo creyera.

Dake la complació insertando algunas anécdotas que hicieron el relato más atractivo. Lani lo escuchó con atención. Todos sus esfuerzos habían sido recompensados.

Sin embargo, ella también había trabajado mucho y él ya era vicepresidente general y ella no… todavía.

—Así que eres todo un éxito.

—Algunos dirían que no. Para mí el éxito es encontrar algo y tener la habilidad de realizarlo. Para otras personas, significa poseer cosas; no disfrutarlas, ni usarlas, sólo tenerlas.

—Yo pienso que mientras tengas lo indispensable y a alguien a quien amar y ser correspondido, se puede ser feliz sin tener demasiadas cosas materiales —Lani pensó en los años que había compartido con Annalise.

Él se quedó en silencio, mientras el viento barría la arena de las dunas. El murmullo de las olas parecía lejano. El ambiente era fresco, pero agradable.

—No todo el mundo piensa igual —dijo—. Hace tiempo viví con alguien —

agregó de pronto.

Ella se puso tensa y esperó expectante.

Dake hizo una mueca.

—De eso hace muchos, muchos años, apenas era un muchacho. No funcionó. Es extraño, no puedo recordarla, no la reconocería aunque me cruzara en la calle con ella. A veces tengo alguna visión fugaz, eso es todo. Seguramente se trataba de alguien que deseaba más de lo que yo le podía dar.

Lani se quedó inmóvil, temerosa incluso de respirar. ¡Realmente no la recordaba! Y ella no había olvidado ni siquiera un minuto del tiempo que vivieron juntos… sin embargo, ¡él ni siquiera la recordaba!

Capítulo 8

Se le secó la garganta y el aire frío le penetró hasta los huesos. El retumbar en sus oídos no venía del océano, sino de su propio corazón que latía aceleradamente mientras escuchaba las palabras de Dake.

Se quedó helada y dolida al darse cuenta de la verdad. Tal como lo sospechó, su matrimonio fue una farsa, una comedia. Jamás estuvo casado, sólo vivió con «una joven». Con una chica a la cual ni siquiera se creía capaz de reconocer si se volvieran a encontrar.

Y ella tenía frescos en su memoria los meses que vivieron juntos, como lo más preciado de su vida. Sintió náuseas. Quería regresar a su casa, alejarse de ese hombre, estar sola.

No, no se sintió capaz de enfrentarse a él en ese momento. Sólo quería huir de su lado.

—¿Te sientes bien? —su voz penetró como un rugido en sus oídos.

Evitando mirarlo a los ojos contestó que sí con un movimiento de cabeza, se puso de pie y se sacudió los pantalones.

Enseguida recapacitó.

—No, realmente no me siento bien. ¿Te importaría que regresáramos ya? Yo….

estoy cansada y sé que me sentiré mejor al llegar a casa.

Dake la ayudó a recoger las cosas y, sin añadir una palabra más, regresaron por la duna y llamaron a las niñas. Casi de inmediato iniciaron el retorno a Boston.

Lani se arrinconó en el asiento con la vista perdida en el camino. Su mente parecía un torbellino, así que decidió no pensar en nada en tanto llegaban a la seguridad de su hogar. Sin embargo, pensamientos prohibidos se clavaron en su mente. Ella estaba en lo cierto, ese hombre era muy complicado y debía mantenerse alejada de él. Se había engañado otra vez. No obstante, había deseado estar a su lado y descubrir si él había madurado y cómo era ahora. No, no deseó volver a ser atrapada por su carisma, quiso evitar volver a sentir esa atracción incontenible…

pero no pudo.

Él fue su marido, o al menos así lo había creído durante mucho tiempo. ¿Acaso quería volver a enamorarse de él? Tuvo que aceptar que quizá jamás dejó de amarlo… a pesar de su abandono. Si ahora la cortejaba de nuevo, ¿podría confiar en él? ¿Podría entregar su alma por segunda ocasión sabiendo cómo terminó la primera vez?

Pero, ¿qué la inducía a pensar que él la volvería a cortejar? ¡Por Dios, durante meses vivieron juntos como marido y mujer y ahora ni siquiera recordaba su nombre!

En ese instante, él le cogió la mano y ella sintió como si el contacto la quemara, así que la retiró. Dake la miró desconcertado, pero Lani disimuló su actitud volviendo a recogerse el pelo en una cola de caballo. Él no se dio por aludido, pero se quedó pensativo el resto del camino.

Al llegar al apartamento, Lani abrió la puerta y se volvió a medias para darle las gracias.

—Aquí está bien. Gracias por el paseo —con un ademán apresuró a las niñas a que se bajaran del jeep. Ambas agradecieron contentas por el maravilloso día, pero los ojos masculinos no dejaron de mirar a Lani.

—Te veré mañana —le declaró al oído.

Ella cerró la puerta y se alejó deprisa antes de que la traicionaran las lágrimas por ese día que empezó tan prometedor y terminó tan desastroso. Furiosa, sacudió la cabeza y abrió la puerta.

—Niñas, podéis seguir jugando un rato más antes de que Judith Ann vuelva a su casa —les dijo al subir por la escalera para buscar refugio en su habitación. En cuanto cerró la puerta se relajó y dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Se derrumbó en la cama con ese dolor ya familiar clavado en el corazón.

La puerta se abrió de repente, golpeando con fuerza al cerrarse de nuevo.

—¿Qué demonios pasa contigo, Lani? —Dake entró furioso.

Lentamente se incorporó y secándose las lágrimas de mala gana se volvió hacia él. La expresión de Dake se suavizó un poco al ver los ojos enrojecidos por el llanto, pero no dijo nada.

—No me siento bien —respondió al borde de la histeria.

—No te creo. Pienso que esto es parte del síndrome de evasión al que estás acostumbrada. ¿Te molestó que te dijera que viví con alguien?

Lani clavó la mirada en el suelo; era demasiado receptivo.

Dake suspiró, se sentó a su lado y le cogió las manos. Ella lo miró y él le devolvió la mirada con esa intensidad que en otro tiempo ella conoció tan bien.

—Me siento atraído por ti y repito que estoy seguro de que soy correspondido.

Quiero conocerte mejor y ver hasta dónde podemos llegar. Eres una mujer guapa, inteligente y trabajadora, pero por lo que veo, no te das oportunidad para disfrutar de la vida. Y, cada vez que me quiero acercar como un hombre lo hace con la mujer que le interesa, tú huyes. ¿Por qué, Lani? ¿Por qué?

La chica se encogió de hombros; no sabía qué contestar.

—Seguramente tiene algo que ver con el bastardo con el que te casaste, pero no permitas que esa desilusión te impida tener otras

amistades, otros amores. No sacrifiques la oportunidad de ser feliz por algo que sucedió hace diez años. La gente cambia, los tiempos cambian. Dame una oportunidad.

Lo observó fijamente. ¿Realmente no la reconocía? ¿O empleaba las palabras como un escudo para no admitir su culpabilidad, su abandono? ¿Debía darle otra oportunidad? ¿Podría creer en él?

Las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas sin que ella lo impidiera.

—En aquel entonces sufrí tanto que pensé que me moriría. Amé a mi marido desesperadamente y no me siento capaz de soportar un dolor así otra vez.

—Confía en mí, Lani. Yo no te fallaré.

«Como aquella vez», pensó ella con amargura.

—No me presiones —le pidió y le dio la espalda, temerosa de claudicar. ¿Qué pasaría si ahora hablara del pasado? No, lo único que deseaba en ese momento era que la dejara sola.

—Por favor, Dake. Déjame.

Las recias facciones se contrajeron, pero movió la cabeza resignado.

—Está bien, me voy por ahora, pero no para siempre, Lani. No para siempre.

La semana siguiente, Lani lo evitó en el trabajo lo más que pudo. El lunes le resultó fácil; los dos estuvieron demasiado ocupados después de varios días de ausencia. El martes, no fue tan fácil, pero dio instrucciones a su secretaria para que no la interrumpiera si Dake la buscaba. Sabía que se arriesgaba a que Stacey sospechara algo y empezara una oleada de chismes, pero no le importó.

Para el jueves supo que él estaba llegando al límite de su paciencia, porque ese día, después de una reunión con John, la detuvo en el pasillo…

—¿Quieres que comamos juntos hoy? —le preguntó. Tenía una mano apoyada en la pared y con la otra sostenía un expediente.

—Estoy ocupada —evitó sus ojos e intentó rodearlo y seguir adelante. Pero él se lo impidió.

—Diablos, Lani, ¿de qué se trata? —se enderezó y la agarró del brazo—. En cualquier parte que nos encontremos, siempre me rehúyes. Todo lo que pretendo es que seamos amigos, pero parece como si tuvieras miedo de algo.

Ella clavó la mirada en la mano que le apretaba el brazo. Esa misma mano una vez la acarició con amor y pasión, conduciéndola más allá del éxtasis.

Su mirada vagó hasta su boca y recordó sus embriagadores besos, en ocasiones exigentes, y en otras juguetones. Evocó aquellos labios que

ansiosos iban de su boca a su cuello y seguían descendiendo por sus hombros hasta llegar a sus turgentes senos.

Cómo se inflamaba de pasión cuando aprisionaban sus pezones rosados hasta casi hacerle perder la razón. Esos labios que siempre supieron brindarle felicidad.

Desvió entonces la mirada hacia el vacío y tiró de su brazo.

—No es que esté huyendo de ti. Lo que sucede es que a veces se acumula el trabajo —gracias a Dios no podía adivinar sus verdaderos pensamientos—. Además

—se enfrentó a su mirada con valentía—, tenemos una cita para el sábado por la noche, ¿recuerdas? Ahora, si me disculpas, debo retirarme, Dake.

Todo iba de mal en peor. Al principio, ella pensó que podría tratarlo con la misma formalidad que a cualquiera de sus compañeros, pero le estaba resultando imposible. Su cuerpo la traicionaba cada vez que lo tenía cerca y su corazón latía apresuradamente. Era imposible olvidar el pasado; si seguía así, debía ir pensando en cambiar de trabajo.

El viernes por la tarde, Lani estaba revisando los asuntos pendientes para el lunes. Sólo prestaba atención a medias, pues también trataba de decidir qué vestido ponerse para la cita del sábado.

—Perdón, ¿dónde puedo encontrar a Dake Morgan? —una voz profunda interrumpió sus pensamientos.

Alzó la mirada y descubrió a una mujer alta, vestida con elegancia, llevaba la corta melena impecablemente peinada, quizás iba un poco más maquillada de lo normal, pero el conjunto resultaba impresionante. Parecía una modelo de *Vogue*. Lani sintió un rechazo inmediato.

—Su despacho es el tercero a la derecha —respondió cordial.

—Eso fue lo que me indicó la recepcionista, pero no lo encontré —su sonrisa dejó a la vista una perfecta dentadura. Se acercó al escritorio y le tendió la mano.

—Creo que debo presentarme. Soy Stephanie Wilcox, la prometida de Dake.

Asombrada por la noticia, Lani respondió al saludo como una autómata. La cogió por sorpresa y el dolor que le causó fue terrible. No podría volver a creer en él.

¡Nunca le dijo que estaba comprometido!

—Siéntese, señorita Wilcox; veré si puedo localizarlo —Lani pidió a Stacey que avisara a Dake que tenía visita.

—Mi nombre es Lani Williams. Dake lleva poco tiempo en la compañía; no sabía que estuviese comprometido.

Stephanie soltó una risita y movió la cabeza, haciendo una graciosa

mueca con los labios.

—Aún no es oficial. Dake es un bribón y no pierde ninguna ocasión. Estoy segura de que estará coqueteando con todas las secretarias guapas de aquí. Pero una vez casados no tendremos necesidad de mirar a nadie más. He venido a pasar el fin de semana con él, veremos juntos el paisaje y los atardeceres de Boston. Llevamos tanto tiempo separados.

—Por lo que yo sé, no coquetea con las secretarias —le aseguró Lani. «Sólo conmigo». ¿Cómo reaccionaría si se lo dijera?—. ¿Ha estado en Boston anteriormente? —le preguntó con amabilidad.

—No, si vives en Nueva York no tienes necesidad de viajar a Boston —frunció el ceño y su rostro no mostró ninguna arruga—. Éste es un lugar monótono,

¿verdad? —movió los ojos—. Dake podría trabajar para papá. Es un destacado financiero de Wall Street, pero Dake es un cabeza dura e insiste en que esto es lo que él quiere hacer.

A Lani le ofendió que hablara así de su amada compañía. Antes de poder protestar, apareció Dake.

—Lani, Stacey me dijo que me buscas.

—No, querido, soy yo —Stephanie se puso de pie y abrazándolo lo saludó con un largo beso. Él le retiró los brazos. Miró primero a Lani, después a Stephanie.

—¿Qué haces aquí, Steph?

—Oh, querido. Vengo a ver cómo van las cosas entre Boston y tú. ¿No te alegras de verme?

Lani fingió concentrarse en los papeles que tenía sobre el escritorio. ¿No podían irse y hablar en el despacho de Dake en vez de hacer escenitas en el suyo? No le agradó la ráfaga de celos que la invadió al ver que Stephanie lo besaba. Ese hombre y ella ya no tenían nada que ver, ¿o es que su actitud diez años antes no había sido bastante clara? Ella sabía que no debía confiar en él, ¿por qué seguir jugando con fuego?

—Tengo demasiado trabajo, Steph. Ésta no es la semana ideal para que me visites.

—Querido, necesitas un descanso. Cualquier fin de semana que yo te visite es el ideal. Quiero que recorramos juntos la ciudad.

—Vamos a mi despacho —le rodeó los hombros con un brazo y gentilmente la sacó de allí.

Lani se quedó mirando fijamente la puerta por la que habían salido, intentando asimilar lo que acababa de ver y de escuchar.

Comprendía que Dake no fuera un santo; era varonil y atractivo. ¿Cómo no se le ocurrió que tendría novia? Sintió herido su orgullo. No le agradó la novia de Dake.

¡Tampoco le gustó que la tuviera! ¿En dónde quedaba ella? ¿En un flirteo pasajero que lo ayudara a pasar el tiempo hasta que llegara Steph? ¡Odió reconocerlo!

Capítulo 9

—Ah, acaba de llegar la mujer de mis sueños, y está impresionante, debo añadir.

Lani se detuvo en el recibidor, una gran lámpara iluminaba el maravilloso salón donde se reunía la *jet-set* de Boston. El mayordomo la ayudó a quitarse el abrigo y lo llevó al guardarropa. Lani miró con el ceño fruncido a Joel. No era a él a quien deseaba impresionar. Había asistido al baile de la Sorenson sólo porque John se lo pidió, pero temía encontrarse con Dake y Stephanie.

—Esperaba tu llegada con ansiedad y temía que no vinieras.

—Joel, ¿no has traído pareja?

—¡Cómo! ¿Y perderme la única oportunidad de llevarte a casa? Esta noche es la mía, y cuando el champán haga sus efectos aprovecharé para dar el golpe maestro.

Entonces, caballerosamente me acercaré y ofreceré con toda galantería llevarte a tu casa sana y salva.

Ella se rió ante lo absurdo del comentario y declaró:

—Sinceramente, Joel, no está en mis planes beber hasta marearme. Además, traigo mi propio medio de transporte.

—¿Has venido en tu coche?

—No, pero he pedido un taxi para que pase a recogerme. ¿Han venido todos nuestros compañeros de oficina?

—Hace rato vi a John con Nora, a Mark y Beth y a Judy con Bob. Nada más. Me gusta tu vestido. ¿Puedo al menos halagar mi vista? —recorrió con la mirada la hermosa figura femenina.

Lani llevaba un vestido formal de color azul marino; la parte superior era entallada y le quedaba a las mil maravillas, la falda le llegaba casi a los tobillos.

Llevaba el cabello recogido en un moño a la altura de la nuca, lo que le daba un aire juvenil y etéreo. Esa noche, por primera vez en diez años, puso especial atención en su arreglo. Quería estar como nunca, aunque se negaba a aceptar la verdadera razón.

—Joel, lo que sucede contigo es que estás encaprichado. Si yo aceptara salir contigo, estaríamos muertos de aburrimiento en menos de una hora. Mejor ve y busca una joven que piense que eres el mejor.

—¿Tú no lo crees? Estoy destrozado —se le acercó y la besó en la mejilla—. Tal vez tengas razón, pero no deja de ser divertido el seguir insistiendo; además, cabe la posibilidad de que algún día me digas que sí. Acompáñame, vamos a por algo de beber y echaremos un vistazo al *buffet*; y demostrémosles a los compañeros lo divertido que podría ser el trabajo si vistiéramos de gala todos los días.

Ella se rió ante la ocurrencia y lo acompañó, buscando con la mirada a Dake. «A Dake y a Stephanie», se corrigió, pero Joel tenía razón, no habían llegado.

—¿Ya has conocido a la prometida de Dake? —le preguntó Joel al acercarse a la mesa. Lani tomó aire antes de responder.

—Sí, la conocí ayer en la oficina.

—Yo también. ¡Qué mujer! Si yo tuviera a alguien así, no habría venido solo a Boston. ¿Vendrán a la fiesta?

—No lo sé, me imagino que sí. Se supone que todos debemos hacerlo —en ningún momento se le ocurrió que pudiesen faltar. John seguramente no se ofendería. Dake era nuevo en la compañía; además, tenía el pretexto de esa visita inesperada, así que era comprensible que no asistiera. De pronto la fiesta le pareció aburrida.

Tomaron algunos canapés y atravesaron el salón para reunirse con sus compañeros. Charlaban animadamente levantando la voz por encima de la música que llegaba del salón contiguo.

Estaba presente la crema y nata de la sociedad de Boston, ya que el baile benéfico de la Sorenson era el acontecimiento más esperado del otoño. Todo el mundo quería ser invitado. El dinero recaudado era destinado a obras benéficas de la localidad.

Lani se quedó en silencio cuando Nora Harrington se dirigió al nuevo proyecto.

Observó con disimulo a las mujeres exquisitamente vestidas y a los hombres enfundados en traje de etiqueta.

Le satisfizo pensar en la emoción que provocaba ese acontecimiento en el ánimo de toda la gente.

Decidió acercarse un momento a algunas de las personas con las que deseaba quedar bien como representante de Sanderson; después se retiraría.

Se excusó antes de alejarse del grupo para cruzar algunas palabras con el representante de la Comisión de Seguridad e Intercambio. Conoció a su esposa, comentó las novedades de la compañía y volvió a disculparse.

En ese momento, vio a Dake en el otro extremo del salón. Estaba solo y sostenía una copa de champán mientras recorría el lugar con la mirada. Cuando la descubrió, caminó presuroso hacia ella entre la multitud. Un sentimiento de aprensión se apoderó de la joven. Estaba tan guapo con el traje de etiqueta negro y la camisa blanca. El tono bronceado de su piel no había desaparecido.

—Hola —se detuvo al llegar a su lado.

—Hola —se sentía nerviosa y le faltaba el aire; deseó huir, pero también acortar la distancia que los separaba.

—¿Has venido sola?

—Sí, te dije que lo haría, ¿te acompaña Stephanie?

Él movió la mano con vaguedad.

—Debe andar por ahí. ¿Cómo está Annalise?

—Está bien. Deberías estar con Stephanie, presentándole a todo el mundo.

—Maldición, ¿sólo te interesa hablar de Stephanie?

—Me imagino que es de ella de quien te interesa hablar.

—Pues no. No fue idea mía el que ella viniese a Boston —entrecerró los ojos para apreciar mejor su figura.

—¿Acaso ella no comparte tu fascinación por Boston? —le preguntó sin atreverse a mirarlo.

Dake le levantó la barbilla con una mano y la obligó a mirarlo.

—Quiero saber qué te dijo Steph.

Lani apretó los labios deseando no haber dicho nada.

—No sé a qué te refieres —declaró entre dientes.

Sus dedos le sostenían la barbilla, como a punto de besarla. Lani supo que debía alejarse, pero no pudo.

Él insistió.

—Es obvio que mencionó algo; algo que nos volvió a alejar.

—Mencionó que es tu prometida.

Dake la observó largamente con expresión extraña. Al fin respondió.

—Eso es lo que Stephanie quisiera. Su padre también estaría encantado. Pero cuando llegue el momento, seré yo quien elija a la que será mi esposa. Me aseguraré de que ella sea la primera en saberlo, y después lo gritaré a todo el mundo. Jamás le he pedido a Stephanie que nos casemos.

—¿Pero lo harás? —preguntó casi en un susurro. Algo debía haber entre ellos para que Stephanie pensara que estaban comprometidos.

—Lani.

Ella tomó un sorbo de champán.

—Te veo nerviosa, Lani.

—Me estás quitando la paz mental.

—Yo preferiría inquietar tu corazón —respondió con voz suave, apuntándole el corazón con un dedo.

Ella sintió que el contacto quemaba la tela de su vestido y penetraba en su piel.

Empezó a temblar cuando lentamente él deslizó el dedo por su seno.

—¡Detente! —alejó con furia el dedo. ¡Cielos! ¿No se daba cuenta de que se encontraban en medio de un salón de recepción lleno de gente? Miró alrededor.

Nadie parecía prestarles atención.

Él le cogió la mano, se la llevó a la boca y empezó a besar uno a uno sus dedos.

Entre beso y beso le murmuraba:

—Estás irresistible y deliciosa. Te encuentro arrebatadora con ese vestido. Es más, me gustaría sacarte de aquí, quitártelo y descubrir los encantos que escondes.

Te llevaría a mi apartamento, encendería la chimenea y te desnudaría lentamente.

Lani lo miró hipnotizada por la seducción de su voz imaginando el cuadro que le pintaba.

—Me gustaría ver tu piel sedosa iluminada por las llamas del fuego; observar las sombras jugueteando con tu pálida desnudez —al hablar trazaba círculos sobre el sensible pulso de la muñeca femenina. Lani se derritió ante la excitante fantasía—. Te tomaría entre mis brazos y haríamos el amor lenta y delicadamente durante toda la noche —depositó un beso en la palma de su mano y otro en el centro de su muñeca.

Lani se quedó sin aliento. La escena descrita le recordó tantas otras noches de amor que los dos compartieron cuando ella pensó que estaban casados. Se preguntó si se estaría burlando de ella; si era una forma de querer revivir el pasado. Debía detenerlo. Era una locura que no los conduciría a ninguna parte.

Lo miró sintiéndose embrujada por la persuasión de sus palabras y por las imágenes que traía a su mente.

—Empiezas a hablar igual que Joel.

—Pues no me parezco en nada a Joel —rezongó a su oído.

—Él siempre me está hablando de la pasión con la que me amaría —dijo e intentó retroceder. Joel jamás la hizo sentir esa debilidad. Sus palabras jamás le provocaron esa deliciosa agonía.

—Soy más apasionado de lo que Joel podrá ser jamás. Acompáñame y te mostraré la diferencia —le murmuró sin dejar de mirarla a los ojos.

Lani tuvo pánico. Iba demasiado deprisa para ella. Ese hombre estaba demasiado seguro de sí mismo. ¿Debía decírselo? ¿Debía recordarle que hacía mucho tiempo ambos jugaron a estar casados? ¿Cómo reaccionaría? Tal vez sólo jugaba una vez más; ¿qué sucedería en cuanto se aburriera del juego?

Pero, quería estar segura. También necesitaba saber qué significaba Stephanie para él. ¿Qué hacía hablando con ella si su prometida estaba allí mismo?

—Oh, al fin te encuentro, Dake. Quiero que conozcas a Nora —John Harrington interrumpió los confusos pensamientos de Lani.

Dake sonrió atento al saludar al presidente de la compañía y a su esposa. La realidad del momento los envolvió. La recepción llena de gente, las joyas que brillaban por doquier bajo la luz artificial, preciosos vestidos largos que sonaban con suavidad al menor

movimiento de las damas, el aire cargado de esencia de diferentes perfumes.

Lani se tranquilizó y dio un paso hacia atrás, después otro y otro. Por el momento sólo pensó en escapar. Llegó a la mesa del *buffet* y se apoyó en ella deseosa de quedar en el anonimato por unos momentos.

La velada continuó sin que Lani volviera a inquietarse por Dake, pues éste era presentado a un grupo y otro. Estaba segura de que no volvería a tener oportunidad de acosarla.

Stephanie se divertía rodeada por un grupo de jóvenes en el salón de baile.

Estaba maravillosa con su vestido rojo. Lani la observó flirtear sin recato y se preguntó cómo reaccionaría Dake. Sin embargo, notó que éste parecía no preocuparse por Stephanie. A pesar de ello, habría podido jurar que Dake sabía con exactitud dónde estaba ella en cualquier momento, pues cada vez que lo buscaba, lo encontraba mirándola de reojo. ¿Le habría mentido Stephanie? La duda se clavó en su alma.

Lani charlaba con el viejo Edgar Higgams, de la Forsythe y Smythe, cuando Dake apareció a su lado.

—Discúlpeme, señor, Lani me prometió un baile.

Antes de que pudiese contestar, casi la arrastró hacia la pista.

—No quiero bailar —trató de soltarse sin llamar la atención de los demás, pero él la sostuvo con firmeza.

—No has bailado en toda la noche y no hay que desairar a la orquesta que es bastante buena.

—Dake, déjame ir, no quiero bailar —pidió ansiosa queriendo escapar.

—Relájate, Lani, se trata de un simple baile —le buscó los ojos y pasándole el brazo por la espalda empezó a seguir el ritmo de la melodía.

Mientras se movían lentamente bajo el embrujo de la música, Lani procuró mantenerse alejada de él, pero los brazos masculinos la acercaban cada vez más.

Incapaz de concentrarse, le inquietó descubrir que su cuerpo empezaba a reconocer la cercanía de Dake.

—Bonita fiesta, ¿no te parece? —preguntó ella, para disimular los latidos de su corazón.

—No quiero hablar de la fiesta ahora. Sólo deseo mantenerte cerca y disfrutar el momento. Quizá más tarde podamos hablar. En mi apartamento, ¿te parece?

Lo tenía tan cerca que percibía cada uno de sus movimientos. Las piernas musculosas rozaban las suyas y el pecho fuerte oprimía sus senos. La mano con que le rodeaba la espalda estaba tibia y se movía con sensualidad provocándole pequeñas descargas eléctricas. El aroma

de la loción seguía siendo el mismo que años atrás. Esa fragancia la transportó a la época estudiantil cuando conoció a su primer y único amor.

Los músculos de los fuertes hombros se movían sinuosos debajo de su mano, llenándola de un profundo deseo de explorarlos completamente, de acariciar su piel suave y firme. Sabía que, aunque lo quisiera, él no le permitiría huir, así que, ¿para qué tomarse la molestia?

Decidió olvidarse de sus temores y disfrutar el momento sin sentimientos de culpa. Él mismo lo dijo… sólo era un baile.

La música se volvió más lenta y suave, las luces bajaron de intensidad y Dake la acercó más y apoyó su frente en la de ella, sus labios quedaron a unos cuantos milímetros y sus alientos se mezclaron. Lani sintió que en ese instante nadie existía, sólo ellos, como perdidos en un mundo propio, flotando entre nubes, navegando en el tiempo y en el ritmo de la música.

—Deseo conocerte mejor, Lani. Y no me refiero a un plano profesional. Quiero conocerte en tu mundo privado, saber de las cosas que te rodean, tus sentimientos.

Descubrir lo que te gusta y lo que te desagrada.

Acariciaba sus dedos con una mano mientras con la otra trazaba círculos sensuales en su espalda, moviéndose suavemente y forzándola a mantenerse muy cerca de él. Los dos dedos vendados no le impedían la tarea. Lani se estremeció dejando que el deseo creciera en su interior.

—No lo hagas —le suplicó.

Dake se las ingenió para mantenerse alejado de las otras parejas. Era como si la pista fuera sólo para ellos.

—Quiero sentir tu piel sedosa en la mía, descubrir tus lugares íntimos, que ninguno guarde secretos para mí. Deseo aprender a complacerte y evitar lo que te disguste. Quiero hacer el amor contigo cuando anochezca y despertar juntos por la mañana para emprender un nuevo día —su voz sonaba acariciadora, hipnotizante.

—No lo digas —le susurró—, no es posible —miró a su alrededor tratando de ahuyentar las imágenes que esas palabras evocaban en su mente.

—¿Por qué no? —depositó un beso fugaz en la comisura de sus labios—. Quiero ver tus sedosos cabellos sobre mi almohada. Deseo hundir mis dedos en ellos y besar tu nuca.

—¡Dake, por favor! —dijo agonizante. El calor la sofocó y su cuerpo se excitó.

La pequeña ola de deseo fue creciendo hasta exigir una satisfacción inmediata.

Lani supo que debía detener esa locura que la consumía.

—No es posible —repitió, pero, ¿por qué su voz no sonaba convincente?

—Sí es posible. No opongas resistencia. Te he deseado, Lani, desde el primer momento que te vi. Siento que hay algo entre nosotros; tú debes sentir lo mismo. Es demasiado fuerte para querer negarlo.

Lani cerró los ojos. De no haber estado en sus brazos, se habría caído al suelo.

Lo sabía, aunque no quisiera admitirlo.

—¿Y Stephanie? —le preguntó.

Él se retiró un poco y frunció el ceño al mirarla.

—¿Qué pasa con Stephanie? Pensé que había quedado claro. Le pediré a Joel que la lleve de regreso al hotel. Estará encantado de poder hacerlo y a mí me quitará una molestia de encima.

—No creo que Stephanie se considere una molestia.

—Stephanie se cree la octava maravilla —respondió mordaz—, pero fue ella quien quiso venir, yo no se lo pedí. En el camino te contaré todo acerca de ella. ¿Nos vamos?

—No —contestó—. No podemos irnos. Además, yo no iré contigo —su voz no sonó todo lo convincente que hubiese querido.

Dake ignoró su respuesta y siguió moviéndose al ritmo de la música sin dejar de acariciar su espalda. Ella se sintió relajada y deseada. Gradualmente, Dake la fue conduciendo a la puerta de estilo francés que daba al jardín.

—¡Dake! Aquí hace frío —Lani sintió el aire en su espalda.

—Conozco una forma mejor de abrigarte —la arrastró hacia las sombras de la noche y buscó su boca con avidez.

Con aquel primer contacto explosivo, Lani quedó en sus manos. Sintió el mismo placer que recordaba del pasado. Y olvidando todo lo demás, respondió a ese beso con la misma ansiedad. Fue como regresar de nuevo al hogar.

El beso de Dake hizo que aquella pasión dormida durante años despertara para volver a incendiarse. Hundió los dedos en la sedosidad de sus cabellos y disfrutó de su contacto. ¡Cuántas veces soñó con volver a hacerlo! Palpó la fortaleza de sus musculosos hombros, percibió el calor de su cuerpo, la fortaleza debajo de su ropa.

Un placer indescriptible se apoderó de su ser cuando el beso se hizo más vehemente.

Él le acariciaba la espalda manteniéndola muy cerca, tocando las zonas sensibles de su columna vertebral.

Lani deseó que ese momento no terminara jamás, quería prolongar las sensuales delicias que la transportaban al cielo.

—¿Dake? —una voz gutural lo llamó desde el interior—. Dake, ¿estás ahí afuera?

—Maldición —retrocedió y arrastró a Lani detrás de la puerta.

—Aquí estoy, Stephanie —respondió enderezándose y alejándose de Lani.

Lani abrió los ojos consternada. No deseaba un enfrentamiento con la supuesta prometida. Miró a su alrededor, pero no encontró forma de escapar.

—Querido, ¿qué haces aquí? ¿Estás solo? —la voz de Stephanie sonó incisiva—.

¿Quién está ahí?

—Soy Lani Williams, señorita Wilcox. Yo… yo me sentía mal y Dake me trajo afuera para que respirara aire fresco —Lani se maravilló de que su voz sonara tan calmada y normal.

—Aquí afuera hace demasiado frío —volvió a decir incisiva la otra mujer.

Lani miró divertida a Dake, pues ella también había dicho lo mismo, pero él tuvo razón, su forma de abrigarla resultó más efectiva.

—Ha debido sentarme algo mal; no tengo frío —respondió evitando la mirada de Dake.

—Quizá sea mejor que regrese a su casa —sugirió Stephanie, mirándolos con profunda sospecha.

—Creo que tiene razón —convino Lani.

—Yo te llevaré —se ofreció Dake.

—No, tomaré un taxi —Lani recuperó el aliento.

—Stephanie, le pediré a un compañero de trabajo que te lleve de regreso a tu hotel.

—No necesito que me lleves a casa; puedo arreglármelas —Lani deseaba huir.

—Todos podemos irnos ya. De todas formas, yo también me siento cansada y quizá necesite la ayuda de una mujer en caso de que vuelva a sentirse mal —

Stephanie sonrió—. Dake, querido, ¿por qué no pides un taxi? Yo esperaré aquí con la señorita Williams.

Lani tomó la iniciativa.

—Es una excelente idea. Recogeré mi abrigo —se enderezó y erguida entró en el salón.

Dake fue a pedir el taxi y Stephanie se detuvo un momento a hablar con un conocido.

Cuando Lani llegó al recibidor se sorprendió. Dake estaba solo y le sonrió travieso. Le acarició los labios gentilmente con la punta de un dedo.

—Están un poco hinchados. Quiero besarte otra vez —dijo con franqueza. Su mirada estaba llena de deseo.

Lani se tambaleó. Ella también deseaba que la besara.

—Siento haberos hecho esperar. ¿Ya está aquí el taxi? —Stephanie iba envuelta en una estola de *mink* que la cubría maravillosamente del

frío.

—Acaba de llegar —el rostro de Dake era inexpresivo y su actitud cortés.

La siguiente media hora quedó grabada en la mente de Lani. Se negó a mirarlos a la cara hasta que llegaron a la puerta de su casa.

—Estaré bien; lamento no poder invitaros, pero quiero irme directamente a la cama —se mordió la lengua, pues la imagen de Dake en su dormitorio cruzó por su imaginación—. Gracias por acompañarme.

Casi corrió hasta la entrada y sacó la llave deprisa. Cuando cerró la puerta, se apoyó contra ella y lentamente se deslizó hasta el suelo.

Qué tonta había sido otra vez. Sabía que no debía creerle, pero no tuvo fuerzas para alejarlo. ¿Cómo pudo permitir que la besara y que le dijera palabras de amor cuando sabía que se estaba burlando de ella y que en ese mismo lugar estaba su prometida? Al cerrar los ojos ya no se sintió tonta sino que volvía a tener diecinueve años; volvía a estar enamorada.

Capítulo 10

El domingo resultó un día reparador. Annalise jugaba afuera con sus amigas mientras Lani realizaba algunas labores domésticas. Necesitaba tiempo para examinar la situación que se había creado entre Dake y ella.

Recordó los terribles días en que al no saber nada de él, se pasaba el tiempo llamando a los hospitales y a la policía. Desesperada, finalmente contrató a un detective privado. Temía encontrarlo herido o muerto, pero jamás supo qué había pasado. Aún no lo sabía.

Trabajar en la Sanderson cada vez era más y más difícil, pues era consciente de que, en cualquier momento, Dake podía acordarse de ella y el pasado la agobiaría descubriendo las heridas y temores que con tanto esfuerzo había superado. Además, resultaría imposible estar con él y no indagar la razón de su abandono.

Pero; cada vez le resultaba más difícil tratar de evitarlo; tenían tantas reuniones de trabajo, conferencias, citas relacionadas con el proyectó Forscue y ese viaje pendiente a Washington.

También estaban los encuentros fuera del horario de trabajo. El paseo a la playa, la noche que prepararon galletas, el baile de la noche anterior. Se estremeció al recordar lo que había pasado mientras bailaban. Se ruborizó… ¡estaba soñando despierta! Se suponía que debía tratar de resolver la situación y no de volver a disfrutar los momentos pasados.

Dake ignoraba sus tácticas evasivas o se burlaba de ellas. Sin embargo, ella se resistía a ser más tajante; no quería dar pie a especulaciones o chismes cuando sus compañeros de trabajo notaran los desprecios que le hacía.

Él parecía no molestarse por su actitud; de hecho, disfrutaba al ignorar sus velados rechazos y seguía acosándola. ¿Acaso Stephanie tenía razón al decir que era un mujeriego?

La mañana estaba a punto de terminar y, aunque Lani no había avanzado gran cosa en sus tareas, se sentía agotada.

Quizá necesitaba distraer su mente con otros problemas. Iría a su despacho a por algunos papeles. Allí nunca faltaba el trabajo.

Dejó a Annalise en casa de Judith Ann y se dirigió a la oficina. El edificio estaba tranquilo y fresco. Al ser domingo no había la agitación cotidiana. Lani miró a su alrededor y entró en su despacho.

Al poco tiempo se concentró en el trabajo y olvidó sus inquietudes. De pronto oyó el ruido de una puerta al cerrarse o algo así. Se sobresaltó, ¿habría alguien más?

Contuvo el aliento y atenta intentó determinar de qué se trataba.

Sólo alcanzó a notar un ligero zumbido. Se tranquilizó. No podía tratarse de un ladrón; debía ser algún otro empleado. Volvió a concentrarse en el trabajo. Minutos después oyó de nuevo ese ruido. Levantó los ojos alarmada.

Dake Morgan apareció en la puerta.

—¿Qué haces aquí? —Lani se sorprendió al verlo. Hubiese jurado que estaría con Stephanie.

—Podría preguntarte lo mismo, pero en tu caso es obvio. Trabajas en algún asunto pendiente. Yo estaba trabajando en casa y tuve que venir a por este expediente.

Ella lo miró.

Dake apoyó un hombro en el marco de la puerta y la observó.

Lani fingió buscar un papel, ignorándolo por completo. Eso no le dio resultado.

—¿En qué trabajas? —se acercó al escritorio.

—Reviso un borrador que incluiré en el próximo correo para los accionistas de Forscue.

Dake se acercó más para alcanzar a ver los papeles en cuestión.

—Yo también estaba revisando el plan que desarrollamos… encontré algunos puntos débiles. ¿Quieres que lo veamos juntos? Tal vez podamos intercambiar algunas ideas.

Lani levantó la mirada. Le fascinaba la planificación de estrategias, enriquecerse con nuevas ideas…

—Por supuesto, me parece bien.

—Entonces vámonos.

—¿Adónde?

—A mi apartamento. Te he dicho que estaba trabajando allí cuando recordé que había olvidado este expediente.

—Pensé que trabajaríamos aquí —Lani contuvo el aliento. Por el brillo travieso de los ojos de Dake comprendió que sabía lo que le pasaba.

—¿Tiene miedo, señora Williams?

Claro que lo tenía, pero no lo iba a admitir. Irguió la cabeza y se puso de pie.

—Estoy lista —recogió los papeles y cogió su bolso—. Te seguiré en mi coche.

No deseaba perder esa poca independencia. Emocionada, lo siguió hasta la avenida Copley donde Dake vivía. Allí pasaba las horas que no lo veía… cuando no estaban en la oficina.

No le sorprendió descubrir que vivía en una de las enormes torres de acero y cristal que dominaban el centro de Boston. Aparcó donde él le indicó y esperó en la puerta. A los pocos segundos, Dake apareció después de dejar su vehículo en el aparcamiento subterráneo.

El apartamento era grande. El amplio ventanal del salón principal

dominaba el centro de la ciudad. Miró el recibidor decorado con exquisito gusto, aunque parecía más un salón de exposiciones que un verdadero hogar.

Dake le cogió el bolso y la chaqueta y los dejó sobre una silla que había cerca de la puerta.

—Sígueme —la condujo por el pasillo hasta el estudio. Más bien parecía una oficina. Tenía el teléfono sobre el escritorio, anaqueles llenos de libros de finanzas, presupuestos, mercados y derecho mercantil. El escritorio estaba lleno de expedientes y papeles. Una gran pizarra con anotaciones destacaba en la pared. Dos sillas y un pequeño sofá completaban el mobiliario.

La vista desde la ventana de menor dimensión era la misma que la del salón principal.

Se sentó en el borde de una silla con timidez y se preguntó si había hecho bien al ir.

—¿Dónde está Annalise? —le preguntó Dake, mientras cogía un documento del escritorio.

—Con Judith Ann.

—Es una niña preciosa. ¿Va bien en el colegio?

—Sí, es buena estudiante, aunque no se mata en los estudios. Es una chica bastante activa.

Dake se sentó en el sofá con las piernas estiradas y la cabeza apoyada en el respaldo. Miraba a Lani con los ojos entreabiertos.

«Qué ojos tan sensuales», pensó sintiéndose inquieta.

—Me gusta mirarte. Eres una mujer hermosa que tiene una hija muy guapa.

¿Qué edad tiene?

—Nueve, casi diez años.

Le hizo algunas preguntas más acerca de Annalise, animándola a que le hablara de su vida personal.

—Me sorprendió que estuvieses trabajando. Pensé que pasarías el fin de semana con Stephanie —evitó mirando a los ojos.

—Ya se ha ido.

—¿Se ha ido?

—La puse en el vuelo de regreso a Nueva York hace aproximadamente una hora. No volverá.

«También te has deshecho de ella», pensó Lani. Stephanie no le era simpática, pero sintió pena por ella.

Los nervios la traicionaron; intranquila, se puso de pie y fingió interesarse en lo que él escribía.

—¿Siempre te pones tan nerviosa con los hombres? —le preguntó levantándose hasta quedar junto a ella.

—No, sólo contigo —se apartó de él.

Dake se volvió a acercar y la obligó a mirarlo de frente.

—Lo que dices es demasiado provocativo.

—No fue mi intención —se aterrorizó.

—Dime, ¿qué puedo hacer para no ponerte tan nerviosa? —bromeó, acariciándole el antebrazo.

Ella arrugó la nariz.

—Tratarme de la misma forma en que tratas a Joel. Recuerda que hemos venido a trabajar.

La observó de una forma extraña, como si estuviese en trance, sumamente concentrado. Ella se inquietó.

—¿Qué pasa?

Desconcertado, sacudió la cabeza y dejó caer los brazos a los lados.

—Nada… de pronto una imagen quiso materializarse en mi mente. Ya pasó.

Tienes razón, estamos aquí para trabajar.

Las siguientes horas le resultaron estimulantes. Dake tenía una mente ágil; sus ideas y estrategias eran dinámicas y decididas. Poseía una intuición clara. Juntos trazaron el plan de ataque, formularon diferentes tácticas y posturas. Y así, el tiempo pasó volando.

Lani reconoció el alto nivel profesional de Dake y le fascinaba observarlo hundir los dedos en su pelo al concentrarse en algún punto. La cautivaba ese cuerpo de movimientos elegantes y varoniles que se paseaba por la habitación mientras le explicaba sus ideas.

De pronto, Lani consultó su reloj y se asustó.

—Debo irme —se levantó deprisa. No pensaba que fuese tan tarde. Annalise estaría preguntándose dónde estaba.

Dake también se levantó y se le acercó.

—Acompáñame a cenar —le pidió.

—No puedo.

Le retiró un mechón de pelo de la cara con ternura.

—Que Annalise nos acompañe también. ¿Qué tenías pensado cenar?

Abrió mucho los ojos, admirada. ¿Por qué siempre la hacía sentirse tan joven e ingenua?

—Lani, ¿por qué tienes que responder con una negativa a todo lo que te propongo?

—Aún no tenía pensado nada —respondió reconociendo que él tenía razón.

— *Pizza*. A vosotras dos os encanta. Vamos, pasaremos primero a por Annalise.

Entrelazó sus dedos en los de ella y la condujo por el pasillo.

Lani se resistió un segundo; después lo siguió con emociones encontradas.

Deseaba tanto estar con él y al mismo tiempo no quería que esa situación se prolongara. En realidad no sabía qué quería.

La cena resultó divertida. La tensión que Lani temió no se materializó. Dake se comportó con naturalidad. Hablaba con Annalise y bromeaba con Lani. La noche transcurrió en un ambiente agradable.

Cuando Dake dio a Annalise un puñado de monedas para videojuegos, la niña se emocionó.

—No nos iremos hasta que las acabe todas —les advirtió Annalise, al alejarse de la mesa saltando.

Dake le guiñó un ojo a Lani.

—Es una niña encantadora. Debes estar muy orgullosa de ella.

Lani sonrió y movió la cabeza.

—Lo estoy.

Él le cogió una mano y empezó a trazar el contorno de sus dedos sin dejar de mirarla a los ojos.

A Lani le resultó difícil respirar. Esa caricia le pareció muy erótica. Deseó echarse en sus brazos y que la besara como lo hizo la noche anterior.

—¿En qué piensas? —la miraba sonriente con un brillo especial en los ojos.

Lani se ruborizó. No podía decirle que estaba soñando despierta como una quinceañera.

—En cosas.

—¿Como qué?

—Como en que tenemos que irnos ya. Mañana es día de escuela y Annalise tiene que bañarse. Gracias por tu invitación.

—¿Huyendo otra vez? —bromeó.

«Piensa lo que quieras», reflexionó.

—Sólo deseo irme a casa.

Le sorprendió descubrir que Dake la siguió hasta su casa y esperó a que guardara el coche.

—Quería asegurarme de que llegaras a salvo a casa —se bajó de su coche y las alcanzó en el garaje.

—Estamos bien, gracias.

—Lani, dile a Annalise que vaya a bañarse —la apremió Dake.

No supo por qué, pero lo obedeció sin discusión sintiendo el pulso acelerado y la sangre correr con fuerza por sus venas.

Cuando Annalise se alejó, Dake condujo a Lani a la parte más oscura del garaje, la abrazó y buscó sus labios.

Ella respondió con placer a la caricia. Eso era lo que había estado deseando toda la noche. ¡Lo que deseó durante años! Lani intentó clarificar sus sentimientos, pero el momento de éxtasis se lo impidió.

Los labios masculinos eran dulces, persuasivos, firmes y sensuales. El beso se volvió más y más apasionado. La abrazaba con fuerza, fundiéndola a su cuerpo. La caricia era embriagadora y deseó más y más.

La besó en las mejillas, los ojos, el cuello.

—Toda la tarde he querido hacer esto. Me fue difícil concentrarme en el trabajo teniéndote cerca y a la vez tan lejos —murmuró entre beso y beso—. Esta tarde deseé hacer el amor contigo y olvidarme de Forscue y de la Sorenson… Me enloqueces.

Lani lo empujó; era una locura. No debía dejarse hipnotizar por sus besos por maravillosos que estos fueran.

—No, Dake. Yo… yo debo irme —evitó mirarlo.

Él la soltó y parecía molesto.

—Lani…

—No, tengo que irme ya —debía huir a la seguridad de su hogar.

—¿Comemos juntos, Lani? —le preguntó Dake el jueves—. Si tenemos que ir a Washington el próximo miércoles para el asunto de la Sorenson, quiero que revisemos con cuidado la situación.

Lani no supo qué contestar. Los últimos días apenas se habían visto. Ahora de repente, la invitaba a comer. Recordó que ya se había quejado de que siempre se negaba a sus requerimientos y no se le ocurrió una excusa convincente.

—Está bien —aceptó finalmente—. ¿Ya has pedido algo?

—Sí, unos sándwiches. ¿Quieres un refresco?

Le pareció bien, pero la idea de comer solos en la intimidad de ese despacho la inquietó. El fin de semana anterior había descubierto lo peligroso que era Dake Morgan.

Ella apretó el botón de su intercomunicador.

—Stacey, tráeme los expedientes del caso Sorenson; Dake y yo los vamos a revisar toda la tarde. También ese artículo del *Business Week* y la reseña que encontramos de McMasters —mientras estuviese en su área de trabajo se sentía segura. ¿Por qué no se sentía así respecto a su vida personal?

A la hora de comer, Lani se presentó en el despacho de Dake y se encontró el almuerzo servido. Él estaba sentado detrás del escritorio hablando por teléfono. A una señal, ella se acercó y tomó asiento.

Lani recorrió el lugar con la mirada mientras él terminaba de hablar. No había hecho cambios de como Peter lo había dejado. Las paredes seguían teniendo el mismo color gris, la alfombra marrón, el enorme escritorio de caoba dominaba el espacio delante de la ventana. Los cuadros, sin embargo, eran diferentes; los paisajes marinos que Peter tanto amó habían desaparecido. En su lugar había ahora paisajes de bosques, altos arrecifes y maravillosas montañas. Todas eran pinturas al óleo exquisitamente acabadas.

Él colgó el auricular y prestó toda su atención a Lani.

Ella le sonrió con amabilidad al entregarle los papeles.

—Tenemos mucho que revisar.

—Pues empecemos —se levantó y cerró la puerta; empujó la

bandeja de la comida a un lado del escritorio. Cogió las carpetas que Lani le ofrecía y después de dejarlas en el escritorio la hizo levantarse.

Sin mediar una palabra, la rodeó por la cintura y la besó.

—Esta semana has estado trabajando demasiado, estoy seguro de que con el propósito de evitarme. ¿Por qué? —preguntó con delicadeza.

Ella parpadeó tratando de evitar esa penetrante mirada y al mismo tiempo procurando ignorar la inquietud que empezaba a apoderarse de su cuerpo. Él cogió las delicadas manos entre las suyas y buscó hasta encontrar sus ojos.

—No es que haya estado evitándote —trató de alejarse—. He estado muy ocupada.

—¿No tendrá algo que ver con nuestro paseo por la playa, con aquel baile o con lo que pasó el domingo?

Confusa, apretó los labios.

—No, por supuesto que no.

—Por supuesto que no. Lani, tienes que sobreponerte, el pasado quedó atrás, tienes que darle una oportunidad a tu futuro.

Ella se quedó en silencio unos momentos y enseguida movió la cabeza.

—Lo sé. Estoy sobreponiéndome.

—Umm, ¿qué te parece si cenamos mañana?

Abrió mucho los ojos aterrada. No quería volver a estar a solas con él, pero,

¿cómo negarse?

—No acepto excusas. Iremos a algún sitio tranquilo. ¿Puedes contratar a la niñera para Annalise?

—Creo que sí.

—¿Quieres ir a bailar?

Instantáneamente la asaltó la imagen del baile de la Sorenson. Su cuerpo dijo,

¡sí!, pero su mente, ¡no! No necesitaba más tentaciones, así que negó con la cabeza.

—Es más, creo que deberíamos cenar en mi casa. Yo cocinaré. ¿Te gusta el pollo a la *cacciatora*? —se sentiría más segura en su terreno; tendría muchas cosas que hacer como pretexto en caso de que la situación se pusiera peligrosa.

—Sí. Me gustará cualquier cosa que prepares. ¿A qué hora?

—Como a las siete —de pronto se sintió más ligera y libre. Quizá sería la oportunidad de aclarar el pasado y ver si era posible hacer algo por su futuro.

¿Existiría algún futuro para ellos? ¿Podría volver a confiar en él?

Dake sonrió y la besó levemente, enseguida se retiró y empezó a desenvolver los sándwiches.

Mientras comían, ella lo puso al tanto de las investigaciones del caso Sorenson, le contó los problemas que tuvo al respecto y los pasos que la Sanderson había dado desde el punto de vista legal.

—Parece un caso cerrado a todas luces —declaró Dake, después de dos horas.

—Lo mismo me parece a mí, pero la oposición torció los resultados con mucha astucia, enredó la situación y alteró nuestro punto de vista con respecto a ciertos puntos minimizando la importancia del asunto. Debemos encontrar una solución de inmediato.

—Así que piensas que debemos actuar a la mayor brevedad posible.

—Sí, así es. Ya no se puede pensar en un aplazamiento, y como no contamos con ningún espía en la corporación, no creo que nos sea posible obtener más información.

—En principio estoy de acuerdo contigo, pero tengo un par de contactos que seguramente no has intentado. Ése puede ser un punto a nuestro favor. El padre de Stephanie es uno de ellos.

Por supuesto, él tenía contactos a los que ella jamás podría haber aspirado.

Pertenecía a la alta esfera social, tenía importantes relaciones dentro del mundo de las finanzas. Sí, iba a ser fácil obtener mucha información, tanta como jamás habría podido imaginar John. Pues bien, mientras fuese información que pudiera utilizar para ayudar a sus clientes en las auditorías, qué importaba de dónde procediera. Por su parte, ella estaba haciendo una excelente labor.

Una llamada a la puerta los interrumpió. Lani se sorprendió al ver lo tarde que era. Mark abrió con un legajo de papeles debajo del brazo.

—¿Podemos revisar los documentos? —preguntó.

—Desde luego, pasa; Lani y yo estábamos estudiando el caso Sorenson —luego se dirigió a la joven—. Mark trae el presupuesto final de Forscue. ¿Quieres quedarte?

—Por supuesto —y los tres se pusieron a trabajar.

Ese viernes, Lani salió del trabajo un poco más temprano, recogió a Annalise y la dejó en casa antes de ir al supermercado.

Pidió a su hija que recogiera las cosas que estuviesen dispersas en la planta baja antes de que llegara Dake.

Tardó sólo unos minutos en sus compras, pero de regreso a casa se encontró con un embotellamiento tremendo debido a un grave accidente. La impaciencia de Lani aumentó. No le gustaba dejar a Annalise tanto tiempo sola. Además, Dake llegaría de un momento a otro y aún no había preparado la cena. ¡El tráfico estaba desquiciado!

Ansiosa, buscó la forma de ir por otra calle, pero era imposible; todo estaba bloqueado. Los conductores parecían frustrados y

molestos. En viernes por la noche toda la gente deseaba llegar temprano a casa.

Los minutos pasaban y apenas pudo avanzar algunos metros con su vehículo.

Seis y media, seis cuarenta y cinco, las siete menos cinco. Lani deseó gritar de frustración; tenía tantas cosas que hacer. La visita de Dake la tenía nerviosa y deseaba que la encontrara tranquila y con la cena preparada. Pero no sería así, él llegaría primero y ella aún llevaba la misma ropa de trabajo y no tenía nada preparado para cenar.

Finalmente los coches empezaron a moverse despacio, muy despacio al principio y después más rápido. Alcanzó a ver a los policías que ayudaban a agilizar el tráfico. Pese a todo, llegó a casa a buena hora; sin embargo, Dake ya había llegado.

Su coche estaba en la entrada. Cogió las bolsas de comestibles y se apresuró.

—¡Mami, mami, es él! ¡Es él, el hombre de tu caja secreta!

Lani abrió la puerta de su apartamento y encontró a Annalise dando saltos y a Dake sentado en el sofá.

—¡Mami, es él! —Annalise seguía saltando incontenible con los ojos brillantes y la voz emocionada. Agarró a su madre del brazo y la arrastró al sofá.

Impresionada, Lani dejó caer las bolsas sin poder despegar sus asombrados ojos de la escena que tenía enfrente.

Sobre la mesa de centro, esparcidos delante de Dake Morgan, estaban los pocos momentos de su matrimonio con él. Las escasas fotografías, algunas cartas de amor y el anillo de graduado que ella usó como alianza de boda. Todo su pasado esparcido ante él.

Capítulo 11

Lani clavó los asustados ojos en la mirada de Dake.

—Parece que nos conocemos desde hace mucho tiempo —le dijo incisivo.

Lani se dejó caer en el sillón opuesto y miró a Annalise.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué abriste mi caja? —«¿por qué le enseñaste su contenido a Dake?», gritó en su interior. No sabía qué hacer. ¿Cuál sería la reacción de él? ¿Por qué tuvo que suceder esa noche precisamente?

Annalise presintió que algo andaba mal.

—Lo siento, mami, pero yo de pronto recordé por qué Dake me parecía tan familiar. Entonces fui y saqué la caja para ver si estaba en lo cierto. Al comprobarlo se lo dije y él insistió en ver qué más había en la caja. Yo le advertí que era tu caja secreta —Annalise lo miró de reojo y bajó la cabeza.

Los ojos masculinos no dejaban de observar a Lani con tristeza y rencor. Tenía los labios apretados y la mandíbula contraída. Todo él estaba envuelto por un halo de furia.

La aludida se estremeció.

—Parece que nos conocemos desde hace mucho tiempo —volvió a decir él sin apartar los ojos de ella.

—Sí —susurró desde lo más profundo de su garganta con temor. Se sentía como un conejo atrapado.

—¿Fuimos amantes?

Ella volvió los ojos hacia las fotografías. ¿Acaso era difícil adivinar la relación que los unió por medio de las fotografías?

Dake clavó la mirada en Annalise.

—Y ella es mi hija —fue una afirmación, no una pregunta.

—Sí —Lani no pudo mentir. No fue así como imaginó que se lo diría, pero el momento de la verdad había llegado—. Quería que tu hija tuviese algo tuyo, pero me era imposible traerle a su padre. Recordé cuánto te gustaba el nombre de tu madre, por eso le puse Annalise.

Annalise abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Tú eres mi padre? ¿Por qué nos dejaste? ¿Por qué no te quedaste a ayudarnos? —le preguntó con voz acusadora.

—Una pregunta interesante, ¿no te parece? —dijo casi complacido —. Quizá no tuve la opción de quedarme.

—¡No digas eso! ¡Tú me abandonaste! ¿Sabes acaso el infierno que viví? Desde ese momento mi vida cambió para siempre —furiosa, se acomodó en el sillón.

Habían sido diez largos años de sufrimiento y soledad. ¿Qué pretendía ahora?—.

Desapareciste sin decir nada, ni una sola palabra. Nunca supe a dónde fuiste, ni siquiera si estabas vivo o muerto. Sólo nos abandonaste…

—Yo no habría hecho algo así.

—Lo hiciste.

Él se frotó la frente como para aliviar la tensión.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace diez años, en abril; como si no lo supieras.

—No lo recuerdo —contestó.

Lo miró con desconfianza. ¿Cómo olvidar algo así?

—Te has hecho cargo sola de nuestra hija durante diez años y yo sin saberlo siquiera. No tengo la menor idea de qué fue lo que sucedió hace diez años; sin embargo, llevo aquí varias semanas y jamás me dijiste una palabra. ¿Qué clase de mujer eres, Lani? ¿Qué clase de madre oculta a una hija de su padre?

Lani se indignó.

—¿Que qué clase de madre soy? ¿Aún tienes el cinismo de preguntarlo? ¿Qué clase de padre has sido tú? Nos dejaste todos estos años sin decir una palabra. Yo intenté encontrarte, contraté detectives, a pesar de que no contaba con el suficiente dinero para comer. Puse anuncios en los periódicos cuando no sabía si podría pagar el alquiler del apartamento. Lo intenté todo para saber qué había sido de ti. Te busqué durante meses. No logré nada.

—No recuerdo nada —se quedó callado un momento luchando por recuperar los recuerdos—. ¿Me reconociste de inmediato cuando llegué a la Sanderson?

—Sí.

—Pudiste decírmelo —declaró rencoroso.

—Tú tampoco demostraste conocerme —sí, debió hablar con él desde aquel día, pero prefirió esperar el momento oportuno. Sin embargo, la única realidad era que había tenido miedo.

Sentía un vació en el estómago, el corazón le latía con fuerza y la sangre golpeaba en sus oídos. Si hubiese hablado desde un principio, seguramente no le habría resultado tan difícil como ahora.

Él volvió a frotarse la frente.

—Algo en ti me era muy familiar; sólo que no lograba recordar.

Ya se lo había dicho, pero le volvió a doler igual.

De pronto, Dake se puso de pie y se acercó a Lani. Ella se estremeció al ver su expresión. Desconcertado aún, desvió la mirada y empezó a caminar por el salón.

—Hace diez años sufrí un terrible accidente automovilístico en Chicago. Pasé varias semanas en el hospital —se tocó la cicatriz—.

Ésta fue una de las consecuencias. La otra fue que perdí totalmente la memoria. No recuerdo nada de mi vida anterior cuando desperté en el hospital. No recuerdo a mi madre, a mi padre, no sé si tengo familia. No atesoro siquiera un recuerdo de mi infancia. Mi mente está en blanco.

Lani se sintió impresionada. ¡Qué terrible! Tanto para él como para ella. Un cúmulo de emociones surgió de repente. ¿De qué manera cambiaba eso las cosas?

¿Cómo alterar el pasado?

No supo qué pensar. Sabía muy poco de la amnesia, pero había oído que las víctimas bloqueaban en la mente las cosas desagradables. ¿Acaso a Dake le pesó tanto su matrimonio?

Bruscamente, él se enfrentó a ella, furioso.

—Maldición, Lani, si me reconociste desde el primer momento, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Qué te proponías?

La joven sonrió débilmente.

—Pensé que eras tú el que tramaba algo. No tenía la menor idea de que hubieses perdido la memoria.

—No es para írselo contando a todo el mundo. Resulta incómodo. Pero, ¡llevo semanas aquí! Tú supiste quién era yo desde el momento en que entré en la sala de reuniones. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me hablaste de Annalise?

—No tienes ningún derecho a venir a alterar mi vida. No tenía por qué hablarte de Annalise.

—¡Ella es mi hija! Dios, tengo una hija y tú piensas que no tengo derechos.

¡Quiero visitarla, aprender a conocerla, que ella me conozca! ¡Por el amor de Dios, soy su padre!

—No —respondió de inmediato—. Ella es mi hija; tú perdiste todos tus derechos al abandonarnos.

—Yo no os abandoné. No sabes nada de lo que sucedió esos diez años.

—Sé todo lo que tengo que saber —se enfrentó a él con impaciencia.

—Tú tienes la ventaja de recordarlo todo. ¡Yo no tengo nada! ¿Te das cuenta de lo que significa eso? Lani —su voz parecía cansada—, quiero verla, conocerla. ¡Es mi hija!

Lani negó con la cabeza, aunque temió su reacción. Tuvo miedo por ella y por su hija.

—Quiero poder visitarla sin restricciones. Si quieres pelear te juro que lucharé y conseguiré la patria potestad.

—¡No!

—Tú ya la has tenido diez años, ahora me toca a mí.

Annalise corrió a abrazar a su madre.

—Yo quiero quedarme contigo.

—Por supuesto que sí, mi amor. Es sólo una forma de hablar —miró a Dake amenazadoramente y continuó—. Cuando la gente está enfadada dice cosas que no siente; eso le sucede a él. Pero no te preocupes, te aseguro que te quedarás conmigo.

Ahora, ¿por qué no vas a la cocina y preparas algunas galletas para nuestra velada?

las acompañaremos con un vaso de leche y nos sentaremos a hablar tranquilas, ¿te parece?

—Está bien, mami —Annalise abrazó con fuerza a su madre y corrió a la cocina sin mirar siquiera a Dake.

—Tienes razón, no debimos discutir delante de ella. Pero, maldición, no puedo concebir que no me lo dijeras.

—Dake, tú te alejaste de mi vida hace diez años. Yo intenté encontrarte, pero no tuve éxito. No volví a saber nada de ti hasta ese día que te vi en la compañía hace apenas algunas semanas. Esperé inútilmente que me dieras una explicación que nunca llegó.

Él se detuvo junto al sillón y la miró desde su altura. Sus ojos reflejaban toda la furia, la frustración y el dolor contenidos.

—Ella también es mi hija. Debiste pensar que yo tenía el mismo derecho que tú a conocerla, a darle mi amor.

—No, tú no tienes ningún derecho; los perdiste hace muchos años —las lágrimas formaron un nudo en su garganta. Ni siquiera en sus peores pesadillas imaginó una escena así—. Quiero que te vayas —le confesó. No soportaría un instante más.

—Quizá tengas razón… por ahora. Pero, volveré.

Ella se acercó a la puerta dispuesta a cerrarla en cuanto saliera y no volvería a dejarlo entrar jamás. Casi lo golpea, pues él se volvió de repente y la sujetó por los brazos.

—Maldición. Debería abofetearte por no decírmelo antes—la miró a los ojos y soltando un gemido ahogado la abrazó con fuerza y la besó. Sus labios eran castigadores y apretaron con fuerza la boca femenina hasta lastimarla. Sí, su intención fue hacerla daño, castigarla, someterla.

A pesar de todo, Lani sintió la misma atracción y deseó que ese beso fuese por amor y no por rabia, deseó regresar esos diez años atrás y volver a empezar, luchando porque las cosas funcionaran mejor.

Las lágrimas corrían por sus mejillas. Dake las sintió y le enjugó el rostro.

Acarició esos delicados labios con los dedos. Estaban hinchados por el salvaje ataque.

—Dios, me estás destrozando por dentro.

Terminó de salir y se alejó deprisa.

Lani cerró la puerta y se apoyó contra ella sin aliento. Estaba

temblorosa, temerosa y triste. ¿Qué debía hacer?

Oyó que Annalise volvía de la cocina y deprisa se limpió la cara y se sentó en el sofá que había ocupado Dake minutos antes. Deprimida, cogió algunas fotografías que le traían especiales recuerdos.

—Siento mucho haber sacado tu caja secreta, mami —Annalise puso en la mesa la bandeja con galletas y leche y se sentó junto a su madre—. No fue mi intención hacer que os pelearais —su vocecita sonaba preocupada.

—Lo sé, cariño, pero no olvides que nunca debes curiosear en los recuerdos secretos de nadie. Es algo muy privado.

—Ahora me doy cuenta de que he provocado un gran problema.

—Sí; creo que así es. Sin embargo, hay que enfrentarse a los problemas con decisión. En este caso también lo haremos… de alguna manera.

—¿De verdad es mi padre?

—Sí, lo es.

Annalise presionó a su madre.

—Háblame de él.

Lani se apoyó en el respaldo del sofá, cerró los ojos y contó a su hija cómo conoció a Dake Morgan siendo casi una niña. Le habló de los tiempos felices que vivieron, de las cosas que hacían y de los lugares adonde iban. Le habló de su ternura, de su sentido de la justicia, de sus firmes convicciones con respecto a la sinceridad. Suspiró.

—Y aunque las personas hagan algo que no nos agrade o aunque no nos guste su forma de ser y quisiéramos que cambiaran, eso no significa que no podamos amarlas —concluyó Lani.

—¿Y tú aún amas a mi papá?

Lani reflexionó un momento.

—Sí, siempre lo he amado; probablemente siempre lo amaré. Fue una persona muy especial en mi vida.

—¿Podría volver a ser especial?

—No lo sé —¿cómo fue posible que en diez años jamás hubiese recordado algo de su vida anterior? La gente bloquea los recuerdos malos, ¿acaso su matrimonio le pesó tanto que no pudo recordarlo en diez años? ¿Acaso no sintió nada profundo por ella? Ahora era una mujer adulta y tenía los pies en el suelo. Estaba en mejor posición para superar ese trago amargo.

No obstante, no se creía capaz de soportar otra vez todo ese dolor.

Al poco rato, Annalise se fue a la cama. Lani se sentó junto a la chimenea y se preguntó qué haría si Dake pretendiera obtener la custodia de su hija. Si pidiera verla de vez en cuando no habría problema, pero tenía convicciones tan inflexibles que seguramente reclamaría la tutela de la niña los siguientes diez años. Si sucedía eso,

ella lucharía con toda su alma.

Sabía que los padres pueden obtener la custodia de sus hijos si demuestran que son capaces de mantenerlos dignamente. Dake podía. Sin embargo, los hijos también podían decidir, en especial, cuando eran mayores.

Incluso pensar que pudiera obtener el derecho de visitarla resultaba difícil, pues tendría que verlo cada vez que pasara a recoger a Annalise y cuando la llevara.

Tendría que escuchar en labios de su hija todo lo que hicieron ese día.

Lani se abrazó temerosa; un dolor familiar se le clavó en el corazón. Decidió que, aunque fuera difícil, haría cualquier cosa para proteger a su hija. «¿Por qué tuvo que abandonarnos?», se preguntó. «¿Por qué no me amó tanto como yo lo amé?»

El domingo por la mañana sonó el teléfono y Lani respondió.

—Lani, quiero ver a Annalise —dijo la dura voz de Dake al otro lado de la línea.

—Ella no está aquí —Lani empezó a sentirse mal. ¿Acaso empezaba la guerra?

—¿Está con Judith Ann? —le preguntó.

—Sí.

—Pasaré a recogerla.

—No, no puedes hacerlo. Me pidió permiso para pasar allí todo el día; la llevarán a esquiar y a ella le encanta. No creo que sea el momento para que inicies algo.

—Entonces pasaré a verla por la noche.

—Dake, mañana es día de escuela. Ella se acuesta temprano.

—Maldición, Lani, estás dificultando las cosas. Quiero verla.

—Sé razonable. No sabes nada de niños; ella tiene que dormir sus horas antes de ir al colegio.

—¿De quién es la culpa de que yo no sepa nada de niños? —se quejó.

—¡Tuya! —colgó el auricular, respiró hondo y después de dejar el teléfono sobre la mesita de noche decidió que no volvería a hablar con él.

Temerosa de que llegara sin avisar, fregó los cacharros del desayuno y se fue al centro comercial. Compraría algo, entraría en algún cine y después de recoger a Annalise, cenarían fuera. ¡No permitiría que Dake la viera ese día!

Capítulo 12

Ese lunes, Lani llamó a la oficina y dijo que estaba enferma. No se sintió capaz de enfrentarse a Dake, no estaba preparada para recoger los pedazos de su vida y menos con la amenaza de él pendiendo sobre su cabeza. Fingió ante Annalise que tenía gripe y se quedó casi todo el día en la cama.

El martes, Dake la llamó.

—Lani, ven a trabajar —su voz era dura, indiferente.

—No —respondió, dispuesta a colgar.

—Espera, escúchame —¿cómo adivinó lo que planeaba hacer?—. Quiero hablar contigo, que discutamos la situación de una manera racional y calmada. Podría ser el domingo. Mientras tanto, tenemos pendiente ese viaje a Washington para mañana y necesito que trabajemos sobre ello. Creo que he encontrado una solución. Quiero que la revises y de ser posible la desarrolles de inmediato.

Dake ponía su relación personal en segundo plano.

Ella reflexionó un momento; se preguntó si soportaría estar en la misma habitación que él. Ella era toda una profesional; tenía un trabajo que cumplir y siempre lo había hecho. Decidió que debía seguir siendo así.

—Está bien; te espero después de la comida —el hombre colgó sin esperar respuesta. ¿Tuvo miedo de que ella se arrepintiera?

Temblorosa, como si realmente tuviera gripe, llegó a su trabajo poco después de las once. A la una y media John Harrington la llamó a su despacho.

—Dake me ha presentado algunas soluciones que me gustaría que revisarais y prepararais para la reunión de mañana. Me he enterado de que ayer tuviste que guardar cama, lo siento mucho. ¿Te sientes mejor?

Ella afirmó con la cabeza sintiéndose enferma ante la perspectiva de enfrentarse a Dake Morgan otra vez, aunque fuera en compañía de John.

Dake se presentó como todo un profesional y apenas le dirigió alguna mirada.

Expuso los hechos breve pero claramente. El jefe de finanzas de AIL Internacional, pecando de indiscreto, escribió una nota acerca de la toma de posesión de la Sorenson y una copia de la misma se encontraba en manos de Dake, quien se la mostró a Lani y a John.

—Interesante, ¿no os parece? —preguntó.

—¡Esto demuestra que existe una manipulación de acciones! —exclamó John.

—Eso, y también que AIL firmó una carta de intenciones con Rudolph Thompson, ofreciéndole tres millones de dólares si se retractaba. Aparentemente, la situación seguía el curso legal, pero por debajo había una clara manipulación.

—Esto se convierte en un grave caso contra ellos ante la Sec y aclara la situación de la directiva de la Sorenson. Basta de tibiezas —Lani intuyó de inmediato las consecuencias.

—Eso mismo pensé yo —expresó Dake, satisfecho.

Ella no quiso mirarlo, pero le dio el crédito merecido.

—Fue un buen trabajo… el que realizó tu contacto.

—Exacto, John. Lani me puso al tanto de la situación la semana pasada. Ahora revisaremos de nuevo la situación basados en la nueva información y probaremos que sus maquinaciones fueron las que provocaron la demanda contra la Sanderson.

Estoy seguro de poder dejar concluido el asunto en la primera reunión.

—Estupendo. Vosotros dos dedicaos únicamente a este asunto hasta dejarlo en claro. Yo no diré nada a la gente de Sorenson hasta que lo hayamos concluido. Se pondrán muy contentos cuando sepan que todo ha terminado.

—Lani, acompáñame a mi despacho, vamos a poner manos a la obra.

—¿Podría ser un poco más tarde? Tengo algunos asuntos pendientes.

—No, prefiero que ataquemos el problema ahora que está candente —la voz de Dake sonó fría.

—Está bien.

Lani se dirigió al despacho de Dake como una prisionera camino a su ejecución.

Estaba ausente a cuanto la rodeaba; tampoco sentía nada. Sólo pensaba en cómo salvar a su hija de ese hombre.

Entraron, él cerró la puerta y se detuvo detrás de su escritorio. Ella se quedó esperando lo que vendría.

—Pedí a Stacey que reservara dos plazas en el vuelo de mañana. Saldremos a las siete; así tendremos tiempo suficiente para estar ante el comité a las diez.

Estaremos de regreso a casa en el vuelo de las nueve.

—¿Por qué tan tarde? La auditoría no durará tanto tiempo.

—Así tendremos tiempo de ir a cenar y discutir los pormenores que hay pendientes entre nosotros.

—No quiero ir a cenar contigo.

—¡Maldición! ¡No me importa lo que quieras! —respiró hondo y se volvió hacia la ventana—. Me prometí conservar la calma. Y no perder el control, pero aunque quisiera no podría estar más furioso —se frotó

la frente y se volvió hacia ella—. Al verte ahí tan calmada, tan fría…

—Pensé que hablaríamos del proyecto Sorenson —no estaba calmada ni fría, sólo aturdida.

—Cuéntame todo lo que pasó. ¿Te veías con otros hombres mientras fuimos amantes? ¿Fue ésa la verdadera razón por la que tu marido te abandonó? ¿Porque descubrió que el bebé que esperabas no era suyo? ¿Esa fue la causa del divorcio?

Atónita, Lani abrió y cerró los ojos sin dar crédito a lo que oía. ¡Él no sabía toda la verdad! Debía decírselo. Abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Se enfurecería más al saber que ni siquiera tuvo tiempo de decirle que esperaban un hijo. ¿Cómo iba a reaccionar?

Finalmente, sólo respondió.

—No hubo ningún divorcio.

Dake se quedó estupefacto. La miró como si no la creyera.

—¿Qué? —preguntó con voz ahogada.

Ella permaneció inmóvil como una estatua al repetir.

—No hubo ningún divorcio.

Era obvio que él vio el certificado de matrimonio cuando revisó su caja de recuerdos. ¿Ni siquiera eso le hizo recobrar la memoria?

—Dios —dijo y se sentó como si el mundo se le viniera encima.

Ella se dirigió a la puerta.

—Lani, espera. Pensé que tenía la solución, pero las cosas se complican. Jamás sospeché que no te hubieses divorciado.

Ella clavó los ojos en la pulida madera de la puerta. Deseaba irse de una vez.

—Quiero que te cases conmigo.

Sorprendida, se volvió hacia él con los ojos desorbitados.

—¿Es una broma?

—No; creo que es una solución. Quizá pienses que es una locura, pero sólo es cuestión de tiempo. Quiero que nos casemos.

—¿Por qué? ¿Para tener derecho sobre Annalise sin tener que luchar?

—Si quieres pensar eso.

—¿Qué otra cosa podría ser? —contuvo el aliento.

Dudoso, contrajo la mandíbula.

—Por ahora no hay otra razón. Hace una semana creía que la había, pero ahora sé que me equivoqué.

—No, Dake, no me casaré contigo. ¡Sería diabólico! —abrió la puerta y salió enloquecida, y al llegar a su despacho cerró la puerta con llave antes de romper en llanto.

—Lani, ¿estás bien? —Stacey se preocupó.

Sabiendo que no podía aislarse, se irguió y de mala gana abrió la puerta.

—No, creo que todavía estoy sufriendo los efectos de la gripe. Voy

a regresar a casa.

—Yo te llevaré; no estás en condiciones de conducir —dijo Dake desde la entrada.

—No, yo…

—No discutas. Stacey, pásale su bolso. Gracias. Vamos, Lani —la agarró del brazo con fuerza.

—Mi coche…

—No le pasará nada en el aparcamiento. Iré a buscarte por la mañana y podrás recogerlo cuando regresemos de Washington.

—Déjame sola —le pidió mientras se dirigían al jeep.

—Ni lo sueñes, querida. Sube.

Las lágrimas continuaban fluyendo por su rostro y Dake, impaciente, sacó su pañuelo y se lo entregó antes de instalarse en el asiento del conductor.

Condujo en silencio, pero Lani seguía llorando al llegar a su casa.

—Por favor, déjame sola —le pidió con voz cansada al bajarse del vehículo.

—Quiero ver a Annalise —respondió llanamente.

Lani no contestó. ¿Tenía derecho a negar a su hija la oportunidad de conocer a su padre? Tal vez debía ceder en algo y evitar que Dake llevara el caso al juzgado.

Se estremeció antes de decir.

—Quizás ella pueda visitarte este fin de semana.

Él la miró con frialdad, pero estuvo de acuerdo.

—Al menos es un principio. Pasaré a recogerte a las seis de la mañana.

Ella cerró la puerta del jeep con cuidado y con piernas temblorosas se dirigió a su casa. El vehículo se alejó de inmediato y Lani empezó a llorar de nuevo. ¿Debía entregar su hija a Dake? La quería mucho, pero también deseaba lo mejor para ella.

¿Qué sería mejor para la niña?

Durante la cena, Lani tocó el tema de la visita.

—A Dake le gustaría que lo visitaras este fin de semana —dijo en tono casual a su hija.

—¿Vendrás conmigo?

—No.

—Entonces yo tampoco iré —respondió Annalise, tranquila.

—Él quiere que lo conozcas mejor, pasar algunos días contigo.

—Pues yo no. Si tú vas, yo iré, si no, no me interesa —declaró Annalise con firmeza.

—Annalise…

—Ven tú también, mami —la niña desafió a su madre. Lani percibió en ella la misma fuerza de carácter de su padre; sin embargo, Lani sabía que eso no era lo que Dake tenía en mente, así que decidió

volver a intentarlo después; en ese momento sería inútil.

No durmió bien, pues la aprensión del inevitable viaje le quitó el sueño. Ojalá pudiera dormir un poco en el avión, pero lo dudó. Ahora no los acompañaría nadie.

Una vez que llegaran al comité, supo que se sentiría mejor.

Se vistió con el traje azul marino y blusa blanca. Un discreto maquillaje y la trenza le dieron el resultado esperado. Parecía fría, indiferente. Pero por dentro la consumían los nervios.

Dake llegó a tiempo. En cuanto Lani vio aparecer el jeep, salió a la calle.

—¿Annalise se quedó tranquila? —le preguntó tan pronto como subió.

—Se quedará con Judith Ann hasta que sea la hora de ir al colegio. Su madre las llevará.

—¿Y por la noche?

—La señora Palmer la cuidará hasta que yo regrese. No es necesario que actúes como un padre preocupado. Yo me he ocupado de ella toda su vida.

Dake puso en marcha el vehículo y agregó:

—Pasaré a recogerla el sábado a las diez.

—Ella no quiere ir.

—¿Qué?

—Ella dijo que no, no…

—¿No qué?

—Que no iría… sin mí —concluyó resignada.

Dake atravesó el túnel Callahan que los conduciría al aeropuerto.

—Está bien; ven tú también.

—No.

—Lani, te advierto que no estoy jugando. Veré a Annalise de una forma u otra.

Lani guardó silencio.

Una vez instalados en sus asientos en el avión, Dake se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. Lani empezó a tranquilizarse, pero de pronto se inquietó al escucharlo.

—Háblame de Annalise. Qué le gustaba de pequeñita, cuándo empezó a andar, sus primeras palabras.

Lani volvió la cabeza para mirarlo. Seguía con los ojos cerrados y la boca apenas formaba una línea recta. Poco a poco Lani empezó a hablarle de su nena, de su pequeña.

Dake la escuchaba sin abrir los ojos y de vez en cuando le hacía alguna pregunta.

—Debe de ser difícil sacar adelante a un hijo, desempeñando el papel de madre y padre.

—Sí, algunas veces.

Lani recordó las ocasiones en que apenas con unas cuantas monedas en el bolso vivieron a base de cereales y fruta. Annalise siempre estaba hambrienta; ella misma tuvo que quedarse sin comer en un par de ocasiones. Aunque su mayor preocupación fue siempre que se presentara una enfermedad grave, perder su trabajo o no encontrar una buena niñera. La ropa, por regla general, debía durarles más tiempo del normal, pues no podía permitirse el lujo de gastar en cosas superfluas. De bebita, Annalise no usó zapatos porque Lani no tuvo para comprarlos.

Todo eso había quedado atrás. Esas carencias la convirtieron en una mujer fuerte y decidida. Sin embargo, no fue fácil.

Aterrizaron en el aeropuerto nacional de Washington y alquilaron un coche para acudir al salón de audiencias. Llegaron a buena hora para explicar a sus clientes el procedimiento a seguir.

Ella actuó como portavoz representando a la Sorenson e hizo gala de su habilidad y precisión para responder. La adrenalina le fluía haciéndola sentirse segura. La nueva información inclinó la balanza a su favor.

La audiencia se prolongó hasta después de las cinco. Al terminar, Lani estaba exhausta.

Dake la felicitó por la forma en que había conducido la situación.

—Estuviste segura, decidida y siempre guardando el debido respeto a los miembros del comité. Te adoran.

—Peter fue mi maestro; era un hombre muy capaz —fue todo lo que pudo decir, pero le agradó el comentario.

—¿Te gustaría cenar en el restaurante Flagship? Tienen una excelente cocina a base de mariscos.

—¿Sería posible que cambiáramos nuestros billetes de avión para regresar a casa ahora mismo? —evitó sus ojos—. Ha sido un largo día y anoche no dormí bien.

—¿No te dejó dormir tu conciencia?

Ella lo miró furiosa.

—No; me preocupaba la audiencia de hoy. Si tú no quieres regresar, dímelo. Yo puedo coger un taxi.

—Está bien, regresaremos.

En el vuelo de vuelta sólo hablaron del trabajo. Analizaron la audiencia, la reacción que produjo la nueva información, la forma en que sus oponentes cambiaron de la necedad a la preocupación, y finalmente, a la angustia.

Después de las ocho llegaron al aeropuerto internacional. Hambriento, Dake insistió en hacer una parada en McDonald's. Ella también tenía hambre, pero estaba impaciente por llegar a la soledad de su casa. Las tensiones del día habían sido demasiado.

Al llegar a su apartamento cogió su portafolios y se dispuso a bajar

del vehículo.

Dake le abrió la puerta.

—Te acompañaré.

—No hay necesidad—respondió de inmediato—. Estaré bien.

Ignorando su respuesta la escoltó hasta la puerta principal.

—Gracias por traerme —buscó sus llaves.

Él se las quitó de la mano y gentilmente metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y le cedió el paso. Enseguida entró él y la siguió al interior.

—El sábado —le dijo mirándola desde su altura para intimidarla.

Lani tragó saliva con dificultad y dio un paso atrás, perturbada por esa cercanía, por su estatura, por su fortaleza y más aún… por lo que descubrió en sus ojos.

—Annalise quiere que tú la acompañes; ¿no te parece una fuerte demostración de lealtad?

—Así lo creo. Seguramente la heredó de ti… tú siempre has tenido un concepto muy profundo de la lealtad.

Él se quedó quieto, mirándola fijamente.

—¿Llegamos a conocernos bien? ¿Fuimos amantes… solamente?

Ella afirmó con la cabeza, sin poder respirar. ¿Debía decirle que estuvieron casados? Sí, aunque se enfadara más que la otra noche.

—Llegamos a conocernos perfectamente.

Dake la agarró por los hombros y la acercó.

—Eso explica por qué me resultas tan conocida. Me es imposible recordar, pero tu cara me es tan familiar que tu imagen revolotea en mi cabeza constantemente. Al abrazar tu cuerpo se amolda al mío; tus labios y los míos parecen uno solo y tu cabello… al acariciarlo siento como si me perteneciera.

Le clavó los dedos en los hombros y la besó. Fue un beso profundo; Lani lo sintió hundir los dedos en la trenza, le quitó la cinta y liberó sus cabellos acariciándole al mismo tiempo la nuca y el cuello sin dejar de besarla.

Lani intentó resistirse consciente de que no lo deseaba, pero su traicionero cuerpo ignoró sus demandas y empezó a disfrutar de sus caricias y a responder a ese beso.

Dake le deslizó la chaqueta por los hombros hasta dejarla caer al suelo; enseguida hizo lo mismo con la suya.

—Mmm, no, Dake. Detente —murmuró cuando sus labios descendieron por su cuello. La besaba dulce y embriagadoramente.

Sus dedos seguían en los sedosos mechones de su cabellera y al mismo tiempo la apretaba contra su cuerpo.

Lani revivió la magia que tantas veces experimentó con él y se perdió en el tiempo y en el espacio, dando paso a las sinuosas oleadas de placer que la envolvían.

Sin darse cuenta empezó a acariciarle la cabeza, el cuello, los fuertes músculos de los hombros. Todo parecía tan preciso, tan perfecto.

—¿Dónde está tu habitación? —le preguntó con suavidad.

Lani quiso poner los pies en la tierra. No le permitiría seguir adelante. Su cuerpo debilitado por el abandono y el deseo, apenas la sostenía, pero… debía detenerlo.

—No—susurró—. Annalise…

—Esta noche no está aquí —la soltó y entrelazando sus dedos en los de ella empezó a subir por la escalera.

—Stephanie…

—Deja de echármela en cara todo el tiempo. Stephanie regresó a Nueva York y espero no volver a verla.

Al llegar a la planta alta se detuvo. Un breve gesto de Lani le indicó el dormitorio. Al entrar se detuvo un momento para llenarse los ojos del lugar y descubrió que tenía dos camas individuales. ¡Pequeñas, pero eso era suficiente!

—Dake, no me hagas esto —objetó temblando de emoción. Una parte de ella exigía volver a vivir el amor que en una ocasión compartieron, y la otra le advertía que sería un error.

—Yo no te estoy haciendo nada; lo haremos juntos.

Volvió a cubrir su boca para ahuyentar todas sus dudas, dando paso sólo a sentimientos maravillosos.

Recorrió su cuerpo con las manos moldeándolo y logrando que todos y cada uno de sus nervios respondieran.

Lani gimió asustada cuando le desabrochó el sujetador. No se dio cuenta de en qué momento le había quitado la blusa. Movía las manos muy despacio, con angustiosa lentitud, por sus turgentes senos. Sufriendo lo indecible, ella se acomodó para facilitarle el acceso.

—Con calma, cariño, ¿o tienes prisa? —Dake le habló con suavidad clavándole la mirada primero en los ojos y después en la maravillosa desnudez del pecho.

Temblorosa por el deseo, la pasión y la impaciencia, Lani se apretó contra él, ardiente de pasión.

Sí, tenía prisa; lo quería todo, ahora.

Las manos masculinas continuaron jugueteando con los excitados pezones.

Incapaz de contenerse, Lani gimió por el placer que recibía su cuerpo y su pasión aumentó. Contuvo el aliento ante el exquisito deleite de la caricia.

Le desabrochó la camisa con dedos torpes y le ayudó a quitársela tratando de ignorar las mil sensaciones que le provocaba con la boca. Extendió las manos por su pecho, regocijándose en la tibieza de su piel y en la fortaleza de ese cuerpo que recordaba con tanta claridad.

Moviéndolos lentamente, introdujo los dedos debajo del cinturón y tiró de él con fuerza.

—Eres impaciente —murmuró Dake, incorporándose para ayudarla.

En sólo un momento quedaron desnudos y él la levantó en sus brazos y la depositó en la cama. La siguió de inmediato y la besó mientras sus manos recorrían los lugares secretos de su cuerpo, encendiéndolo a su paso.

Lani se hundió en el colchón gozando plenamente de las caricias. Los labios masculinos no la soltaban y con la lengua paladeaba la dulzura de su boca, la satinada piel de su cuello y sus senos. La fogosa humedad fascinó a Lani cuyo cuerpo respondía estremeciéndose a cada una de sus caricias.

Su pasión aumentaba a cada momento; sus manos también reconocían el calor de ese cuerpo. Lani acarició la fuerte espalda, los anchos hombros, la estrecha cintura, disfrutó plenamente al tocarlo donde ella deseara, satisfaciendo con libertad sus impulsos.

Una sensación maravillosa se expandió en su interior. Levantó la cabeza y buscó los labios masculinos, deseando entregarse a ese hombre, llegar al paraíso al que sólo él podía llevarla.

Atormentada por tanta felicidad, Lani se retorció dejándose llevar por el amor que sentía por ese hombre. Amaba sus caricias y el placer que le brindaba.

La boca de Dake inició un camino descendente haciendo surgir a su paso llamas de fuego. Jugueteó con la lengua unos segundos en su ombligo, haciendo un breve receso para proseguir su camino.

Lani se arqueó para entregarse a él, para salir a su encuentro.

—Tranquila, tenemos tiempo —murmuró sin suspender la caricia.

—¡Oh, Dios! Por favor, Dake, te deseo terriblemente —gimió anhelante.

Una mano jugueteaba con sus senos mientras la otra seguía su recorrido; y su boca seguía haciendo estragos en su ardoroso camino, acariciando cada centímetro de su cuerpo.

Lani creyó que explotaría en cualquier momento. Gemía incontrolable; el deseo la dominó enloqueciéndola tanto, que en todo lo que podía pensar era en Dake. ¡Lo deseaba tanto!

Dake empezó a moverse y Lani se quedó inmóvil, aterrada ante el cúmulo de sentimientos que amenazaban con destruirla. Podía sentir los movimientos de él, sus labios en los suyos; entonces, se perdió entre mil sensaciones mientras su cuerpo se convertía en una masa de éxtasis punzante.

Un placer intenso recorría toda su piel en oleadas. Disminuyó un poco y ella se relajó sólo un momento antes de volver a empezar con más fuerza que antes.

Jadeante y cansada más allá de todo lo tolerable, se quedó quieta. Había sido maravilloso.

Dake le cubrió la cara de pequeños besos. Lani luchó por mantenerse despierta y le sonrió medio dormida. Seguía abrazándolo por la espalda, acariciando con los dedos esos fuertes músculos.

—¿Cómo pude olvidar algo así? —le preguntó Dake suavemente al oído besándole del lóbulo a la suave piel de su cuello.

De pronto, al recordar el dilema al que se enfrentaban los dos, su felicidad se esfumó. ¿Cómo pudo permitirse llegar a ese punto? Ocultó la cara y dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

Dake la obligó a mirarlo.

—Casarte conmigo no puede ser algo tan malo —le dijo.

—Sólo me buscas por Annalise —deseó que lo negara, rogó que lo hiciera, esperó que le dijera que la quería.

—Me enfurecieron las circunstancias que provocaron que conociera a mi hija.

También el que no me lo hayas dicho desde el principio. Pero sé que se me pasará.

Entonces, nuestro matrimonio tendrá su mejor oportunidad. Esta noche hemos descubierto que puede haber algo entre nosotros.

—No lo sé, Dake. ¿Por qué no te vas y me dejas sola?

—Piénsalo, Lani —su voz volvió a ser dura, fría.

Se alejó de ella y se puso de pie. Lani lo oyó vestirse, pero mantuvo el rostro oculto, deseosa de que se fuera. No le interesaba un matrimonio donde el único fin fuera que él tuviera a su hija. Pero, ¿no sería mejor que no volver a verlo? ¿Sería mejor dejar que se casara con alguien como Stephanie?

La cogió por los hombros, la ayudó a sentarse y colocó con ternura los cabellos que caían sobre su rostro…

—Piensa en ello, Lani. Quiero tener a Annalise y también a ti —se inclinó y después de besarla ligeramente la arropó—. Ahora descansa, yo me iré.

La joven se volvió a acostar mientras él salía en silencio. La puerta se cerró y entonces dio rienda suelta a su pena y lloró como una niña.

Capítulo 13

El sábado la despertó el ruido de la lluvia. Se asomó a la ventana. Era una llovizna sin viento. Suspiró al recordar que ese día Annalise y ella saldrían con Dake.

No era que él la hubiese invitado, sino porque había sido la condición de la niña.

El día nublado reflejaba su estado de ánimo. Examinó el problema desde diferentes ángulos, y no parecía tener una solución fácil.

Dake seguía enfadado con ella. Él sólo entendía que Lani supo desde el primer momento quién era él. Además, tampoco le dijo que tenían una hija. Se preguntó cómo reaccionaría cuando supiera que estuvieron casados. Que seguían casados.

Ese Dake le era un desconocido. Los años lo habían cambiado, a ella también.

Ahora iban por caminos separados. ¿Volverían a encontrarse teniendo algún interés en común? Él le había pedido que se casaran, pero sólo fue por propia conveniencia.

Ella no lo conocía lo suficiente para formar una familia. Eran un par de extraños que compartieron algunos meses mucho tiempo antes. Annalise estaba desayunando cereales cuando Lani entró en la cocina. La niña ya estaba vestida y peinada. Lani llevaba unos vaqueros y una sudadera gris que hacía juego con el color de sus ojos.

No llevaba más maquillaje que el de costumbre, y sólo para disimular las huellas de la tensión que descubrió al mirarse en el espejo.

—Hola, cariño. ¿Ya estás desayunando?

—Hola, mami. Sólo quería cereales y no sabía cuánto ibas a tardar en la ducha.

¿Tenemos que salir con este día?

Lani suspiró y continuó preparando café.

—Sí. Estoy segura de que Dake habrá planeado algo —deseó que el mal tiempo les impidiera realizar cualquier cosa. Le preocuparon las consecuencias si se negaban a salir. Pelearse con él sería desastroso. De esa manera, al mismo tiempo que lo tranquilizaba, Annalise seguiría estando bajo su control.

—No quiero ir —dijo Annalise con voz ahogada.

—Pasaremos un buen día —Lani fingió una alegría que estaba muy lejos de sentir—. Él jamás haría algo que te lastimara, cariño. Es tu padre.

—No quiero ir con él. Quiero quedarme contigo.

—Pero yo iré también. Hoy seremos como una familia —al decirlo,

a Lani le pesó la falsedad de sus palabras. Eran una familia por la sangre, pero no por amor.

Al mirar a su hija notó que estaba asustada. La seguridad de su pequeño mundo había sido alterada. Annalise no sabía qué esperar y se protegía en el amor de su madre.

Maldito Dake por inquietar así a su hija. Ese día buscaría el momento para hablar a solas con él y hacerle saber lo que estaba provocando. ¿Le importaría? O

sería tan egoísta que sólo pensaría en su propia satisfacción y no en lo que le pasara a su hija.

Ya estaban listas cuando llamaron a la puerta. Lani abrió. El ambiente húmedo los envolvió. Dake pasó y miró a Lani con frialdad. En su mirada no había restos del amante apasionado del miércoles. Desvió la mirada y la clavó en Annalise.

—Hola, Annalise —al hablarle suavizó su expresión.

La niña musitó un ininteligible «hola» y corrió al lado de su madre sin dejar de mirarlo.

Él contrajo los músculos del rostro y se dirigió a la madre.

—¿Estáis listas?

—Como siempre —respondió fría—. ¿Adónde vamos?

—Como no esperaba que lloviera, pensé dar una vuelta en coche. Iremos al museo de la Concordia. Podemos detenernos allí y después iremos a Lexington.

Regresaremos finalmente a mi apartamento.

—Entonces llevaremos impermeables —se acercó al armario y sacó la indumentaria, con Annalise pisándole los talones.

La niña se subió al jeep sin soltar la mano de su madre.

—¿Qué le has dicho para que esté tan a la defensiva? —le dijo Dake al oído.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

—No tengo por qué decirle nada. Tú eres el culpable de su actitud.

—¿Yo?

Miró a su hija de reojo y al comprobar que no les prestaba atención, continuó:

—Estás amenazando el mundo que ella conoce. Le robas la tranquilidad que siempre ha rodeado su vida. Ella no te conocía y de pronto llegas amenazando con acabar con todo lo que es suyo. ¿Cómo te sentirías? ¡Seguramente eres como tu padre!

Terminó de subirse al jeep y con la mano libre cerró con fuerza.

Dake la miró sin inmutarse por la lluvia que caía sobre su cabeza y descendía por sus mejillas.

Al fin se subió en silencio al vehículo y puso a funcionar los limpiaparabrisas antes de internarse en las calles. El río Charles estaba gris y las gotas de lluvia bailoteaban en su corriente. Cruzaron el

puente Cambridge y se desviaron hacia la Concordia.

Lani admiraba por la ventanilla las antiguas construcciones, las cuidadas calles y el día gris. ¿Cuántas horas tendría que pasar junto a él?

¿Se arreglaría el día? Lo comparó con el día que fueron a la playa, hacía dos semanas. El contraste resultó dramático. Ahora nadie iba feliz, nadie esperaba divertirse.

¿Por qué insistía en forzar la situación? ¿En ese paseo él se daría cuenta de que no podía esperar que Annalise lo quisiera? ¿Constataría que no deseaba estar con él?

¿Y si aun así insistía en seguir presionándolas?

¿Qué alternativa le quedaba? Quizás el lunes consultaría a un abogado.

Al tomar la curva alrededor de la laguna Walden, Lani se sorprendió al descubrir lo larga que era. En su pueblo, también había una laguna, pero era muy pequeña.

—¿Habías venido antes por aquí? —preguntó Dake, buscando la figura de Annalise en el espejo retrovisor.

—En un par de ocasiones. ¿Recuerdas, Annalise? —respondió Lani.

—No —dijo la niña desde su asiento, esquivando la mirada de Dake.

Lani volvió la cara a la ventanilla disimulando una sonrisa. Después de todo, no debía preocuparse por su hija. Annalise sabía cuidarse sola.

—Yo no sé si alguna vez estuve aquí, pero estoy seguro de que no recuerdo nada de esto —declaró Dake.

—¿Aún no recuerdas nada? —era difícil de creer.

—Nada de índole personal. No recuerdo a ningún familiar, amigos, ni lugares en los que viví. Sin embargo, no olvidé leer y calcular, fechas históricas. Todo lo que aprendí en el colegio.

Lani sintió tristeza. Debía ser terrible despertar un día y no saber quién eres. Se aterró. Una persona así se vuelve tan indefensa, tan dependiente de la información que le rodea. Tiene que confiar en que los demás le digan quién es y qué le pasó.

—¿Tampoco recuerdas nada de Boston?

—Ahora que estoy viviendo allí, al ver algo, en ocasiones sé que lo había visto antes, pero no sé dónde o quién estaba conmigo.

—¿Por qué no puedes recordar? —le preguntó Annalise, acercándose para oír mejor.

—No lo sé, cariño. Yo quisiera recordar, pero no puedo —al dirigirse a Annalise su voz se volvía dulce, muy diferente del tono que usaba con Lani.

—¿Por eso nunca regresaste con mamá y conmigo? ¿No recordaste dónde estábamos?

Los ojos de Lani se llenaron de lágrimas y su corazón se angustió. Su amor fue tan grande que el mundo les quedaba pequeño. Jamás le preocupó ver el problema desde el punto de vista de Dake. ¡Qué terrible tener la mente en blanco y no recordar lo que se quiere!

Ella fijó la mirada en el camino. Debía decírselo, aunque se volviera a enfadar por no habérselo revelado antes. Sin embargo, no quería estropear el día y tampoco arriesgarse a tener otra escena delante de Annalise. Esperaría un momento mejor.

Finalmente, Dake aparcó lo más cerca posible del famoso puente de la Concordia y apagó el motor. La lluvia continuaba cayendo insistentemente, pero no había viento.

—¿Os atrevéis? —les preguntó refiriéndose a la lluvia.

—Los impermeables nos protegerán. Ponte el tuyo, Annalise.

Casi de inmediato se encontraron recorriendo el camino al puente de madera inmortalizado por el poema de Emerson. El monumento de granito al soldado desconocido estaba custodiado por un centinela. Lani se detuvo para leer la placa de bronce y enseguida cruzaron el puente. Lani recordó las historias de la guerra e imaginó qué sintieron los granjeros al ver acercarse a los soldados ingleses. Debieron experimentar algo muy similar a lo que ella sentía al ver a Dake.

Recorrieron el pequeño museo. Annalise se fascinó con la maqueta de la batalla de 1775. Dake trataba a Lani con cortesía y disfrutaba viendo a Annalise correr de una vitrina a otra.

Según lo planeado, comieron en una pequeña cafetería de Lexington. Dake trató por todos los medios de que Annalise se relajara, pero la chica respondía con monosílabos a todas sus preguntas y en ningún momento se despegó de su madre.

Lani también la animó para que fuera más amable, pero no dio resultado.

Al completar el itinerario, Dake se dirigió de vuelta a Boston.

—Alquilé un par de películas. Pensé que sería buena idea pasar la tarde viéndolas y pedir algo para cenar —les informó al internarse en las calles llenas de tráfico.

—¿Después nos llevarás a casa? —preguntó Lani. Había sido un día agotador y estaba cansada.

—Sí, después os llevaré a casa —la voz de Dake sonó triste, desilusionada.

Lani lo miró, pero su expresión era indiferente, distante.

Llegaron al apartamento de Dake y Lani examinó el salón principal buscando alguna clave del éxito de ese hombre. No descubrió nada, tampoco una sola fotografía. Era una habitación agradable, pero sin personalidad. ¿Acaso guardaba sus pertenencias personales en su habitación? Tampoco recordó haber visto nada en su estudio.

Dake acomodó a la pequeña enfrente del televisor y puso la cinta

Cenicienta. A una señal suya, Lani lo siguió a la cocina.

—¿Qué le gusta cenar a Annalise?

—No es comilona, cualquier cosa estará bien.

—¿Comida china?

—Sí —Lani iba a regresar al salón, pero Dake la agarró del brazo. Lani se sobresaltó y lo miró interrogante.

—Lani, ¿cómo era mi padre? ¿Lo conociste?

—Tanto mis padres como tus padres habían muerto cuando nos conocimos. Tú eras un brillante estudiante a punto de licenciarse y yo estudiaba empresariales. Me quedaba un poco de dinero que me dejó mi tía, pero no me alcanzaba y tenía que trabajar. Recuerdo que me hablaste de tu padre. Me dijiste que fue muy duro, manipulador; tenía ansias de poder. Asegurabas que nunca te gustó su forma de ser y que tú serías diferente.

—¿Y crees que no lo conseguí?

Su mirada se ensombreció como si lo inquietara algo.

Ella desvió la mirada al área de la cocina. No, en términos generales ella pensaba que era diferente de su padre; sin embargo, en todo lo relacionado con Annalise, actuaba distinto.

—¿Y mi madre? —cambió de tema.

—La querías mucho. Annalise se llama así en su honor.

Le acarició suavemente la palma de la mano con el pulgar.

Lani no se movió, no pudo ni siquiera respirar. Su contacto le produjo descargas eléctricas en la columna vertebral. Ya no creía en él y no sabía si volvería a hacerlo, pero su cuerpo lo reclamaba. Si pudiera olvidar el pasado, olvidarse de todo menos de la maravillosa sensación que le provocaba esa caricia.

Dake la miró fijamente. Lani se emocionó. ¿Ese hombre realmente sentía lo que demostraban sus ojos o era producto de su imaginación?

Con ternura, le acarició el cabello.

—Todo lo que te pido es una oportunidad para conocer a mi hija. Hasta hace poco ni siquiera sabía que tenía una hija y ahora que la conozco, quiero conocerla y que ella me conozca.

—No te impediré que la visites, pero comprende que no puedes llegar exigiendo y amenazándome con que te la llevarás. En primer lugar, la asustaste; en segundo, el amor no se exige; finalmente, yo también sé luchar.

Una ligera sonrisa asomó a los ojos masculinos.

—Me consta que eres una luchadora, pero yo también y es posible que te gane.

—No lo intentes —el ritmo de su corazón se aceleró. Dake Morgan era más fuerte de lo que ella podría soportar.

—Quiero a mi hija, y de cualquier forma la conseguiré.

—¿Incluso casándote conmigo?

—Sí.

—No funcionaría.

—¿Por qué no?

Lani cerró los ojos; en una ocasión ambos creyeron que resultaría. Fueron tiempos maravillosos… que pertenecían al pasado.

—Quiero a Annalise, te quiero a ti también —declaró Dake en voz baja.

—Por Annalise.

—Tal vez.

Tiró de su mano hasta acercarla lo suficiente para besarla en la boca. Lani se abrazó a él fuerte, muy fuerte, con pasión y deseo. ¿Sería posible que él la volviera a amar?

—¡Mami! Ven a ver la película.

Se rompió el encanto. Lani se enderezó e indagó en los ojos de Dake, pero sólo encontró dureza y vacío.

Caminando despacio, Lani se retiró hacia el salón.

Dake las llevó a casa después de la cena. Lani se sintió relajada después de un día de tensiones y lleno de sobresaltos. Deseaba un poco de paz.

Annalise se acurrucó en el asiento trasero del vehículo. Todo el tiempo se mostró cortés con Dake, pero mantuvo las distancias como si quisiera demostrarle que no le sería fácil ganársela.

No intentó bajar del coche al dejarlas en su casa, sólo les deseó buenas noches.

Su rostro seguía ausente, distante.

Lani se compadeció. Parecía tan indefenso. No tenía nada que le perteneciera realmente. Ni familia, ni recuerdos; ninguna otra cosa que su trabajo… y eso no era suficiente.

Y ella tenía en su mano cambiar esa situación. Podía volver a arriesgarse y aceptarlo en su vida y en su familia. Ahora podrían llegar a ser la familia que planearon hacía mucho tiempo. Sí, le podía ofrecer compañía, una hija y amor.

Le deseó buenas noches a su vez, enterrando sus sentimientos en lo más hondo de su ser. Lo amaba, pero tenía miedo.

Capítulo 14

A la mañana siguiente, Lani aún se sentía exhausta. Había pasado la noche dando vueltas de un lado al otro, preocupada por lo que debía hacer. La acosaba el rostro de Dake mirándola de esa forma tan especial, como la noche anterior. ¿Cómo borrar esa expresión y reemplazarla por el rostro de felicidad de la playa o por la pasión que reflejaba en la fiesta de la Sorenson?

Estaba en una encrucijada y no sabía qué hacer; aceptar la solución que Dake le ofrecía e intentar ser feliz o luchar a brazo partido.

Suspiró. La solución más razonable era la de él. Lo amaba, sufría al recordar sus momentos románticos. Soñaba con estar en sus brazos todas las noches y que la transportara al cielo. ¿Por cuánto tiempo la amaría ahora? ¿Acaso su único interés por casarse con la madre de Annalise era poder convivir con su hija?

Lani no podía negar su gran amor por él. Siempre lo había amado. Pero, existía un riesgo… que la volviese a abandonar.

También podría quedarse para siempre. ¿Y si esa vez era la definitiva? Todo en la vida implica un riesgo. ¿Debía volver a darse una oportunidad para ser feliz?

Se vistió lentamente. Pantalón de lana gris y suéter ligero en tono azul. Tomó una resolución definitiva. Iría a hablar con Dake. Arriesgaría todo por él, todo.

Empezó a latirle el corazón con fuerza, pero esa vez no se acobardaría. Decidida, tomó un desayuno ligero, llevó a Annalise a casa de Judith Ann y se dirigió al apartamento de Dake en un taxi. Estaba demasiado nerviosa para conducir.

Ahora nada la haría retroceder. Para bien o para mal, aceptaría su proposición.

Lo amaba. Cualquier cosa era mejor que volver a perderlo. Al principio sería incómodo, hasta que se le pasara el enfado, pero sin él viviría en un infierno. Con el tiempo, quizá se arreglaran las cosas. ¿Valdría la pena darse la oportunidad?

¿Aceptar el riesgo? No había vuelto a amar ni volvería a hacerlo como amó a Dake.

En ocasiones las cosas fueron bien, al menos las semanas anteriores todo fue maravilloso. Tal vez con el tiempo…

Nerviosa al máximo, se detuvo unos momentos antes de llamar a la puerta, se llenó los pulmones de aire y dibujó una forzada sonrisa cuando la puerta se abrió.

¿Escucharía él los latidos de su corazón? ¿Y si había cambiado de opinión y ya no quería casarse?

—Hola Dake —¡Dios, estaba aterrada! Le tembló la voz y se le doblaron las rodillas.

—Lani, ¿qué haces aquí?

—Vengo a hablar contigo. Y a aceptar tu ofrecimiento, si aún piensas lo mismo

—agregó, temerosa de su respuesta.

Dake no respondió de inmediato y ella se inquietó. ¿Habría cambiado de idea?

—Entra —Dake la examinó al franquearle el paso y seguirla al salón.

¿Por dónde empezar? Él la observó impávido; no le facilitaba las cosas. Lani volvió a tomar aire.

—Sabemos que padeces amnesia. Yo siempre me pregunté por qué saliste un día y jamás regresaste. Por tu falta de memoria tal vez no lo sepamos jamás. Siento mucho lo que te pasó, Dake. ¡Debe ser terrible!

—No has venido a decirme eso.

—No, quiero explicarte algo más. Deseo que comprendas por qué no te dije nada desde el principio. ¿Sabías que fui repudiada por mi tía? Cuando mi marido me abandonó, ella pensó que yo había inventado lo de mi matrimonio. Estaba segura de que yo era una madre soltera. Para ella fue una gran desilusión. Desde entonces no quiso volver a saber nada de mí. Murió al año siguiente. Ella era toda mi familia.

El rostro de Dake se suavizó un poco y él dio un paso adelante, pero Lani lo detuvo con un ademán y negó con la cabeza. Si ahora le permitía cualquier demostración afectiva, ya no podría continuar adelante.

—¿Sabías que por poco pierdo a mi hija debido a mi avanzado estado de desnutrición? Tenía tan poco dinero que sólo comía una vez al día. Di a luz en un hospital benéfico de Boston. Una organización social me ayudó durante seis meses.

Después, hubo ocasiones en que tuve que dejar sola a la niña para poder ir a trabajar.

Ganaba un sueldo mísero y no podía pagar una niñera.

—Bien, Lani —los ojos de Dake se fueron entristeciendo al irse enterando de sus sufrimientos—. Oh, querida —quiso protegerla entre sus brazos, pero ella se alejó.

—¿Tienes idea de cuánto te amaba? —le gritó fuera de sí—. Pasé largas noches llorando por tu abandono, preguntándome por qué tenía que haber sido así, sin que me dijeras una sola palabra.

—Pero eso no fue…

—Ahora lo sé; todo se explica con tu amnesia. Pero lo creí durante diez años y, sin embargo, te seguí amando. Con el paso del tiempo pensé que te había olvidado; entonces, aquel día cuando te vi llegar a

la reunión, supe que me había estado mintiendo. Que aún te amaba.

—Gracias a Dios que fue así —Dake la tomó entre sus brazos y la apretó temeroso de que se le escapara. Apoyó la mejilla contra la cabeza de Lani y disfrutó de su cercanía. Ella cerró los ojos. Estaba en el único lugar que deseaba. De regreso en los brazos de Dake, a salvo, amada. ¿Sería un sueño?

—Pero tengo miedo, mucho miedo. Ya me dejaste una vez, ¿Qué te impediría volver a hacerlo? No podría soportarlo de nuevo —murmuró apoyada en su pecho.

—Mi pobre Lani. Amor, qué infierno tan terrible has vivido. No tenía ni idea.

No sé cómo ni por qué llegué a Chicago. Sólo las circunstancias me hicieron regresar a Boston —la apretó—. ¿Qué habría pasado si nunca regreso? Oh, mi adorado amor,

¿cómo puedo hacerte olvidar?

—No creo que pueda olvidarlo. Me preguntaba qué clase de juego te traías entre manos. Parecías tan sincero en tu interés porque saliéramos juntos, y me mirabas desconcertado. Yo no entendía cómo te habías podido olvidar de mí. Llegué a creer que tramabas algo para perjudicarme. Jamás se me ocurrió pensar en amnesia. Cuando me lo revelaste, me impresioné.

—Yo, por mi parte, ya me he hecho a la idea. Los médicos me dijeron que quizá nunca volvería a recuperar la memoria. «Traumatismo mayor» lo llaman; no obstante, me aseguraron que no tendría otras consecuencias. Sólo que el no saber quién soy, en ocasiones me vuelve loco. Algunas veces tengo repentinas visiones de escenas familiares, pero no recuerdo cuándo o cómo fue.

—Pero recuerdas tu nombre —seguía apretada a él.

—Alguien me recogió en la carretera. Él fue quien dijo a la policía mi nombre.

Fue un accidente automovilístico. El hombre también resultó herido.

—¿Qué hacías en Chicago?

—No lo sé. Hice autoestop en Massachussetts, me quedé dormido y desperté en Chicago.

Se apretó con más fuerza a él, incapaz de decir algo que cambiara el pasado.

Ahora buscaba su protección esperando que el futuro fuera diferente.

Él la alejó un poco para mirarla a los ojos.

—¿Y dónde encaja tu marido en todo esto?

—Yo nunca engañé a mi marido —dijo en voz baja.

Como si le cayera una venda de los ojos, Dake soltó un doloroso:

—¡Demonios! Mi pobrecita Lani.

La joven empezó a llorar sin reparo.

—Te eché tanto de menos.

—Dios, durante diez años traté de recordar quién era, qué era, y nada. ¿Puedes imaginarte lo terrible que es vivir en la nada? No recuerdo nada de mi infancia, de mi familia ¡ni de ti!

Con mano cariñosa, limpió las lágrimas del rostro femenino.

—¿Podríamos volverlo a intentar? —le preguntó con dulzura.

Ella afirmó con la cabeza.

—A eso vengo. Reflexioné que casarme contigo con tus condiciones era mejor que nada. Aunque yo sepa que ese matrimonio sólo es por Annalise.

Él se incomodó.

—En parte ésa era la razón. Si haces memoria, en el baile de la Sorenson te demostré que me interesabas. Me atrajiste desde que nos conocimos semanas antes en aquella reunión. Pero al principio me evitabas, después llegó Stephanie y finalmente descubrí lo de Annalise y me enfureció el que no me lo hubieras dicho desde el principio. Sentí rencor.

—Y aun así —la joven le sonrió entre lágrimas—, yo te seguía amando.

—Y aunque yo estaba furioso contra ti, en lo único que pensaba era en cómo hacer para tenerte cerca. Pensé que el matrimonio era la solución perfecta. Tendría al mismo tiempo a mi hija y a la mujer que deseaba. Mi enfado iría desvaneciéndose poco a poco. Y soñaba con tenerte junto a mí toda la vida. Nunca antes deseé casarme con nadie, aunque no me faltaron oportunidades.

Coqueta, arrugó la nariz.

—Pero te defendiste.

—Jamás sentí lo que ahora —la besó con suavidad.

—Cuando llegaste a la Sanderson quedé tan impresionada que no supe qué hacer. Después me enteré de lo de tu amnesia, pero tuve miedo de hablar contigo.

Especialmente por lo que dijiste al saber que Annalise es tu hija.

Dake movió la cabeza.

—No sé qué me pasó, pero jamás te haría daño. Annalise es adorable y ya la quiero. Casi tanto como amo a su madre.

Lani creyó que explotaría por tanta felicidad.

—Cuando me dijiste que no estabas divorciada quedé destrozado. Ahora, le doy gracias a Dios —le deslizó la chaqueta por los hombros —. Así que amarnos es lo más normal —sus labios la quemaron al besar sus mejillas, su frente, su boca.

Ella empezó a desabrochar lentamente la camisa de su marido sin dejar de mirarlo a los ojos.

—No sólo eso; será maravilloso.

—Te amo, Lani Morgan. ¡Eso no lo olvidaré mientras viva!

La volvió a besar antes de tomarla en sus brazos para llevarla al cielo.

Fin.